SUR

Nº 206 Diciembre de 1951

Nietzsche despojado

La característica de la educación por Nietzsche es la experiencia de que en lo "lo positivo" nos hundimos y en "lo negativo" nos elevamos.

KARL JASPERS

NINGÚN filósofo se presta mejor que Nietzsche a ser comentado por un hombre cualquiera, y muchos aprovechamos esta circunstancia. Nietzsche se ocupó del hombre y su destino; de algún modo, todos tenemos una idea sobre ese problema, o una actitud que entraña una idea. Es difícil leer a Kant o a Fichte cuando no se siente una atracción específica por la filosofía, pero Nietzsche está al alcance de los diletantes: su estilo literario sigue siendo admirable en las traducciones y sus referencias a problemas morales o estéticos permiten que ningún profano se maree en el aire puro de sus abstracciones. Un escritor tan poco especulativo como André Gide, que confiesa su incapacidad de seguir el pensamiento lineal pero impetuoso de Bergson, cree reconocer sus propias intuiciones en el fulgor instantáneo de un aforismo de Nietzsche.

Los literatos hedonistas y no los catedráticos se anexaron al escritor que filosofaba sobre *Carmen* de Bizet y oponía Tucídides el aristócrata a Sócrates el razonador. En el siglo de la reducción analítica, de la razón y la democracia, aparece un librepensador que habla de valores vitales, de actitudes humanas y momentos históricos que son superiores... porque sí, y que rechazan el análisis. ¿Qué era este escándalo? ¿Una invocación a un orden jerárquico perdido, a esos despotismos se-

ductores con que soñarían más tarde los empleados de correo antisemitas? Nietzsche termina por ser un enigma, señala Jaspers [1], pero también empieza por serlo. Obsérvese el hecho incalculable: el comentario que publica un joven helenista sobre la concepción wagneriana de las artes inicia la trayectoria espiritual que terminaría por hacer saltar las tablas de la ley moral vigente. ¿Qué puede acercarnos a Nietzsche? Tal vez estos primeros pasos, aparentemente casuales... Pero el hecho de que la biografía de Federico Nietzsche sea inseparable de su filosofía no quiere decir solamente que su temperamento sea más ardiente que el de Hegel, o que podamos tener familiaridades con él: quiere decir que él ha transformado a la filosofía en otra cosa, con su vida y su pasión. Por otra parte, pese a su fácil lectura, el sentido final de Nietzsche no puede precisarse: su mensaje admite una interpretación infinita. Esta dificultad surge cuando consideramos la obra en su totalidad.

Nietzsche pensó muchas veces en el futuro inmediato y sus profecías nos incluyen plenamente; por eso es lícito repensarlo e interrogarlo desde cualquier condición humana, la de ser sudamericano y vivir en una de las treguas del siglo xx, por ejemplo. Nada más común e inaccesible que su esencia, común por constituir un acontecimiento espiritual que tiene sentido para cada hombre, inaccesible porque su esencia es voluntariamente contradictoria. Por esto el libro de Karl Jaspers (hay una reciente traducción francesa de Gallimard) es una guía valiosa, al enseñarnos con cautela extremada la manera de conservar a Nietzsche vivo y actuante en nuestros espíritus. Nietzsche no tiene un contenido inequívoco de pensamientos, un sistema que podamos aprender: quien percibe su estilo ardiente, flexible e insinuante está más cerca de su esencia que quien procura introducir sistema en su filosofía y situar la obra en relación con la de otros pensadores. Al iniciar su estudio, Jaspers hace una primera pregunta a la fisonomía de Nietzsche, a su cuerpo, pero llega a la conclusión de que las fotografías que nos quedan, la del joven militar grueso. con rasgos eslavos, o la del enfermo mental de los últimos años, no permiten percibir su carácter, algo que exprese lo que de él sabemos. En cambio, el análisis grafológico de Klages hace sentir la presencia de su ser. En su letra ve Klages "algo extrañamente luminoso, claro... dentro de una falta profunda de calor... algo transparente, inmaterial, cristalino; el reflejo extremo de algo nebuloso, vaporoso, ondulante... algo extraordinariamente duro, acusado, tajante como

1 Karl Jaspers: *Nietzsche* (*Einführung in Das Verstädnis Seines Philosophierens*).

el vidrio". Klages discierne en esta letra una sensibilidad sublime, pero también un elemento inquietante, despojado de horizonte, imprevisible y fulminante. "Una espiritualidad extrema y un don de la forma difícilmente concebible".

La lectura del libro de Jaspers puede dejar un poco confundido. De un libro de crítica se suele esperar una ampliación o simplificación de puntos de vista no bastante claros en el original. No aquí. Este libro tiene un movimiento circular de ahondamiento en un solo punto: es un trabajo solitario de penetración en la vida y el pensamiento de un hombre, sin establecer relaciones con otros pensamientos u otros hombres, limitándose a comprender un acontecimiento único, la existencia y la obra de Federico Nietzsche, sin situar al filósofo en la historia y prescindiendo de toda idea de progreso, o regresión, o serie: Nietzsche es tratado aquí como la excepción absoluta, que ningún predecesor, ninguna enfermedad, ningún momento histórico explican; tratamiento admirable, que da un poco de vértigo. Pues Jaspers nunca sobresale de la sombra lanzada por el contorno de Nietzsche: extraña forma de crítica, de una hondura y humildad extremadas, que se sumerge en su tema y consulta a Nietzsche como si Nietzsche fuera el mundo, no una parte de él. ¡Qué lejos estamos ya del espíritu con que Ortega dictaminaba, con pompa y circunstancia: "Los egipcios creían que el valle del Nilo era todo el mundo. Semejante afirmación de la circunstancia es monstruosa, y, contra lo que pudiera parecer, depaupera su sentido. Ciertas almas manifiestan su debilidad radical cuando no logran interesarse por una cosa, si no se hacen la ilusión de que es ella todo o es lo mejor del mundo" (*Meditaciones del Quijote*). El valle del Nilo *es* todo el mundo, y la entrega total al fenómeno Nietzsche le permite a Jaspers no dejarse influir o avasallar por él, pues se lo siente siempre como la excepción. Nietzsche es para Jaspers una esencia irreductible a la cual sólo puede contemplar, absteniéndose de juzgarla. Esta ignorancia venerable, que Jaspers logra presentar como un puro fondo blanco detrás de cada una de sus aseveraciones, recuerda al lector que Nietzsche no es una cantidad apropiable con la cual podamos contar de una vez por todas, que Nietzsche es un enigma renovado incesantemente, al cual podemos interrogar siempre de nuevo para obtener respuestas rigurosamente ambiguas. Y esto no es beatería ante el gran hombre: cualquier hombre merece, en último análisis, el mismo tratamiento. La crítica como una suprema forma del respeto...

Aunque Jaspers trata de ser invisible, su libro produce una doble impresión. Además de ser una exposición sistemática de los temas fun-

damentales de Nietzsche (el hombre, la verdad, la historia, la interpretación del mundo) este libro trasmite implícitamente la filosofía de Jaspers, una sobria luminosidad, un tono noble y ligero, un modo de ausentarse por amor a su objeto, manera del espíritu de Jaspers que sentimos tan presente como los mismos contenidos del pensamiento de Nietzsche. Hay, pues, dos notas fundamentales: la exposición del pensamiento de Nietzsche y la filosofía de Jaspers *in actu*. ¡Qué defraudado quedaría el lector posesivo, aguijoneado por la gula intelectual, que buscara en este libro la apropiación de un Nietzsche puesto al día! Ningún plato más insípido para quien busque "cultura" en sus lecturas filosóficas, es decir: conocimiento de la formación espiritual de un pensador. datos sobre sus lecturas, sus influencias, sus correspondencias, y su posición filosófica, clara y definitiva, dentro de un cuadro general de la filosofía. No recuerdo citas de otros escritores en el libro, ni siquiera de los padres espirituales de Nietzsche: Schopenhauer y Heráclito de Éfeso. Ante esta gravedad, esta concentración, la crítica habitual resulta tibia, algo así como la "débil amistad" frente a la monótona insistencia del amor.

La noble reticencia de esta crítica incita al pensamiento, pues el escritor supone un lector activo, un lector que debe llenar esos vacíos que Jaspers presenta frente a él, que debe gastar su sustancia en encontrar esos contenidos que sólo existen cuando se los crea, y que son la verdad de *un* hombre en un momento dado. Así, un hombre no es juzgado en relación al pensamiento de otro (a veces la crítica no es más que eso) sino en relación al centro de su pensamiento, a ese sentido de la vida que él tiene, y que sólo el amor intelectual puede vislumbrar, no formular. Jaspers prescinde del contenido material del pensamiento de Nietzsche, y retiene el sentido existencial de su filosofar, viendo en Nietzsche un fuego que a sí mismo se consume, el ejemplo grandioso de una vida sacrificada al conocimiento. una repetición del gesto de Empédocles y del seráfico Hölderlin: Empédocles se quema porque es curioso como un griego, alegremente; Hölderlin es fulminado porque no era un hombre, sino algo más, demasiado luminoso para ser cristiano, demasiado frágil para ser helénico: como su patria, era ese "demasiado" [1] que el mundo no quiere aceptar... Pero Nietzsche era un pobre pro-

[1] El genio profético de Nietzsche es tan sorprendente como su genio literario. Entre sus profecías, cito las que más pueden impresionarnos:

Alemania: "Los alemanes no tienen ningún futuro". (8,192). "Son de anteayer y de pasado mañana. No tienen hoy". (7,204) "Los alemanes queremos

fesor que padecía las miserias de la carne enferma en las pensiones suizas e italianas. Su enfermedad no era el *morbus sacer* de Dostoievski, ese prestigioso temblor de los videntes; era la calamitosa infección luética (probablemente heredada), que hacía estragos en aquella época.

Jaspers piensa que puede verse a Nietzsche: a) desde el punto de vista fisiológico y psicológico, como el enfermo que fué, y por la influencia profunda de la enfermedad sobre esta obra, toda ella bajo el signo descendente de la crisis o el signo ascendente de la convalecencia; b) como un caso conmovedor de la soledad de un hombre de genio y la realización de un destino, intuídos estéticamente; c) a través de un símbolo religioso sugestivo, como el de Judas; d) como un filósofo que expone una doctrina coherente y orgánica, introduciendo un sistema en los aforismos de Nietzsche, forzando las inducciones y apropiándose del contenido positivo de su pensamiento. Ninguna de estas actitudes es suficiente. Es menester utilizarlas a todas y renunciar a cualquier punto de vista definitivo que cada una de ellas autorizara.

Si se toman al pie de la letra los aforismos de Nietzsche, el malentendido se vuelve inevitable. Este escritor eligió el malentendido. A él sólo le interesa la palabra veraz que cada alma debe pronunciar ante su mensaje, y que aún no existe. Nietzsche quiere inspirar el acto inigualable que será nuestra respuesta honrada a su pensamiento, para afirmarlo o rechazarlo. La destrucción de todas las formas existentes

---

sacar de nosotros algo que los otros no quieren todavía. Queremos algo más". (15,221).

Inglaterra: "Nadie cree ya que Inglaterra sea lo bastante fuerte para continuar desempeñando, ni siquiera durante cincuenta años más, su antiguo papel. Hoy en día es menester empezar por ser soldado para no perder crédito como comerciante" (13,338).

Estados Unidos: (conviene recordar que Nietzsche escribía esto hace más de sesenta años). "Los americanos han sido usados demasiado pronto. Tal vez en forma aparente [constituirán] una futura potencia mundial" (13,338). "Necesitamos (los alemanes) marchar junto con Rusia, hombro a hombro. No hay porvenir americano" (13,353).

Rusia: "Signo del siglo venidero, la entrada de los rusos a la civilización. Un destino grandioso". (11,375) "Rusia habrá de ser la dueña de Europa y de Asia. Habrá de colonizar y de conquistar la China y la India. Europa será Grecia bajo el dominio de Roma" (13,359). "Es una posibilidad de largo alcance. Rusia, como la Iglesia, tiene la ventaja "de poder esperar" (13,361).

[Las citas de Nietzsche están traducidas de la edición Kroner. La primera cifra indica el tomo; la segunda, la página.]

(morales, ideológicas, religiones, finalismos de toda clase) servirá para alcanzar la última verdad de cada lector.

Los literatos son muy susceptibles a un peligro específico: la interpretación estética o emotiva de Nietzsche. Por .su parte, él ejerce la fascinación de su ardor, su pureza, su justicia exacerbada. Por la nuestra, puede haber la complacencia morosa del *hero-worship*; en la admiración estética de un carácter hay una retirada deleitosa, una distancia que buscamos para *sentarnos* a admirar y a elaborar nuestro espasmo generoso. Sin duda, cuando admiramos emitimos buen olor y la embriaguez que crea el propio perfume tiene una rara calidad: la voluptuosidad de un orgullo refinado y la buena conciencia van de la mano. Pero Nietzsche ("tengo mi genio en las aletas de la nariz") husmea aquí a Narciso y nos exige la seriedad ardua de un pensamiento que se elija a sí mismo como voluntad de entendimiento del mundo real, y pide la propia actividad del lector desde el plano elevado en que él se sitúa. Quiere el diálogo.

Jaspers no se encara con las flagrantes contradicciones de Nietzsche, con sus errores de hecho, que otros han señalado ya. De nada vale preguntarse cuál es la validez real de la idea del superhombre, de la voluntad de poder o del eterno retorno. Científicamente, no son estas ideas más sólidas que el dogma de la Inmaculada Concepción o la Resurrección de la Carne, y es absurdo pensar que Nietzsche no lo sabía. Pero, ¿qué significaban estas imágenes en relación con las aspiraciones más elevadas de Nietzsche? Descontar la infaltable parte de error que hay en una concepción históricamente limitada y percibir su sentido formativo: ésa es la enseñanza de Jaspers. Nietzsche exaltó desmesuradamente los valores biológicos, con términos tomados de los positivistas, los wagnerianos y los escritores psicológicos de su época (la palabra "decadencia", que emplea profusamente, fué tomada de Paul Bourget). Esto no importa: Nietzsche es un acontecimiento en la vida de todo hombre consciente. Los medios que usó para expresar sus visiones y enseñanzas pueden ser deficientes por culpa de su época o de sus limitaciones personales, pero lo esencial no es la exactitud material de los contenidos de su pensamiento (en verdad, Jaspers parece creer que este contenido suele ser erróneo) sino la dirección y el sentido interior: el movimiento de ascensión de su filosofía y la voluntad inquebrantable de veracidad.

"Yo no soy un hombre: soy dinamita". La intensa negatividad de Nietzsche, su vehemencia, sus análisis psicológicos, su estilo brillante, lo sitúan fuera de la gran corriente de la filosofía sistemática. Es la

excepción absoluta, que con nada ni nadie se vincula. Su negación rotunda y total no deja nada en pie: la rara calidad espiritual de Nietzsche hace que aceptemos sus denuncias, sus iras, aun cuando está derribando lo que amamos: sentimos que sus golpes ennoblecen de algún modo el material que maltratan, al lanzar sobre él una luz incandescente y aclarar todos los rincones oscuros. Así, nos fuerza a aceptar en toda conciencia la posición que es la nuestra. Si somos cristianos, la crítica demoledora que hace del cristianismo servirá para afinar la calidad de nuestro cristianismo, volviéndonos conscientes de culpas ignoradas, de contradicciones tal vez insalvables con las cuales habremos de vivir. Comunistas, meditaremos sus incómodas observaciones y habremos de estar atentos a las mil formas en que el resentimiento personal puede manifestarse en un ideal social. Se ha dicho que Nietzsche fué el primer psicoanalista, y a ello habría que agregar que su análisis es más variado que el de Freud, y que Nietzsche tiende a considerarnos responsables de nuestras elecciones inconscientes: el sujeto irresponsable del psicoanálisis, el tierno organismo infantil que repite necesariamente el inmemorial proceso de Edipo, se convierte en ese ser único y fatal que eligió odiar a su padre, en un determinado momento, por una causa real o imaginaria. A la mecanización impersonal de la ciencia psicológica se opone la intolerable responsabilidad que atribuye quien nos ve como caso único y nos condena... Pero ¿cuál de esas dos actitudes entraña más amor? Y ¿qué puede enseñarnos el que no nos ama? Por eso es Nietzsche el más grande de los maestros de moral: en su saña apasionada se encierra la afirmación ilimitada del prójimo, de esa persona única que uno es para sí mismo, y su dureza proviene de que respeta demasiado a los hombres para apiadarse de ellos. Como fondo último de su ferocidad está la esperanza no dicha, apenas insinuada, de que sus golpes nos librarán de todo lo que en nosotros no es claro, duro, auténtico, y que si no hay nada de esto, sus enseñanzas contribuirán a nuestra perdición, pues él sabía que sus doctrinas podían ser venenosas (y, en efecto, lo fueron). El no formula la palabra de salvación que cada uno ha de crear en su propio fondo: él sólo podía invitarnos a encontrarla.

"Toda filosofía debería alcanzar lo que yo pido: concentrar un hombre; actualmente, ninguna es capaz de hacerlo" (10,297). Lo esencial es pensar y actuar desde el propio fondo. El no nos indica ninguna verdad que aclare nuestra vida, sino que nos hostiga y despoja para que en la propia existencia encontremos la respuesta que ha de darse, no huyendo de la vida para estudiarla en la soledad, sino descubriéndonos

en el tumulto que es siempre, más o menos, la vida de un hombre. Entender a Nietzsche equivale a producirse a sí mismo. Por esto Nietzsche, el enfermo delirante que representa en su propio cuerpo el remate y la catástrofe de una época, es también comienzo y aurora. El descubre que la función primordial del espíritu es la comprensión que crea. Y no le interesa el espíritu sino el hombre que lo encarna. Sólo la transformación de nuestra propia esencia nos permite comprender a Nietzsche; sólo en la medida en que nos transformemos comprenderemos su mensaje. Tal vez fuera imprudente el tratar de reflexionar sobre la cercanía de la religión: el que comprende a Nietzsche y es educado por él adopta una actitud religiosa ante la vida; una nueva gravedad, un nuevo ardor se infunde en su pensamiento. Pero esta actitud está vaciada de contenidos religiosos concretos, y una honradez vigilante ha de impedir que nos internemos por el camino tentador del misticismo.

La última revelación sobre nuestro tiempo, la palabra que resumió el siglo en que vivimos y que explica nuestras guerras, nuestras políticas, nuestra miseria final, es dura de sobrellevar: "Nada es verdad: todo está permitido". Dios ha muerto de muerte natural. Esta es la desolada situación que debemos asumir honradamente, es decir, sin tratar de creer en las falaces evidencias de la ciencia positiva, que empiezan por postular la inexistencia de Dios, y que nos dan una seguridad complaciente. Debemos dar un paso hacia adelante y hacernos responsables de su muerte: debemos matar a Dios.

Nietzsche nos deja vacíos y calcinados, sin nada entre las manos. Pero no deprimidos. La alegría más intensa, la conciencia más alta de la fuerza la descubre el ser en el derroche de sí mismo, en el incendio de todas sus posesiones, sin precaver ni reservar, entregándose plenamente a ese ardiente proceso, dejándose devorar por el fuego y recobrando el rostro que es nuestro cuando hemos consumido toda nuestra fuerza, y quedamos vacíos y despojados. En este proceso de propia ruina, de agotamiento desenfrenado, el hombre se descubre como ese mismo movimiento que lo devora. Nada queda, pero esa ruina, esa destrucción hacia la que vamos, exalta y proclama el sentido de la vida como un don en que no hay reservas, en que todo se quema luminosamente.

Y acaso sea éste el mensaje más hondo de ese "poeta nervioso, de sangre eslava", como lo llama Paul Valéry. El hombre no ha nacido para atesorar bienes de este mundo o prepararse recompensas en el otro, el hombre ha nacido para ser un don y quemarse en la exageración de la dádiva, la dádiva catastrófica, la que ninguna moral ha osado pedir-

nos hasta ahora (salvo el Sermón de la Montaña, esa prédica escandalosa y sin consecuencias apreciables). Y Nietzsche describe con lirismo esplendoroso, sinuoso, su moral incendiaria, insistiendo en el lado voluptuoso y estético de esta pasión de generosidad. Pues sólo las virtudes que se practican con deleite son *nuestras* virtudes. Debemos elegir las virtudes que tienen una pasión detrás, y olvidarnos del resto, aunque nos expongamos —y expongamos a nuestros semejantes— a graves peligros.

Peligros que no existían para Federico Nietzsche. El cínico que decía "nada es verdad: todo está permitido" dedicó su vida a la busca de la verdad. El enemigo de la piedad murió, como el Dios de su *Zaratustra*, "de su piedad por el hombre". El defensor de la lujuria renacentista, el negador de Parsifal, era virgen. El Anticristo no se atrevía a ofender los sentimientos de la señora que quería saber un día "si el Sr. Nietzsche había ido ya a misa", y contestaba: "Hoy, no". El enemigo del sentimentalismo tenía las lágrimas fáciles.

¿Por qué estas oposiciones? Porque la vida es contradicción. Sólo los hipócritas o los tontos pueden tener la conciencia tranquila. Para encontrar ese equilibrio único que es el suyo en un momento dado, el hombre tiene que moverse y perder el equilibrio: no hay sillas desde las cuales podamos juzgar al baile; es decir, las hay para quienes no aman la realidad y pueden pagárselas. Hay que reconocerse precario, incierto, inseguro y activo: hombre. El destruye nuestras complacencias, nuestras cautelas, y al dejarle obrar en nuestras almas reconocemos que cada mañana nos presenta un mundo nuevo, un mundo que hemos de encarar con las propias fuerzas, sin ampararnos en principios que faciliten la tarea, con nuevas respuestas a situaciones inéditas. El nos deja solos, con la palabra más aterradora, en un mundo en que "Dios ha muerto" y "nada es verdad", pero íntimamente exaltados de ser testigos y destinatarios de su encendida veracidad. ¿Qué panacea más fecunda que este absoluto respeto por el hombre?

PATRICIO CANTO

Descripción del Marxismo

Este estudio no describe tanto el marxismo como la situación que se le ha forjado. Se propone en primer término definir la naturaleza de los servicios que presta a quienes lo profesan. El marxismo data de un siglo aproximadamente. Tan pronto se lo presenta como una filosofía de la historia, tan pronto como un método, tan pronto como un saber enciclopédico. Ya es mucho. Sería poco, sin embargo, si la manera de utilizarlo no planteara un problema de igual importancia para la psicología y la sociología. Sin duda es un gran honor para una doctrina que un poderoso partido y hasta un poderoso Estado lo invoquen oficialmente y reivindiquen en realidad su monopolio. Pero es un honor costoso.

Las páginas que siguen se limitan a examinar los efectos de semejante situación, poco frecuente en la historia de las ideas. Esta empresa expone a quien la intenta a inevitables confusiones. Más de uno concluirá de estos análisis que ataco injustamente a grandes hombres. No hay nada de eso. ¿Por qué había de estar yo contra Marx o Engels, y aun contra su doctrina? ¿Acaso se está contra Copérnico, contra Faraday o contra sus decubrimientos? Pero si, suponiendo un imposible, se detuviera en el primero el desenvolvimiento de la astronomía, en el segundo el de la física, de igual modo me esforzaría en descubrir las razones de ello. Otros —o los mismos— me acusarán de enemigo del proletariado. Lo contrario es lo cierto. Considero muy justificadas las reivindicaciones de la clase obrera. El socialismo no me asusta y además estimo muy natural que el partido comunista o la Unión Soviética hagan la política que han escogido y que empleen sus medios.

Mi propósito, no menos irritante quizá, es mostrar con un ejemplo vivo lo que es una ortodoxia. De ordinario se designa con este término una doctrina a la que sus partidarios consideran invariable e infalible. Se discute entonces la legitimidad de semejante pretensión, sin poner gran cuidado en apreciarla con referencia a las ambiciones de la potencia que la sostiene. Es que se piensa en las ortodoxias establecidas y no en las ortodoxias conquistadoras. Estas últimas son siempre, por el contrario, infinitamente móviles, aun en el tiempo en que se afirman con absoluta fijeza. La razón de tal paradoja no es misteriosa: las faccio

nes que piden a una ortodoxia el refuerzo de su prestigio y de su cohesión, necesitan simultáneamente de una y otra ventaja. De poco les sirve una ortodoxia si no es al mismo tiempo definitiva y adaptable. Explico yo cómo y a qué precio llegan a agenciarse esos beneficios contradictorios. Mi objetivo es establecer que una ortodoxia no es una verdad inmutable, sino una verdad política, es decir, una verdad apoyada por un poder político y sometida a obligaciones políticas. Me he arriesgado porque me parecía que muy pocos entre los defensores o adversarios de la que aquí se trata, se representaban claramente el perfecto rigor del sistema y las diversas consecuencias que necesariamente acarrea.

I

CORTA HISTORIA DE LA DOCTRINA

DESDE el comienzo la doctrina de Marx y de Engels fué ambigua: científica y política a la vez. Ambos estaban prendados de la ciencia y de la objetividad. Reaccionaban vivamente contra los diversos socialismos utópicos cuyos teóricos bien intencionados veía multiplicar su época. Adivinaban su impotencia, su gratuidad. Pretendían descubrir las leyes de la historia como el físico descubre las de la materia, y luego transformar la sociedad apoyándose en ellas a la manera de los ingenieros que se sirven de las fuerzas de la naturaleza para modificarla a voluntad.

Ambición justificada, más aún, ambición necesaria si se le asigna al hombre la menor vocación y si se reconoce que mal disfruta de su felicidad cuando sabe que ella supone la desdicha de los demás. Pero Engels y Marx se esforzaban precisamente en eliminar de su construcción la menor preocupación ética o sentimental. Tenían la intención de transformar el mundo, pero les repugnaba adoptar la responsabilidad del sentido de esta transformación; la querían dictada por la historia misma. Se ingeniaron entonces para demostrar que la conclusión ineluctable de ésta eran la justicia y la igualdad. Pues les parecía cándido, falaz, y para decirlo de una vez, idealista, desear por sí mismas la igualdad y la justicia. Los hacía sonrojar. Necesitaban que estuviesen inscritas en el desarrollo necesario de la historia. Para probar que era

efectivamente así edificaron pacientemente su doctrina, engañándose a sí mismos y engañando a los demás, fingiendo, por las necesidades de la causa y para satisfacción de su conciencia, no hacer otra cosa que sistematizar e interpretar una suma de datos positivos, debidamente verificados. Sin embargo está claro que en ellos ciencia, rigor, destreza se suspenden en beneficio de la reforma.

Es muy importante comprender este pudor, este escrúpulo o, si se quiere, esta prudencia. Marx y Engels están conmovidos por el espectáculo de la miseria y de la iniquidad que les ofrece cada día una sociedad implacable. Buscan los medios eficaces de remediar la horrible condición de una humanidad esclava. No obstante se niegan a presentar su programa como una necesidad del corazón, como una exigencia del espíritu de equidad. Lo anuncian como resultado de una partida en la cual las cartas ya están distribuídas, correspondiendo a la ciencia el prever con seguridad su salida. Se ponen a la tarea. Analizan, coordinan, calculan, enumeran, anticipan con aplicación, a veces con genio, improvisando los métodos, llenando las lagunas, remediando como pueden las ignorancias de la época, simplificándolo todo, dando por definitivas las primeras intuiciones de una ciencia en sus tanteos. Nada los detiene. Concluyen al fin, conforme a sus deseos. No puedo dejar de pensar en Spinoza, escéptico, desesperado y terco, tal como lo pinta Miguel de Unamuno; ve a su alrededor el mal triunfante y feliz, y no se resigna. Escribe las cinco partes de la *Ética* para demostrarse a sí mismo, contra la evidencia, la verdad de su proposición última: la beatitud no es la recompensa de la virtud, sino la virtud misma.

De manera análoga los dos autores del *Manifiesto Comunista* en sus diversas obras parecen haber edificado un enorme andamiaje para persuadirse de que el ideal que sus conciencias les ordenan desear no es solamente un sueño evangélico o humanitario, una especie de residuo de la educación que han recibido cuya hipocresía esencial se dedican a desenmascarar. Pretenden acreditarlo de modo absoluto, conseguirle la garantía de la historia y del porvenir, de suerte que ya no sea una elección discutible aunque generosa, sino el invencible veredicto de la ciencia que ordena trabajar por el establecimiento de una sociedad nueva.

Esta es la explicación de muchas contradicciones que dividen de ordinario a los comentadores: unos ponen el acento en las supervivencias del punto de vista moral en Marx o en Engels. Los otros se atienen a las declaraciones categóricas donde equéllos señalan su voluntad de excluir de sus trabajos tal preocupación. Esas divergencias traducen el

equívoco fundamental de la doctrina, su ambigüedad esencial que varios han puesto bien en claro: verificación de un desenvolvimiento histórico fatal, o voluntad de instaurar la justicia universal.

Pero es preciso interrogarse sobre el destino mismo de esta filosofía; dejaré, pues, de lado sus contradicciones propias, que son además numerosas e importantes a juzgar por las disputas de los doctores. No tocaré tampoco las objeciones que los economistas le oponen: son problemas donde no le corresponde inmiscuirse al profano. Tampoco abordaré las dificultades generales que plantean sus postulados. ¿Puede concebirse una doctrina que sea a la vez materialista y dialéctica, es decir, un sistema que reduzca todo a la materia y le atribuya al mismo tiempo las leyes del espíritu? Esta querella parece vana, escolástica por demás. ¿Conviene conceder alguna consideración a una construcción de tipo milenarista, que profetiza el advenimiento de la sociedad perfecta, y en consecuencia el de un mundo inmóvil? ¿Quién no vacilaría actualmente en retomar sin matizarla una teoría que prevé una estabilización definitiva de la historia y que, al principio. la previó casi para el día siguiente? ¿Esta doctrina, en fin, no es imprudente en su ardor polémico cuando proclama que toda teoría es explicable por el juego de las determinaciones en una época dada? Porque ella misma no ha caído del cielo, ha nacido también en un tiempo dado que comportaba, como cualquier otro, determinaciones económicas. ¿No debería, pues, decidirse acerca de su valor según dichas determinaciones? Una doctrina de este género parece evocar al aturdido que serruchaba la rama sobre la cual se había sentado.

El propósito de este estudio no es hacer una crítica teórica del marxismo. En el actual estado de cosas y por diversas razones que aparecerán al ir desarrollándose, lo estimo inútil. Pero importa intentar describir la situación original de semejante doctrina. Nos hallamos, en efecto, ante un sistema filosófico adoptado por un partido político que lo considera lisa y llanamente la verdad revelada, de suerte que adherirse al partido comporta la obligación de creer en la doctrina que éste profesa oficialmente. A la inversa, el partido acepta de mala gana que se profese su doctrina negándole obediencia. Esa profesión no le halaga. Distingue, por el contrario, en ese reconocimiento limitado, un acto de concurrencia desleal. De esta circunstancia accidental, rara en una filosofía, se siguen consecuencias de alcance indefinido.

Con el tiempo, como es normal, la teoría en cuestión fué superada por la investigación científica. Además, siendo una filosofía de la historia, había atribuído extremada importancia a las cuestiones de evolución y a la indagación de los orígenes. Naturalmente, éstos, en cualquier dominio, eran problemáticos en el momento en que escribían Marx y Engels, quienes con intrepidez los inventaron, y muy arbitrarios, siguiendo los prejuicios de la época. Estos puntos de partida siguen siendo en general de los más dudosos. La ciencia, aquí, sólo ha logrado fortalecer los motivos de una saludable circunspección. Así Jean Paulhan comprueba con melancolía al comienzo de un opúsculo, que, desde Platón, el número de las etimologías verdaderas no ha cesado de disminuir.

Lo mismo ocurre en muchas disciplinas donde reinaba gran seguridad a mediados del siglo XIX. Los sabios se han vuelto más modestos. El resultado es que no existe, por así decir, ningún dominio donde el progreso de la investigación positiva no haya arruinado casi por completo los conocimientos erróneos y las hipótesis gratuitas sobre los cuales se habían apoyado los fundadores del marxismo. Para colmo de males, las principales ciencias del hombre: etnografía, sociología, historia, economía política, beneficiadas con métodos mucho más rigurosos o fecundos, con un desarrollo inesperado, acumulando sorprendentes descubrimientos, hicieron poco después progresos decisivos. Era tener la mala suerte por compañera. No obstante la doctrina permaneció inmutable y no se sintió menoscabada. Al contrario, se fijó aún más y conoció mayor éxito.

Precisamente, por estar ligada a un organismo de combate no podía permitirse el lujo de discusiones agotadoras, de continuas rectificaciones, y todavía menos el de abandonar una construcción perimida. Se aferró, pues, a ella. Cada vez más ser comunista no significó tan sólo ser partidario de cierta transformación de la sociedad, ni siquiera estar afiliado al partido que con más claridad la había inscrito en su programa. Esta pertenencia implicaba el reconocimiento y la defensa de la verdad del marxismo. Sin desconfianza, por supuesto. pues no podía pedirse a cada adherente la lectura y meditación de obras numerosas, largas y difíciles; y en cuanto a los más instruídos y curiosos, renunciaban cada vez más a confrontar esta doctrina envejecida ya en un siglo (y qué siglo), con los últimos resultados de la investigación científica. Aunque lo intentaran, no podían. Los problemas ya no se planteaban en los mismos términos. Se había hecho más difícil criticar a Marx y a Engels que a Ptolomeo o a Darwin. En efecto, en el caso de la astronomía, de la

mecánica o de la biología, sólo la ciencia se perfecciona; refinando sus métodos, va estrechando progresivamente una realidad inmutable. Pero el dominio humano no tiene la misma fijeza: el objeto de la ciencia se modifica al mismo tiempo que la ciencia misma aumenta su exactitud. De ahí un doble desajuste; en consecuencia pronto deja de hablarse la misma lengua. Las mismas palabras designan realidades diferentes. Una observación más precisa corrige las antiguas concordancias, descubre la acción de factores insospechados, debe tomar en cuenta este suplemento de historia que acaba de añadirse al pasado precedentemente conocido y cuya adjunción, lejos de ser indiferente, las más de las veces no deja de participar de la buena y la mala conjetura. En tal aprieto, parece más sencillo dejar que hablen ante todo las simpatías y dar fe por principio y sin examen a la filosofía de un partido cuyas reivindicaciones de ningún modo están en desacuerdo con la más candente actualidad.

Se comprende entonces que cuanto menor es la proximidad a los textos más se cree en ellos y dejan de suscitar dudas o polémicas. De hecho, ya no aparecen estudios críticos sobre la obra de Marx y de Engels. Los mismos comentarios propiamente patrológicos han terminado ó poco falta. En cambio se multiplican las obras sobre disciplinas diversas donde se intenta aplicar las fórmulas de las Escrituras. Sabios ingenuos, llenos de buena voluntad, convencidos de que sólo la victoria del partido comunista puede mejorar la suerte del pueblo, estiman que deben apresurarla en la medida de sus medios. Se declaran marxistas por generosidad; y como una perfecta ignorancia en materia de economía política les permite en este dominio un entusiasmo intrépido, se ponen a exponer de buena gana las cuestiones a cuyo estudio han consagrado la vida, esforzándose en armonizar sus propios resultados con los principios del materialismo histórico. Acaban de descubrirlo e ingenuamente imaginan sus resultados de la misma naturaleza, salidos de las mismas verificaciones que los que ellos contribuyen a establecer en sus disciplinas propias.

Para demostrar este acuerdo se sirven de algunas citas, poco comprometedoras y por lo general siempre las mismas, lejanamente sacadas de Marx y de Engels, a través de estudios de segunda, tercera y cuarta mano. Salpican su obras con esas frases vagas y anodinas. De ese género circula cierto número de volúmenes, sobre todo referentes a biología, sociología religiosa, astronomía. Algunos tienen los honores de la traducción a varias lenguas y están firmados por grandes sabios que, en los límites a veces muy estrechos de su especialidad, dan pruebas de un

rigor mucho mejor armado y más exigente. Naturalmente estas obras no son leídas sino por militantes que ignoran las cuestiones allí tratadas; les inspiran el mayor orgullo por la filosofía oficial de su partido, que la ciencia más alta y más nueva parece corroborar así milagrosamente.

Cuando surge una dificultad, la palabra "dialéctica", la expresión "negación de la negación" la resuelven en seguida. Pero no es necesario. Porque la falta absoluta de relación entre las citas de Marx y Engels que esos sabios extraen de los manuales elementales que utilizan, y las teorías a las cuales las aplican. impide que pueda verificarse el menor desacuerdo entre unas y otras. De este modo rara vez es preciso apelar a la célebre "conciliación de los contrarios", clave, dicen, del materialismo "dialéctico", y perfeccionamiento que con toda fortuna lo distingue del materialismo "grosero".

En diversas ciencias, en física y en genética especialmente, se produjo un fenómeno aun más significativo. Las teorías de los físicos contemporáneos que hubiera sido posible, claro está, armonizar fácilmente con el marxismo por los mismos procedimientos, despertaron, al contrario, las sospechas de los Doctores de la Ley porque un sabio de gran reputación pronunció, por lo demás a la ligera, la frase "libre arbitrio" con motivo del principio de indeterminación de Heisenberg. Quedó resuelto en solemne congreso que la física relativista y sobre todo la física cuántica eran pesimistas, burguesas y reaccionarias. De 1938 a 1949 las teorías de Einstein fueron varias veces condenadas por la Academia de Ciencias de Moscú. Un orador denunció en la relatividad "un tumor canceroso que roe la teoría astronómica moderna". La señaló como el "principal enemigo ideológico de la astronomía materialista".

Naturalmente, en casos semejantes se consideró de inmediato fascistas-trotzkistas, y peligrosos enemigos de la clase obrera, a los desdichados que dando fe a experiencias juzgadas convincentes. tenían por cierta la teoría excomulgada. Es dudoso que, desde el proceso de Galileo ante el Santo Oficio, la historia haya debido registrar muchas otras condenas de una teoría científica por no concordar con principios preestablecidos.

La explicación de tal exceso es fácilmente imaginable. Es probable que ciertos polemistas sacaran argumento de la imposibilidad en que se hallaba la microfísica de determinar exactamente el trayecto de cada electrón, para cuestionar el determinismo en general y en consecuencia el determinismo económico sobre el cual reposa el materialismo histórico. Evidentemente podía discutirse la legitimidad de tal inferencia, opo-

ner que nada importaba a una filosofía de la historia que los movimientos de los corpúsculos intra-atómicos tuvieran que calcularse estadísticamente y no individualmente. Pero era debatir hasta perder el aliento y sin que para el militante fuera probatorio que se defendía la buena tesis. Era preferible lanzar el anatema contra una teoría de donde evidentemente los enemigos de la revolución sacaban armas contra la doctrina oficial del partido del proletariado. Basta releer los considerandos del veredicto para asegurarse de que las cosas sucedieron así.

Lo mismo ocurrió con el psicoanálisis: un psiquiatra poco sensato había advertido, en efecto, que el llamado "proletarios de todos los países, uníos", no era otra cosa que la forma sublimada de la homosexualidad universal, que el comunismo agrario significaba simbólicamente un retorno a la madre y que la economía capitalista se explicaba por un desarrollo en el dominio social de un complejo sádico anal, al que atribuía gran importancia. Naturalmente, el psicoanálisis fué proscrito sin demora y perseguido en conjunto como doctrina metafísica y romántica, digno síntoma de las contradicciones características del proceso de descomposición de la sociedad burguesa.

Los físicos y los psicoanalistas que sentían alguna simpatía por el programa social del partido comunista, devoraron incontinenti manuales marxistas donde descubrieron sin esfuerzo citas de Marx y de Engels por las cuales podía suponerse que estos últimos habían previsto "genialmente" los descubrimientos de Einstein y de Freud. No hubo caso: el adjetivo genial, no obstante ser prodigado, de nada sirvió. Les fué devuelto. Los guardianes de la ortodoxia invocaron otros textos que parecían indicar, al contrario, que los mismos autores habían advertido "genialmente" el peligro que representaban tales "ideologías" para la causa proletaria, y que las hubieran rechazado implacablemente si hubiesen nacido en su tiempo.

Así el marxismo cuajó en una lejana construcción que ya no tuvo con la investigación científica sino un tipo muy particular de relación: la de servir para condenar sus resultados cuando parecen tales que los espíritus malos podrían utilizarlos. con o sin razón, ya contra el sistema mismo, ya contra el programa del partido.

Aquellos sabios que consideraban increíble la mera posibilidad de una actitud semejante, se vieron obligados a rendirse a la evidencia cuando la genética neomendeliana fué condenada en conjunto. Fué inútil el testimonio de innumerables experiencias emprendidas en todas partes durante los últimos cincuenta años. El Comité Central del Par-

tido Comunista ruso se declaró contra ella. La Academia de Ciencias de Moscú no pudo inclinarse ante el veredicto del Todopoderoso y condenó solemnemente las teorías de Mendel y de sus sucesores. Los sabios que las profesaban debieron abjurar, confesar por escrito sus errores, manifestar que se arrepentían y que redimirían sus faltas con su docilidad y su trabajo.

Esta vez la condena conmovió más los medios científicos internacionales. Porque no sólo alcanzaba a las prolongaciones doctrinales de una teoría científica, que pueden creerse, en efecto, sujetas a interpretaciones contradictorias: atacaba los resultados mismos de una experiencia rigurosa, resultados tan bien establecidos que para invalidarlos de modo valedero se hubiera necesitado otra cosa que la decisión de una autoridad política. Se hubiera necesitado a la vez mucho más y mucho menos: una sola experiencia probatoria.

¿Pero por qué negar con tanta obstinación, con tanta ligereza, la existencia de células que sean el soporte físico de la herencia y que aseguran así, según leyes complejas pero cada vez más conocidas, la trasmisión de los caracteres de los seres vivos? El motivo sigue siendo el mismo: los dirigentes soviéticos, como es natural, se ocupan más de política que de biología. Saben que los teóricos enemigos sacarán argumentos de la fijeza de los caracteres trasmitidos para sostener la superioridad de una raza sobre otra, de una clase social sobre otra. Esto basta para que piensen que todo buen marxista debe adoptar la teoría inversa, la que afirma la herencia de las transformaciones debidas a la influencia del medio. Es decir, no se pide a los hechos que decidan entre una teoría y la otra. Se busca cuál de las dos teorías parece en abstracto más conforme a la ideología y a la empresa comunista.

En este momento la doctrina maxista, mientras continúa pretendiéndose científica, llena la función de un verdadero dogma. Esta situación crea varios problemas que este trabajo se propone precisamente examinar. Dichos problemas no son todos de orden teórico. Los hay que conciernen a la administración temporal de la ortodoxia. Es preciso proceder de suerte que cada uno le esté sometido sin que a nadie se le ocurra invocarla contra la jerarquía. Así se ve al partido comunista, como toda Iglesia con respecto a todo dogma, reglamentar estrictamente su estudio, instruyendo a unos sobre el detalle de la teología, exigiendo a otros tan sólo el profesar un credo simplificado, recibiendo la misión de defenderlo contra las críticas "contra-revolucionarias" sin vacilación ni quejas. En la conciencia de los militantes el

marxismo se ha convertido en una teoría infalible acerca de la cual están instruidos los doctos, que ellos mismos conocen cuando más por la lectura de un fascículo, pero cuya fórmula esencial la vida verifica todos los días, cada vez que ven a un privilegiado defendiendo los intereses materiales de su clase o los suyos propios, cosa que, claro está, no es absolutamente imposible de encontrar.

En estas condiciones la fe en el marxismo sigue siendo viviente y eficaz. Esta doctrina fácilmente encuentra mártires, pues la experiencia más estable de sus adeptos, que les muestra el egoísmo humano, individual o colectivo, les confirma por contagio la verdad absoluta y permanente de una interpretación del mundo de mediados del siglo XIX, que la investigación positiva ha superado hace tiempo.

De ese modo la adhesión es a tal punto viva y profunda que ciega a veces a los fieles aún en el dominio donde se halla comprometida su acción. Pues esta doctrina pretende engendrar, aconsejar, dirigir una política. Anunció primero la fatalidad de una revolución de las masas efectuada por el proletariado organizado, para instaurar el socialismo universal. Grandes movimientos se formaron en torno a tales esperanzas, se reunieron ante tales predicciones. Pero nada sucedió que no las desmintiera expresamente: sobrevinieron en los países industriales revoluciones nacionalistas y autoritarias que de ningún modo figuraban en las profecías y que confinaron a los comunistas en campos de concentración; en cambio el primer triunfo del proletariado fué el golpe absolutamente herético de un puñado de hombres en un imperio agrícola y feudal, a favor de un desastre militar. Los triunfos posteriores, unos treinta años más tarde, se debieron al ejército del nuevo Estado. Estas victorias ponían tan en ridículo los principios del marxismo como las derrotas registradas en el exterior por los diferentes partidos obreros. Pero no por ello la revolución dejó de instituir el materialismo dialéctico como la filosofía oficial de la "patria de los trabajadores", donde primero había triunfado tan desventuradamente el socialismo. De suerte que los trabajadores están dispuestos a ver un enemigo declarado en todo aquél que de algún modo niegue el carácter verídico de la doctrina de Marx.

Por eso no debe sorprender desmedidamente el vigor de estas tesis perimidas, que sorprenden hoy por su espíritu de sistematización grosera y su carácter adventista. Porque no son la razón ni el conocimiento quienes las defienden sino la fe y la ignorancia. La inteligencia no participa nada en la adhesión que se les ve suscitar; el corazón es el que las adopta. Aquéllos a quienes la sociedad mantiene en una

situación miserable y que desean su transformación, abrazan confiados es doctrina, y a sus ojos es hacer el juego al enemigo atacar un sistema ligado desde hace un siglo a sus esfuerzos y a sus luchas. No lo cambiarán aunque se les demuestre cien veces que no corresponde a nada exacto ni valedero. Sería como cambiar de bandera. Pero como estas terías ya no son para sus jefes de mucha enseñanza ni utilidad en un mundo que tanto se ha modificado desde entonces, han adoptado el partido de no inspirarse tanto en ellas, pero hacerlas respetar más. Cosa que justamente facilita la vejez creciente de las fórmulas, el número de combates sostenidos para defenderlas y el cuidado de no examinarlas demasiado.

En la historia de la economía política y de la ciencia de las sociedades, el aporte de Marx y de Engels fué en su tiempo grande y fecundo. Quien se tome el trabajo de estudiar cómo se constituyeron esas investigaciones entonces nuevas, esos puntos de vista entonces revolucionarios descubre en medio de qué efervescencia y entre qué contradicciones se construye una filosofía. Acaba de verse cómo ésta puede convertirse en ortodoxia.

Tal transformación no es ni común, ni fácil. El menor vistazo sobre la historia basta por el contrario para convencerse de que es excepcional y que precisan, para que se produzca, condiciones que rara vez se dan juntas. En cambio, acarrea consecuencias importantes y numerosas que la mayoría aprecia mal, de suerte que los fenómenos más claros terminan por ser interpretados de manera perfectamente extravagante.

Estas condiciones y estas consecuencias son las que tengo intención de examinar, a fin de aportar un mínimo de nitidez en un dominio donde la contradicción entre los discursos y los hechos lleva la confusión al colmo.

II

DE DONDE PROCEDE LA FUERZA DE UNA ORTODOXIA

Está claro que los partidarios del marxismo defienden su doctrina de un modo muy distinto del utilizado por los partidarios de otras doctrinas. Son, por lo menos, más susceptibles y más intransigentes.

Quizá sólo debería descubrirse en esto la exageración extrema de una actitud muy difundida y después de todo bastante natural. Pero he aquí dónde se torna singular la situación: los adversarios de la doctrina le confieren a su vez un destino particular. La eligen como referencia cuando exponen las suyas, señalando cuidadosamente diferencias y coincidencias. En toda ocasión se toman el mayor trabajo para discutirla o para combatirla, como si sólo existiera ella, como si nada se hubiera producido en el mundo desde hace más de un siglo, cuando fué concebida, como si un misterioso privilegio la destinara por la eternidad a regentear en los dominios más diversos las construcciones del pensamiento humano.

Encima, partidarios y adversarios disputan sin fin sobre su naturaleza, y lo que es más, ni siquiera llegan a ponerse de acuerdo entre sí. Ciencia, dicen unos, y ciencia de las ciencias, enciclopedia decisiva y siempre nueva; filosofía perimida, responden los otros, y que se vuelve teología, dogmática, simple escolástica. Por otra parte, esta oposición en modo alguno agota la realidad. Pues en verdad se ve desempeñar al marxismo muchas otras funciones.

Se entiende que con esta palabra no pretendo designar las obras de Karl Marx, sino la suma de fórmulas y la actitud psicológica de las cuales siguen siendo históricamente garantía, sean o no fieles estas últimas a través de tantas transformaciones y vicisitudes. Tal como es, el marxismo actual se presenta como una interpretación del mundo y de la historia, pero es también una previsión del porvenir y un programa político, una descripción, un método y un conjunto de reivindicaciones. Es a la vez una lógica, una moral, hasta una táctica, un cuerpo de doctrina que resuelve las más graves y vastas cuestiones, pero que da también el consejo necesario en los más menudos detalles de la acción cotidiana. No está constituido tan sólo por las reflexiones de trescientos filósofos, sino también por la experiencia de novecientos mil militantes.

Esto es lo extraño. Para explicarlo, conviene primero interrogarse, ya que se lo da por ciencia, acerca del real valor científico del marxismo. Ahora bien: aquí es donde estalla la paradoja.

Como ciencia, en efecto, la construcción de Marx sólo representa evidentemente un momento ya lejano de la economía política. Y como sucede a menudo en las ciencias que se están constituyendo, los análisis, las afirmaciones de éstas no tardan en revelarse sumarios y temerarios a la vez (vicios éstos que se provocan y sostienen mutuamente). De vez en cuando una obra pone en evidencia los desmentidos que la historia inflige a las predicciones de una doctrina que se jactaba de dic-

tarle su camino necesario; así (tomo los ejemplos al azar), el nivel de vida del proletariado en lugar de empeorar no ha dejado de mejorar; la proporción de obreros, lejos de aumentar, tiende a disminuir gracias a los progresos técnicos, en tanto que crece notablemente el de empleados y funcionarios, es decir, pequeños burgueses; en fin, los países donde la revolución ha triunfado se han encargado de suministrar la prueba de que socialismo no quiere decir forzosamente libertad, ni siquiera igualdad.

Todo esto y muchas otras comprobaciones tan contrarias a las profecías y a alguna tenaz y mesiánica espera, resulta con tal evidencia de la evolución histórica que muchos, apenas se les hace notar, tienen la impresión de que sus ojos se encuentran libres de vidrios deformantes que ni siquiera tenían conciencia de llevar. Hasta entonces la realidad se les aparecía irremediablemente embrollada, vanamente desconcertante, penosamente descifrable. Y hela ahora neta, inteligible: los objetos recuperan su lugar, sus dimensiones, su aspecto verdadero. Se respira. Y uno se pregunta, tan grosera era la mistificación, cómo pudo permanecer tanto tiempo engañado. Es preguntarse de dónde procede el prestigio del marxismo.

Porque éste es inmenso, eficaz, tan eficaz que sólo parecía poder explicarlo la exactitud de la doctrina. Cuando se demuestra que es radicalmente engañosa, la maravilla es todavía mayor; la prueba es que, estoy seguro, cuesta menos a la mayoría tenerla por cierta que concebir que siendo falsa haya podido deslumbrar a tanta gente durante tanto tiempo y que continúe consiguiéndolo. Porque después de cien años siguen aumentando las referencias a Marx; se lo cita, se lo discute cada día más, se lo comenta infinitamente, como si por un milagro único en la historia de las ciencias y de la filosofía, sus teorías suscitaran mayor interés cuanto más erróneas se reconocieran. Pero, justamente, quizá no sea la verdad lo que se busca con ellas. Por otra parte, si la causa no fuera tan paradójica, sin duda no se pondría tanto encarnizamiento en sostenerla.

Nada tan cómico como ver a los espíritus más finos de nuestro tiempo, que por cierto son a menudo los más cándidos, gastar tesoros de ingeniosidad para justificar alguna proposición de Marx. El primero se entrega a mil delicadas acrobacias para establecer una predicción del Maestro relativa al proletariado, sin pensar que en el tiempo de la semana de cuarenta horas, de los seguros de vejez, de los seguros de enfermedad, de la inspección del trabajo, de los contratos colectivos, de las vacaciones pagas, de las jubilaciones, por insuficientes que sigan siendo

los salarios, simplemente ya no existe proletariado en el sentido en que lo entendía Marx y como él lo conocía.

Metafísico, el segundo resuelve con gallardía las más graves dificultades recordando que según Hegel o Engels la libertad no es otra cosa que el conocimiento de la necesidad, fórmula que no parece ni clara ni reconfortante, pero muy susceptible en cambio de inducir a los ingenuos a tomar gato por liebre.

El tercero da devotamente la máxima célebre del *Manifiesto Comunista*, según la cual el molino de viento produce la sociedad feudal, el molino de vapor la sociedad capitalista, como la definición misma del determinismo histórico, cuando es harto claro que señala a la inversa como motor de la historia, no la lucha de clases, sino las invenciones que le están subordinadas con evidencia.

Con el mismo sentido se considera corrientemente una especie de verificación del marxismo la teoría de Lefèbvre des Noëttes para quien una innovación afortunada en la manera de uncir los caballos habría conducido o contribuido a la desaparición de la esclavitud. Evidentemente de nuevo es el argumento inverso el que debe sacarse de este descubrimiento. Prueba también que las invenciones técnicas, más que la lucha de clases, acarrean las transformaciones de la estructura social. No hay cuestión: lo que es cierto para la invención del yugo debe de serlo aún más para la del vapor, la electricidad o la energía atómica, todas las cuales tienen por primer resultado permitir el ahorro de una cantidad ya enorme y mañana fabulosa de trabajo humano.

¡Y si estos defensores benévolos fueran bien acogidos por los adeptos oficiales de la causa a la que socorren! Pero en seguida son maltratados y considerados enemigos. Les explican que el marxismo no necesita de su ayuda y que es agraviar a tal doctrina imaginar que podría recibir de un recién llegado un suplemento correcto en el caso, por lo demás, improbable de que necesitara ser completada en algún punto.

Porque esta doctrina tiene adeptos oficiales. No hay libre juego. Un partido poderoso la ha adoptado y, como una Iglesia, no ve con buenos ojos a los librepensadores, es decir, a aquellos que quisieran fuera de él, de una manera desinteresada, consagrar su tiempo, su saber, su talento, al examen y a los desarrollos del sistema. Es inútil que supliquen y den pruebas de docilidad. Deben ingresar primero en el partido y si no ingresan, está claro que niegan lo esencial, que "razonan", como dicen las madres a los hijos discutidores.

¿Se creía, por otra parte, encontrar conciliadores a los campeones de una teoría que la serie de los acontecimientos ha revelado tan poco

defendible? Son intratables. No ceden nunca. Parecen insensibles a la evidencia y pronto se advierte que es inútil prolongar la controversia con ellos. El contendor se irrita y permanece incapaz de descubrir el punto preciso que le choca. Su enojo es mayor porque siente su cólera ciega e impotente.

No hay recurso contra el terco que, armado de cierto dogma que ni siquiera se preocupa de conocer bien, rechaza con intrepidez los mejores argumentos que se oponen a su certidumbre. Ni los hechos ni la lógica pueden convencerlo. Se lo obliga a una elección embarazosa, uno cree arrinconarlo en la alternativa final, forzarlo a la contradicción. Siempre inventa para salir del paso alguna escapatoria sutil o ridícula. Nada vale contra su decisión; el adversario lo trata en voz baja de imbécil, pero sale derrotado por su ingeniosidad. Lo acusa de candor, pero lo siente retorcido. Sólo le falta comprender, pero no accede a ello. Se le incrimina su mala fe; ¿cómo negar, ay, su sinceridad, cuando ella es justamente lo que constituye el enigma? Muchos la niegan; simplifican así el problema por un momento, pero en seguida hacen difícil toda solución.

Cada vez que uno se deja sorprender, sale indignado del debate. A cada experiencia nueva, jura no discutir más y vuelve a empezar a la primera ocasión. Pues hay como un escándalo para el espíritu frente a esta derrota de la razón. Uno no logra darse cuenta de que aquí la inteligencia se muestra completamente desarmada frente a una absurda tenacidad ininteligente e ininteligible, impermeable por naturaleza a las razones de la razón (y aun más a las del corazón).

El autor ha observado la notable diferencia que separa las reacciones del fiel de una iglesia o del miembro de un partido, según se encuentre frente a sus superiores o delante de los profanos. Con respecto a los dirigentes, su humildad no tiene límites: "*Yo no sé nada*, se dice, *y ellos saben todo*". Pero qué desdén en cambio para todos los que siguen en las tinieblas exteriores: "*Yo sé*, dice esta vez, *y ellos ignoran*".

Se advierte en seguida que semejante actitud en la discusión hace imposible todo debate intelectual donde debe triunfar la evidencia o, en su defecto, la mejor razón; la razón aquí no cuenta, cuenta la autoridad indivisible de la comunidad a la cual se está adherido. Por ella se siente sostenido y a ella tiene a su vez conciencia de proteger quien defiende los dogmas en el punto más insignificante. Poco importa que éste, a juicio de todos, no soporte el examen: no se trata de juicio o de examen. Es inútil que el detalle parezca desprovisto de toda importancia. De nada sirve gritar al obstinado que podría abandonarlo sin perjuicio, que su causa no quedaría debilitada, que hasta se fortalecería más:

no hay caso. No cede. Porque siente que cedería todo si cediera una insignificancia. La explicación es simple. Para él asentir o permanecer inquebrantable no es cuestión de error, sino de lealtad o de traición. Todo está invertido: no se trata de ser comprensivo, sino de ser incorruptible.

Por una parte, un saber desprestigiado a los ojos de todos los que saben; por otro un fervor mal informado que se gasta sin tasa para demostrar su excelencia: esta situación hace reflexionar. No se explica sin la intervención de un factor extraño al orden del conocimiento y a la pura competencia de las ideas. En efecto, ¿cómo explicar la extraordinaria fascinación ejercida en gran número de espíritus avisados por una doctrina envejecida, excepcionalmente y claramente desmentida por los hechos, a la que se defiende además con un arsenal de groseros subterfugios, con un eficaz desorden de absurdos y de inconsecuencias?

La respuesta no es dudosa. Sólo su simplicidad impedía reconocerla. Era posible sacarla de la doctrina misma cuyo éxito desconcierta. En pocas palabras es ésta. Ese prestigio escandaloso procede por entero de la existencia de los partidos comunistas y de la Rusia Soviética. Para decirlo más claramente: lejos de que el marxismo garantice la fuerza y la razón del partido comunista, en todas partes es el partido comunista con el imperio que lo respalda, un quinto del globo, harto se repite, quienes constituyen, ellos y sólo ellos, la fuerza y la razón actuales de la doctrina marxista.

Sin este partido, sin este imperio, aquélla ya no sería, desde hace mucho tiempo, sino una especie de curiosidad en la cual se interesaría tan sólo un puñado de eruditos. Al estudiar los primeros comienzos de la economía política, esos arqueólogos hablarían entre sí de Marx como los historiadores de la química hablan de Lavoisier, como se cita en los manuales cada teoría de los precursores: sus ingenuos errores hacen sonreír, pero sus intuiciones justas continúan obligando a la admiración. Tal hubiera sido la suerte inevitable del marxismo, si fuese la teoría científica que sus fieles pretenden.

Pero no es ni una ciencia, ni siquiera un método; cuanto más en su degradación última, una sofística, del tipo de las que utilizan las diversas ciencias conjeturales y que es lícito, pero de pocas consecuencias, nombrar complacientemente "dialéctica". Al mismo tiempo, es mucho más que una ciencia: es la ideología de un poderoso partido que se sirve de ella como de un estandarte y que finge haberse tornado invencible gracias a ella, cuando, al contrario, es el número y el valor de sus tropas lo que la salva del olvido, lo que le permite subsistir y hacer que

se la respete, cuando provocaría risa si no se beneficiara con tan temible apoyo.

En una fórmula conocida y mil veces repetida, se alaba a Marx y a Engels por haber disipado la ilusión idealista de la filosofía de Hegel y por haber plantado de nuevo a la dialéctica sobre sus pies. Parece que sus discípulos hubieran vuelto a ponerla cabeza abajo, tan indispensable parece recomenzar la operación. ¿Qué más contrario al materialismo histórico que imaginar la existencia y las gestiones de un partido, expresión de importantes estructuras económica y política determidas por un sistema de ideas? ¿No está más de acuerdo con las propias tesis de la doctrina considerarlo, más que la descripción objetiva y fiel de la realidad, como el velo ideológico que sirve para justificar las ambiciones de una clase?

Es cierto, el sistema de ideas preexistía al movimiento que lo ha erigido en bandera. La doctrina marxista preexistía al partido comunista. Pero, justamente, nunca son las ideas mismas las que determinan la conjetura histórica, sino el uso al cual se las destina.

(Concluirá)

(Traducción de Aurora Bernárdez)

ROGER CAILLOIS

Imprecación al Mar

¡Mar insistente y duro y predilecto
aguza en mí la luz del intelecto
no el gusto de las muertes prestigiosas
en tus aguas violentas e impetuosas!
Déjame precisar en mi desvelo
tu horizonte y arráncame este velo
que fascina mis ojos, que me llama
como el amor o el fuego con su llama.
En tu fulgor, que emana de los vientos,
que en tus olas dibuja movimientos,
quiero dejar de ser, no ser humana,
dejar mi vestidura cotidiana,
y aspirando a una vida más furtiva
junto al coral, al alga, al agua viva,
ser piedra apenas, piedra o caracol,
presa en tus vidrios como en un crisol.
No tienes árboles para alternar
tus sombras, ni retoños al cambiar,
bien lo sé, ni ese olor enardecido
que brota de la tierra si ha llovido;
no otorgas esa impávida promesa
que hace creer que es hermosa la tristeza;
no tienes lo que más me ha conmovido
de la tierra el follaje adormecido.
Si en el crímen Caín abandonado
corrió a tu orilla para huir de su hado;
si Andrómeda en el borde de tu abismo
te ofrendó su actitud de misticismo;
si Eneas y si Ulises te buscaron;
si las sirenas áticas cantaron,
secretas y espectrales, en las ondas
de tus profundas, azuladas, frondas:
dentro de tus cristales, si durmieron
los marineros rubios y murieron;

si no te asocio a Grecia solamente
o a una anterior edad coexistente,
cuando en el Paraíso, usurpadora,
sufrió la dicha plagios de tu aurora;
si Isolda y si Tristán se enamoraron
y para amarse te conmemoraron;
si enjugaste los ojos de Virginia;
si brillaste en el fondo de la insignia,
al pie de las ciudades, murmurante,
oscureciendo el humo tu semblante;
si a tus costas llegó perdido el ciervo,
con ramas, perseguido por el cuervo;
si en las noche australes cien caballos
corrieron a tu orilla entre los rayos;
si en tus puertos quedaron recogidas
manos aladas de las despedidas;
si un lamento marino de naufragios
cubrió tus costas claras de presagios;
y si yo en el presente he recorrido
tus noches y tus días y he querido
al limitar tu soledad cantarte
y como Palinuro antaño amarte,
librar mis sueños a tu sueño oscuro;
si he perdido el pasado y el futuro
viendo en tu variación sólo volar
tu pez de plata pálido y brillar
tu espuma con guirnaldas sobre el liso
indescifrable mármol indiviso,
es que en tus dédalos de agua la muerte,
con sus memorias, vuelve el tiempo inerte,
y que si no llevara pasaporte
— como la brújula que enseña el Norte —
podría no saber cuál es el hombre
que me acompaña y olvidar mi nombre.

SILVINA OCAMPO

Homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz en su Tercer Centenario

(1651 - 1695)

En 1690 Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla, publica la crítica de Sor Juan Inés al famoso sermón del jesuíta Antonio de Vieyra sobre "las finezas de Cristo". La *Carta Athenagórica* es, quizá, el único escrito teológico de Sor Juana. Al menos es el único que ha llegado hasta nosotros. Escrita por encargo y "con más repugnancia que otra cosa, así por ser de cosas sagradas, a quienes tengo reverente temor, como por parecer querer impugnar, a lo que tengo aversión natural", la *Carta* tuvo inmediata resonancia. Era insólito que una monja mexicana se atreviese a criticar, con tanto rigor como osadía intelectual, al célebre confesor de Cristina de Suecia. Pero si la crítica a Vieyra produjo asombro, la singular opinión de la poetisa acerca de los favores divinos debe haber turbado a aquellos mismos que la admiraban. Sor Juana sostenía que los mayores beneficios de Dios son negativos: "premiar es beneficio, castigar es beneficio y suspender los beneficios es el mayor beneficio y el no hacer finezas la mayor fineza". En una monja amante de la poesía y de la ciencia, más preocupada por el saber que por el salvarse, esta idea corría el riesgo de ser juzgada como algo más que una sutileza teológica. Al afirmar que las mayores finezas divinas son negativas, ¿no defendía indirectamente su afición al saber profano frente a todos los que la incitaban a dejar los estudios de la tierra por los del cielo? Considerar como favor la indiferencia divina significaba, por otra parte, extender la esfera del libre albedrío. El don más alto de Dios consistía en abandonar los hombres a su suerte.

El obispo de Puebla, editor y amigo de la monja, no oculta su desacuerdo. Con el seudónimo de Sor Filotea de la Cruz, declara en la misiva que precede a la Carta Athenagórica: "Aunque la discreción de Vmd. las llama finezas (a los beneficios negativos), yo las tengo por castigos". Para un cristiano no hay vida fuera de la gracia. Ante las aficiones intelectuales de Sor Juana el prelado muestra inconformidad semejante: "no pretendo que Vmd. mude de genio, renunciando a los

libros, sino que lo mejore leyendo el de Jesucristo... Lástima que un tan gran entendimiento de tal manera se abata a las raseras noticias de la Tierra que no desee penetrar lo que pasa en el Cielo; y ya que se humilla al suelo que no baje más abajo, considerando lo que pasa en el Infierno". La discusión teológica pasa a segundo plano. La carta del Obispo enfrenta a Sor Juana con el problema de su vocación y, más radicalmente, con el de la vida religiosa.

La *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz* es el último escrito de Sor Juana. Y, con el *Primero Sueño*, su obra más significativa. Autobiografía crítica, defensa de su derecho al saber y confesión de los límites de todo humano saber, este texto anuncia su final sumisión. Dos años después vende sus libros y se abandona a los poderes del silencio. Madura para la muerte, no escapa a la epidemia de 1695. Entre las pocas cosas que se encontraron en su celda figura un romance incompleto, "en reconocimiento a las inimitables plumas de la Europa que hicieron mayores sus obras con sus elogios". Temo que no sea posible comprender lo que nos dicen su obra y su vida si antes no asimos el sentido de esta renuncia a la palabra. Oír lo que nos dice su callar es algo más que una fórmula barroca de la comprensión. Pues si el silencio es "cosa negativa", no lo es el callar. El oficio propio del silencio es "decir nada", que no es lo mismo que nada decir. El silencio es indecible, expresión sonora de la nada. El callar es significante. Aún de "aquellas cosas que no se pueden decir es menester decir siquiera que no se pueden decir, para que se entienda que el callar no es no saber qué decir sino no caber en las voces lo mucho que hay que decir". ¿Qué es lo que nos callan los últimos años de Sor Juana? Y eso que se calla, ¿pertenece al reino del silencio, esto es, de lo indecible, o al del callar, que habla por alusiones y signos?

La crisis de Sor Juana coincide con los trastornos y calamidades públicas que ensombrecieron el final del siglo XVII mexicano. No parece razonable pensar que lo primero sea efecto de lo segundo. El silencio de Sor Juana no puede explicarse por los tumultos de 1692. Esta clase de explicaciones lineales exigen siempre un tercer término, que a su vez necesita de otro. La cadena de las causas y efectos no tiene fin. Por otra parte, no es posible explicar la cultura por la historia —como si se tratase de órdenes diferentes: uno el mundo de los hechos, otro el de las obras. Los hechos son inseparables de las obras; el hombre se mueve en un mundo de obras. La cultura es historia. Y puede añadirse que lo propio de la historia es la cultura y que no hay más historia que la

de la cultura: la de las obras de los hombres, la de los hombres en sus obras. Lo otro es el dominio de las ciencias de la naturaleza. Así, el silencio de Sor Juana y los tumultos de Nueva España son hechos históricos que no resultan inteligibles sino dentro de la historia de la cultura colonial. Otros hechos, de signo semejante, pueden ayudarnos a comprenderlos. En esos mismos años Sigüenza y Góngora, el hombre más sabio de Nueva España, modifica su actitud ante los indios. La reserva –sino la hostilidad– substituye al antiguo interés. Es sabido que la tradición –entendida como pasado vivo– nunca se nos da hecha: es una creación. Sigüenza es el primero que con plena conciencia intenta crear una tradición novohispana en la que el sepultado mundo indígena sea algo más que el coro de la acción española. La rebelión de los indios y el saqueo del Palacio Virreinal iluminaron con otra luz aquel pasado indígena que él fué uno de los primeros en admirar. La arqueología mostraba abismos semejantes a los que abría la especulación de Sor Juana. El saber se volvía peligroso. El mundo colonial había perdido de pronto su coherencia y los elementos que lo componían se revelaban bruscamente incompatibles e irreductibles.

En el orden histórico Nueva España había sido fundada como armónica y jerárquica convivencia de muchas razas y naciones, a la sombra de la monarquía austríaca: en el espiritual, sobre la identidad última entre razón y fe. La superioridad del catolicismo frente a las antiguas religiones residía en su carácter racional. Ser de razón equivalía a ser cristiano. Renunciar a la palabra racional, quemar la Audiencia –símbolo del Estado– y negar a los indios, eran actos de significación parecida. En ellos la sociedad novohispana se expresa como negación. Y no frente a algo externo, sino ante sí misma. La Colonia se niega a sí misma, renuncia a ser. El poeta calla, el intelectual abdica, el pueblo se amotina. La crisis desemboca en el silencio y el cadalso. La historia colonial se revela como aventura sin salida. Todas las puertas se cierran, excepto la ultraterrena. Mas para traspasarla hay que negarse a sí mismo y morir.

El sentido de la crisis colonial puede falsearse si se cede a la tentación de considerarla como una profecía de la Independencia mexicana. Esto sería cierto si la Independencia americana hubiese sido solamente la extrema consecuencia de la disgregación del Imperio Español. Pero es algo más. Y, también, algo substancialmente distinto: una revolución, esto es, un cambiar el orden colonial por otro, un total empezar de nuevo la historia de América. Contrariamente a lo que dicen los historiadores, el mundo colonial no engendra al México independiente. Hay una rup-

tura y, tras ella, una superposición de principios e instituciones. Es verdad que muchos rasgos coloniales se prolongan hasta 1857 y aún hasta nuestros días, pero como inercia y obstinado sobrevivirse. Es decir, como hechos que han perdido sentido histórico. De allí que el siglo XIX se haya sentido ajeno al pasado colonial. Nadie se reconocía en la tradición novohispana porque, en efecto, esa tradición no era la de los liberales que hicieron la Independencia. Durante más de un siglo México ha vivido sin pasado.

Ahora nos encontramos ante una situación parecida a la del final del siglo XVII. La crisis actual es también crisis de los fundamentos del mundo, como en la época de Sor Juana. Resolver la crisis dentro de los supuestos de nuestra tradición, permitiría la reconquista del pasado colonial. Cerraríamos así la herida de la independencia. No quería otra cosa, después de todo, Sigüenza y Góngora: convertir la Conquista en un hecho americano. Mas si, como parece probable, somos incapaces de una creación que armonice los contrarios principios que nos desgarran, nuestra respuesta frente a la historia será la abdicación y el silencio. Y la sociedad que surja de esa renuncia, si alguna surge, no podrá reconocerse en nuestras obras, como los liberales no se reconocieron en las del mundo colonial.

El carácter extremo de nuestra crisis nos deja vislumbrar el sentido de la que paralizó al mundo colonial. Frente a la pluralidad de naciones que distinguía al mundo prehispánico, Nueva España se presenta como una construcción unitaria. Todos los pueblos y todos los hombres tenían cabida en ese orden universal. En los villancicos de Sor Juana una abigarrada multitud confiesa en nahuatl, latín y español una sola fe y una sola lealtad. El catolicismo colonial era tan universal como la monarquía y en su cielo, apenas disfrazados, cabían todos los viejos dioses y las antiguas mitologías. Gracias al bautismo los indios —abandonados por sus divinidades— reanudan sus lazos con lo Sagrado y ocupan un lugar en este mundo y en el otro. El desarraigo se resuelve en superposición de creencias. Mas cuando llega el catolicismo a México es ya una religión hecha y a la defensiva. El apogeo de la religión católica en América coincide con la Contrarreforma en Europa. Lo que allá era ocaso, fué alba entre nosotros. Esta diferencia de un ritmo histórico —raíz de la crisis— también es perceptible en otras órbitas, desde las económicas hasta las literarias. Apenas la originalidad de la nueva sociedad quiere expresarse, resultan insuficientes los principios que la habían fundado. Aquella universalidad era impuesta, no había crecido

de dentro para afuera. Ni las Leyes de Indias bastaban, ni el pasado indígena tenía vigencia en la cultura colonial. Y el saber tradicional era incapaz de saciar la curiosidad de espíritus como Sor Juana Inés o Sigüenza y Góngora.

Sor Juana encarna la madurez de Nueva España. Y esa madurez se expresa en formas ya hechas y que impedían toda originalidad creadora. La obra poética de la monja es un excelente y personal muestrario de los estilos del XVI y XVII. A veces —como en su imitación de Jacinto Polo de Medina— resulta superior a su modelo. Su teatro religioso sigue de cerca a Calderón y *El Divino Narciso* no es indigno de los autos del poeta español. Sólo en el *Primer Sueño* va más allá de su deliberado modelo y rebasa los límites de una escuela. Pero Juana Inés casi nunca escapa del estilo. Para expresarse realmente habría sido necesario romper aquellas formas que tan sutilmente la aprisionaban. Destruirlas exigía negarse a sí misma. El conflicto era insoluble porque la única salida implicaba la destrucción misma de los supuestos que fundaban al mundo colonial.

Si era imposible negar los principios sin negarse a sí mismo, también lo era proponer otros. Ni la tradición ni la historia de Nueva España, podían ofrecer soluciones diferentes. Siglos más tarde se adoptaron otros principios, pero venían de fuera —de Francia— y estaban destinados a fundar otra sociedad. A fines del siglo XVII el mundo colonial pierde la posibilidad de re-engendrarse. Los mismos principios que le habían dado el ser, lo ahogaban. Tal es el sentido de la renuncia en que termina la crisis de Nueva España.

Negar a este mundo y afirmar al otro era un acto que para Sor Juana no podía tener la misma significación que para los grandes espíritus de la Contrarreforma o para los evangelizadores de Nueva España. La renuncia a este mundo no implica. para Teresa o Ignacio. la dimisión o el silencio, sino un cambio de signo de este mundo: la historia, y con ella la acción humana, se abre a lo ultraterreno y adquiere así nueva fertilidad. La mística misma no era tanto un salir de este mundo como un insertar la vida en la historia sagrada. El catolicismo militante, evangélico o reformador, impregna de sentido a la historia. La negación de este mundo se traduce finalmente en una afirmación de la acción histórica. La porción verdaderamente personal de la obra de Sor Juana, en cambio, no se abre a la acción o a la contemplación, sino al conocimiento. Un conocer que es un interrogar a este mundo, sin juzgarlo. Esta nueva especie de conocimiento era imposible dentro de los supues-

tos de su universo histórico. Durante más de veinte años Sor Juana se obstina. Y no cede sino cuando el muro se cierra definitivamente.

Si no se entiende su callar, no se podrá comprender lo que significan el *Primer Sueño* y la *Respuesta a Sor Filotea de la Cruz*. Sin duda pesaron en su ánimo la actitud de su enérgico confesor y la velada o abierta oposición de todos los que la rodeaban. Es evidente, también, que los desórdenes sociales fortalecieron su decisión final. Pero la presión externa no lo explica todo. Dentro de ella misma el conflicto era radical: el saber es imposible, todo desemboca en el silencio. El conocimiento es un sueño. Su primero y único sueño. Cuando despierta, al final de su vida, calla. Su vigilia, lúcida y reticente, cierra el sueño dorado del virreinato. Así, la comprensión de su callar

las glorias deletrea
entre los caracteres del estrago.

Glorias ambiguas. Todo en ella es ambivalente: vocación, alma, cuerpo y el silencio mismo. Niña aún, su familia la envía a la ciudad de México, con unos parientes. Su madre, viuda, se había vuelto a casar –hecho que no dejó de marcarla y que contribuye a explicar algunas de sus actitudes ante el mundo y los hombres–. A los trece años es dama de compañía de la Marquesa de Mancera, virreina de Nueva España. A través de la biografía del padre Calleja nos llegan los ecos de las fiestas y concursos en que Juana, niña prodigio, brillaba. Hermosa y sola, no le faltaron enamorados. Mas no quiso ser "pared blanca donde todos quieren echar borrón". Toma los hábitos porque "para la negación total que tenía al matrimonio era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir".

Ni la ausencia del amor terrestre ni la urgencia del divino la llevan al claustro. El convento es un expediente, una solución razonable, que le ofrece refugio y soledad. La celda es retiro, no cueva de ermitaño. Laboratorio, biblioteca, sala de música, allí se recibe y conversa, se leen versos, se discute, se oye buena música. Desde el convento participa en la vida intelectual y en la palaciega. Versifica sin cesar. Escribe comedias, villancicos, loas, tratados de música, reflexiones de moral. Entre el Palacio Virreinal y el convento hay un ir y venir de rimas y obsequios, parabienes, poemas burlescos, peticiones. Niña mimada, décima musa.

Buena parte de su obra está impregnada de un mexicanismo gracioso o melancólico. En sus villancicos surgen las "cláusulas tiernas del méxicano lenguaje" al lado del negro congolés y el habla rota del

vizcaíno. Sor Juana usa con entera conciencia y hasta con cierta coquetería todas esas raras especias:

¿Qué mágicas infusiones
de los indios herbolarios
de mi patria, entre mis letras
el hechizo derramaron?

Sería un error de perspectiva histórica confundir la estética barroca –que abría las puertas al exotismo del Nuevo Mundo– con una preocupación nacionalista cualquiera. Más bien se puede decir lo contrario. Pero si no tiene conciencia de la nacionalidad, si la tiene, y muy viva, de la universalidad del Imperio. Indios, criollos, mestizos, blancos y mulatos forman un todo. Su preocupación por las religiones precortesianas –visible en la loa que precede a *El Divino Narciso*– posee el mismo sentido. La función de la Iglesia no es diversa a la del imperio: conciliar los antagonismos, abrazar las diferencias en una verdad superior.

El amor es uno de los temas constantes de su poesía. Dicen que amó y fué amada. Ella misma así lo da a entender en liras y sonetos –aunque en la *Respuesta* advierte que todo lo que escribió, excepto el *Primer Sueño,* fué de encargo. Poco importa que esos amores hayan sido ajenos o propios, vividos o soñados. Ella los hizo suyos por gracia de la poesía. Su erotismo es intelectual, con lo que no quiero decir que carezca de profundidad o de autenticidad. Se complace, como todos los grandes enamorados, en la dialéctica de la pasión. Y también, sensual, en su retórica, que no es lo mismo que la pasión retórica de ciertas poetisas. Los hombres y mujeres de sus poemas son imágenes, sombras "labradas por la fantasía". Su platonismo no está exento de ardor. Siente a su cuerpo como una llama sin sexo:

Y yo sé que mi cuerpo
sin que a uno u otro se incline
es neutro, o abstracto, cuanto
sólo el alma deposite.

La cuestión es quemante. Y así, la deja "para que otros la ventilen", pues no debe sutilizar en lo que está bien que se ignore.

Igualmente ambigua es su actitud ante el amor y, más precisamente, ante los otros cuerpos. Los hombres de sus sonetos y liras son siempre

ausencia o desdén, sombras huidizas. Sus retratos de mujeres son espléndidos, señaladamente los de las Virreinas que la protegieron: la Marquesa de Mancera y la Condesa de Paredes. El romance decasílabo en esdrújulos que "pinta la proporción hermosa de la señora de Paredes" es una de las obras memorables de la poesía gongorina. No debe escandalizar esta pasión:

Ser mujer y estar ausente
no es de amarte impedimento,
pues sabes tú que las almas
distancia ignoran y sexo.

En casi todas sus poesías amorosas —y también en aquellas que tratan de la amistad que profesa a Filis o a Lisis— resuena el mismo razonamiento: "el amor puro, sin deseo de indecencias, puede sentir lo que el más profano". En uno de sus más hondos sonetos repite:

aunque dejes burlado el lazo estrecho
que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pechos
si te labra prisión mi fantasía.

Cierto, se enamora del cuerpo con el alma, más ¿quién podrá trazar las fronteras entre uno y otro? Para nosotros cuerpo y alma son lo mismo. Nuestra idea del cuerpo está teñido de espíritu y a la inversa. Sor Juana vive en un mundo basado en el dualismo de cuerpo y espíritu. Para ella el problema era de fácil resolución en la esfera de las ideas. Lo era menos en la de los sentimientos. Cuando muere la marquesa de Mancera, pregunta:

Bello compuesto en Laura dividido,
alma inmortal, espíritu glorioso,
¿por qué dejaste cuerpo tan hermoso?
¿y para qué tal alma has despedido?

Sor Juana se mueve entre sombras: las de los cuerpos inasibles y las de las almas huidizas. Sólo, quizá, el amor divino es concreto y cierto. Pero Sor Juana no es un poeta místico. En sus poemas religiosos la Divinidad es abstracta. Dios es idea. Aun en donde sigue visiblemente a los místicos se resiste a confundir lo terreno y lo celeste. El amor divino es amor racional. En él se funden razón e inclinación. Para ella —como

para toda su época— era cada vez más difícil sentir ese acuerdo superior entre razón y fe como algo más que una idea.

Su gran amor no fueron estos amores. Desde niña se inclina por las letras. Adolescente, concibe el proyecto de vestirse de hombre y concurrir a la Universidad. Resignada a ser autodidacta se queja: "Cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva del maestro". Y añade que todos los trabajos "los sufría por amor a las letras; oh, si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado, cuánto hubiera merecido!" Cierto o fingido, este lamento es una confesión: el conocimiento que busca no es el que está en los libros sagrados. O, al menos, no está en ellos exclusivamente. Si la Teología es "la reina de las ciencias", ella se demora en sus aledaños: física y lógica, retórica y derecho. Su curiosidad no es la del especialista. Aspira a la integración de las verdades particulares e insiste en la unidad del saber. La variedad no daña a la comprensión general, antes la exige; todas las ciencias se corresponden: "es la cadena que fingieron los antiguos que salía de la boca de Júpiter, de donde pendían todas las cosas, eslabonadas unas con otras".

Es impresionante su interés por la ciencia. En los versos barrocos del *Primer Sueño* describe, con encantadora pedantería, las funciones alimenticias, los fenómenos del sueño y de la fantasía, el valor curativo de ciertos venenos, las pirámides egipcias, la linterna mágica que

representa fingidas
en la blanca pared varias figuras
de la sombra no menos ayudada
que de la luz que en trémulos reflejos...

Todo se mezcla: teología y ciencia, retórica barroca y real asombro ante el universo. Su actitud es insólita en la tradición hispánica. Para los grandes españoles el saber se resuelve en acción o en negación del mundo. Para Sor Juana el mundo es problema. Todo le da ocasión de aguzar preguntas, todo ella se aguza en pregunta. El universo es un vasto laberinto, dentro del cual el alma no acierta a encontrar el desenlace, "sirtes tocando de imposibles en cuantos intenta rumbos seguir". Nada más alejado de este laberinto de hipótesis que la imagen del mundo que nos han dejado los clásicos españoles. En ellos ciencia y acción se confunden. Saber es obrar. Y todo obrar, como todo saber, está referido al más allá. El sabio es hechicero, asceta

o santo. Dentro de esta tradición el saber desinteresado parece blasfemia o locura.

La Iglesia no juzgó a Sor Juana loca o blasfema, pero sí lamentó su extravío. En la *Respuesta* nos relata que "la mortificaron y atormentaron con aquél: no conviene a la santa ignorancia este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura con su misma perspicacia y agudeza". Doble soledad: la de la conciencia y la de la mujer. Una Superiora –"muy santa y muy cándida, que creyó que el estudio era cosa de la Inquisición"– le manda que no estudie. Su confesor aprieta el cerco y durante dos años la priva de auxilios espirituales. Era difícil resistir a tanta presión contraria, como antes lo había sido no marearse con los halagos de la Corte. Sor Juana persiste. Apoyándose en los textos de los Padres de la Iglesia, defiende su derecho –y el de todas las mujeres– al conocimiento. Y no sólo al saber, también a la enseñanza: "¿qué inconveniente tiene que una anciana tenga a su cargo la educación de las doncellas?"

Versátil, atraída por mil cosas a la vez, se defiende estudiando y estudiando se repliega. Si le quitan los libros, le queda el pensamiento que consume más en un cuarto de hora que los textos en cuatro años. Ni el sueño se libra "de este continuo movimiento de mi imaginativa, antes suele obrar en él más libre y desembarazada... arguyendo y haciendo versos de que pudiera hacer un catálogo muy grande". Confesión preciosa entre todas y que nos da la clave de su poema capital: el sueño es una más larga y lúcida vigilia. Soñar es conocer. Frente al saber diurno se erige otro –necesariamente rebelde, fuera de la ley y sujeto a un castigo que, más que atemorizar al espíritu, lo estimula. Es ocioso subrayar hasta qué punto la concepción que preside el *Primer Sueño* coincide con las preocupaciones de la poesía moderna.

Debemos la mejor y más clara descripción del asunto de *Primer Sueño* al Padre Calleja: "Siendo de noche, me dormí; soñé que de una vez quería comprender todas las cosas de que el universo se compone; no pude, ni aún divisar por categorías, ni aún sólo un individuo. Desengañada, amaneció; y desperté". Sor Juana indica que escribió el poema como deliberada imitación de las *Soledades*. La sintaxis, en efecto, es gongorina. Mas el *Sueño* es el poema del asombro nocturno, en tanto que el de Góngora, *Luzbel resplandeciente*, es el del mediodía. Tras las imágenes de Góngora, no hay nada, porque su mundo es eso: pura imagen, esplendor de la apariencia. El universo de Sor Juana –nada rico en colores, abundante en sombras, abismos y claridades súbitas– es un laberinto de símbolos, un

delirio racional. *Primer Sueño* es el poema del conocimiento. Esto lo distingue de la poesía gongorina y, más totalmente, de toda la poesía barroca. Esto mismo lo enlaza, inesperadamente, a la poesía alemana romántica y, por ella, a la de nuestro tiempo.

En algunos pasajes el verso barroco se resiste al inusitado ejercicio de transcribir en imágenes conceptos y fórmulas abstractas. El lenguaje se vuelve abrupto y pedantesco. En otros, los mejores y más intensos, la expresión es vertiginosa a fuerza de lucidez. Sor Juana crea un paisaje abstracto y alucinante, hecho de conos, obeliscos, pirámides, precipicios geométricos y picos agresivos. Su mundo participa de la mecánica y del mito. La esfera y el triángulo rigen su cielo vacío. Poesía de la ciencia, pero también del terror nocturno. Todo duerme, vencido por la noche: el rey y el ladrón, los amantes y el solitario. Yace el cuerpo, entregado a sí mismo. Vida disminuída del cuerpo, vida desmesurada del espíritu, libre de su peso corporal. Los alimentos, transformados en calor, engendran sensaciones que la fantasía convierte en imágenes. En lo alto de su pirámide –formada por todas las potencias del espíritu: memoria e imaginación, juicio y fantasía– el alma contempla los fantasmas del mundo y sobre todo esas figuras de la mente, "que intelectuales claras son estrellas" de su cielo interior. En ellas el alma se recrea en sí misma. Se desprende de esta contemplación y despliega la mirada por todo lo creado. La diversidad del mundo la deslumbra y acaba por cegarla. Aguila intelectual, el alma se despeña "en las neutralidades de un mar de asombros". La caída no la aniquila. Incapaz de volar, trepa. Penosamente, paso a paso, sube la pirámide. Divide al mundo en categorías, escalas del conocimiento. El método debe reparar el "defecto de no poder conocer con un acto intuitivo todo lo creado". El poema describe la marcha del pensamiento, espiral que asciende desde lo inanimado hasta el hombre y su símbolo: el triángulo, figura en la que convergen lo animal y lo divino. El hombre es el lugar de cita de la creación, el punto más alto de tensión de la vida, siempre entre dos abismos: "altiva bajeza... a merced de amorosa unión".

El método no remedia las carencias del espíritu. El entendimiento no puede discernir los enlaces que unen lo inanimado a lo animado, el vegetal al animal, el animal al hombre. Ni siquiera le es dable penetrar en los fenómenos más simples. Los individuos son tan irreductibles como las especies. Sabemos oscuramente que la inmensa variedad de la creación se resuelve en una ley, mas esa ley es inasible. El alma vacila. Acaso sea mejor retroceder. Surgen ejemplos de otras

derrotas. Ellas demuestran al ánimo que otras almas no dudaron en eternizar su nombre en su ruina". El poema se puebla de imágenes prometeicas. El acto de conocer, no el conocimiento mismo, es el premio del combate. El alma despeñada se afirma. Haciendo "halago de su terror" se reapresta a elegir nuevos rumbos. En ese instante el cuerpo, ayuno de alimentos, reclama lo suyo. Brota el sol. Las imágenes se disuelven. El conocimiento es un sueño.

La victoria del sol es parcial y cíclica. Triunfa en medio mundo, es vencido en el otro medio. La noche rebelde, "en su mismo despeño recobrada", erige su imperio en los territorios que el sol desampara. Allí otras almas sueñan el sueño de Sor Juana. El universo que nos revela el poema es ambivalente: la vigilia es el sueño; la derrota de la noche, su victoria. El sueño del conocimiento es: el conocimiento es sueño. Cada afirmación lleva en sí una negación. Todo es su contrario.

La noche de Sor Juana no es la noche carnal de los amantes, ni la de los místicos. Altiva noche construída a pulso, sobre el vacío. Geometría rigurosa, obelisco taciturno, todo fija tensión hacia los cielos. Ese impulso vertical es lo único que recuerda a otras noches de la mística española. Mas los místicos son como aspirados por las fuerzas celestes, según se ve en ciertos cuadros de El Greco. En el *Primer Sueño* el cielo se cierra. Las alturas son hostiles al vuelo. Silencio frente al hombre. El ansia de conocer es ilícita y rebelde el alma que sueña el conocimiento. Soledad nocturna de la conciencia. Sequía, vértigo, jadeo. Pero no todo es adverso. El hombre se afirma en sí mismo: saber es sueño, mas ese sueño es todo lo que sabemos de nosotros y en él reside nuestra grandeza. Juego de espejos en el que el alma se pierde cada vez que se alcanza y se gana cada vez que se pierde. La emoción del poema brota de la conciencia de esta ambigüedad. La noche vertiginosa y cíclica de Sor Juana nos revela de pronto su centro fijo: *Primer Sueño* no es el poema del conocimiento, sino *del acto de conocer*. El poeta trasmuta sus fatalidades históricas y personales. Una vez más la poesía se alimenta de historia y biografía. Una vez más las trasciende.

París, 20 de octubre de 195

OCTAVIO PA

La Décima Musa

Del Cielo, y tierra estrangera,
en ambas partes la estrañan,
muy muger para Divina;
muy celestial para humana.

Sor Juana.

I. Síntesis contradictoria

Esta Décima Musa, que así la llamó su siglo, el xvii hiperbólico, y también la "forastera", "peregrina benemérita del arte", porque su fama venía del Nuevo Mundo en hábito de pobre monja y noticias de mujer bella, a deslumbrar con su dorado ingenio y su poder del ritmo –gracia de Dios encarnada en la palabra– es Juana Inés de la Cruz, la Musa de la Contradicción. Algo inapresable es lo que queda de ella en sus escritos, como esos accidentes de olor, color y sabor que permanecen en lo ya transformado; acaso esa especia secreta que, según Juana decía por donaire, se deslizaba en sus letras:

...mágicas infusiones
de los indios herbolarios
de mi patria...

y era lo que movía a error a las plumas que la elogiaban. Lo cierto es que sus nueve hermanas griegas tenían poderes determinados y atributos que las señalaban para siempre. En Juana todo se nos escapa: su espíritu es lo único seguro, pero lo maneja ella misma. Su condición de mujer, su vestidura monástica y su época nos proporcionan una imagen de síntesis contradictoria. La seguimos, la abordamos y nunca es nuestra: flúido imponderable que parece burlar nuestro afán de hallarla fácil en sus versos de circunstancia, en sus concesiones palaciegas, en sus décimas de regalo de un reloj o de agradecimiento al Cabildo por un presente en metálico, como si consintiera en ser doméstica, por juego o por cansancio; otras veces alambicada y preciosista, difícil, con ribetes de oscura y puntas de libresca: siempre cercana, pero lejos de nuestra mano que quiebra los nudillos en el cristal invisible que nos la separa.

Podemos llamar a la contradicción Musa o Demonio: ambos son *daimon*, genio que inspira porque no nos deja tranquilos y nos vuelve fecundos, como quería Goethe.

En el Villancico III, *A María en su Asunción*, del año 1679, dice Juana de la Virgen lo que podría servirnos para pintarla a ella misma:

Une en sus divinos ojos
al temor la confianza,
muy terrible para hermosa:
para espantar muy amada...

Si pudo haber vanidad en la mujer –esa impertinencia del ánimo que se asemeja, pero no llega al dramático pecado de soberbia– ninguna más atizada por el mundo que la que se encendería, acaso, en el pecho de Sor Juana. La soberbia es dañosa trepadora que se abraza a lo humano y le usurpa sus apariencias. La soberbia es una enajenación: cree el tronco que le pertenecen la fuerza y el follaje de la planta trepadora que lo envuelve. Mientras que la vanidad es sólo un vicio del conocimiento de sí: apenas un espejo, más engañosamente azogado, de igual modo quebradizo. Puede equivocarnos la impalpable presencia de esta mujer, su fantasma de gracia y paradoja: pero ella, ni peca, ni se engaña.

Juana había nacido en una provincia española de ultramar, en aquel suelo mexicano en el que todavía latía, vivo, el rescoldo de la Conquista: indios, negros importados y mestizos; esclavitud y Colonia, Virreynato de la Nueva España donde se copiaba, juvenil, la cornucopia del arte barroco y la reverencia cortesana. La curva de su existencia femenina no podía ser más apacible ni casta, pero la sazonaba la fantasía, que suele prender por igual su hambre de extrañezas en letrados e iletrados. Y qué cosa podría parecer más peregrina, ni ofrecer mayores caracteres de prodigio –sobre todo para la mente del siglo, dispuesta a asombrarse– que el haber visto Juana la luz en un caserío idílico al pie de volcanes, y a la edad en que en otros niños la lengua sólo es balbuceo aprender ella a leerla y escribirla, es decir, su dominio total, en una escuela de "amiga" (¡oh resonancia de Góngora!), en Amecameca, un villorrio ignorado; a los ocho años ser laureada por una composición poética, a los trece dama de la Virreyna, a los dieciséis sortear con éxito las preguntas de cuarenta examinadores oficiosos ("a la manera que un Galeón Real se defendería de pocas chalupas que lo embistieran...", según palabras de su protector, el Marqués de Mancera); a los diecisiete tomar el velo de la hermandad de San Jerónimo,

con tanto boato como si dama muy principal fuera y abandonara el mundo, que la siguió *intra Claustra,* importunándola con visitas y solicitaciones de versos y consejos o graciosa influencia ante los virreyes y demás personajes encumbrados a los que tenía acceso no por otro privilegio que por el de la fama y el poder de su talento.

II. La materia verbal

Sin más idioma que el español, y el latín que recibiera en veinte lecciones, niña aún, del bachiller Martín de Olivas, con algunas noticias de las lenguas indígenas, palabras portuguesas y modismos con que salpimentaba su propia expresión: en suma, las peculiaridades del habla popular por las que se manifestaba el gárrulo mundo de la Colonia, Juana Inés, esta santa apasionada, curiosa del amor de Dios por sus criaturas, nos brinda en su poesía y en su firme prosa el más rico tapiz verbal del siglo XVII hispanoamericano. Las voces que emplea en sus villancicos son aquellas con las que se entiende el pueblo, y pobres gentes son las que las recitan en la Iglesia; compone tocotines y redondillas "para cantar a la música de un tono, y Bayle regional, que llaman el Cardador" y otros para el de San Juan de Lima; sus romances conservan la tesitura de la epístola o carta familiar apenas más elevada; en sus sonetos, endechas y liras demuestra una abundancia que no debió ser sino herencia y usufructo común de las gentes de su época, y hasta aquellas palabras, "diuturna", con que comienza su soneto a la esperanza —"en que el adjetivo inicial arroja una oscuridad nocturna sobre todo el resto del poema", como dice Henríquez Ureña— y "conticinio", la medianoche en que tiene lugar su célebre *Primero Sueño,* se nos antojan hoy, venidos a menos como estamos en el lenguaje, voces altisonantes, pliegues demasiado recónditos de una poesía en su hacer esencial, que el verdín y el musgo, la pátina del tiempo y el descuido, han vuelto casi irreconocibles.

"Desde el día en que Adán puso nombres a los entes de la creación para apoderarse de ellos por medio del lenguaje, la suma sensualidad humana es la palabra", dice Alfonso Reyes en su *Sabor de Góngora,* después de estudiar el supremo y comunicativo deleite con que el ilustre cordobés maneja, fusiona y paladea la materia verbal de sus poemas. Admiró la mexicana a Góngora, su inmediato antepasado en poesía —ya que éste muere en 1627 y Juana nace en 1651— y hasta lo imitó, a veces inconscientemente, llevada por el puro simil, como en la décima

de las castañas (*Presente, en que el cariño hace regalo la llaneza*), que nos recuerda el primer verso de una octava del *Polifemo*:

Erizo es el zurrón de la castaña...;

y Juana:

Lysi, a tus manos divinas
doy castañas espinosas;
porque, donde sobran rosas,
no pueden faltar espinas:
si a su aspereza te inclinas,
y con eso el gusto engañas,
perdona las malas mañas
de quien tal regalo hizo;
perdona pues, que un erizo
sólo puede dar castañas.

Es decir, juega con la ambivalencia de la imagen: el erizo ya no es la apariencia del fruto, sino ella misma calificándose de huraña. Por en medio de la intrascendente artesanía poética se abre paso la voz de Juana, que tiembla, no de inseguridad sino de modestia, esquivo el bulto y el ademán cortés. Otras veces siguió a Góngora en sus *Soledades*, por placer y entusiasmo: "...que no me acuerdo de haber escrito por mi gusto, si no es un papelillo que llaman el *Sueño*". Juana Inés lo escribe en 1690, al mismo tiempo en que aparece la segunda edición del primer tomo de sus obras en Madrid, por García Infanzón. La primera es de 1689. Vossler lo juzga el "único caso –no sólo grandioso, sino harto elocuente–... de continuación evolutiva de la poesía gongorina de la soledad", y al estudiarlo junto al poema del insigne cordobés, aclara: "Lo en Góngora adormido, llevado a la deriva en el embozo de una inextinguible sed de belleza y *natura integra*, de goce sensual y de inocencia, se estremece ya aquí, despierto: trabaja ya como espíritu filosófico". El poema de Juana, analizado y vertido al alemán por Vossler, es un sueño de la pasión de entendimiento, *primus movens* de su autora, quien decía en su carta a Sor Filotea: "Ni aun el sueño se libró de este continuo movimiento de mi imaginativa...; arguyendo, haciendo versos de que os pudiera hacer un catálogo muy grande y de algunas razones y delgadezas, que he alcanzado dormida mejor que despierta..." En Juana la conciencia alcanza tal poder que las vivencias

psíquicas, las preocupaciones diarias y hasta el hilo de su meditación en la soledad o frente a los libros, continúa tejiéndose incesante en ese estado sonambúlico, que es en ella sólo a medias relajamiento de todo el ser. Observadora, como era, no vaciló en analizar, viviseccionar poéticamente su propio misterio. En el poema, el espíritu, desligado pero sumiso al cuerpo —tal como el moderno psicoanálisis estudia el fenómeno onírico— trata de interpretar la Creación, la noche ignota en la que late dormido el hombre. Pero llega el alba, la semiconciencia que precede al despertar, y con éste, al fin, el abandono de esa tentación intelectiva, el día puro en el que sólo los sentidos alcanzan a tocar la apariencia de las cosas, y agradece el alma la obra de la luz.

III. El amor de las letras

Si por algo se dejó tentar Juana fué por el *amor de las letras,* pero a ella, segura en su fe, nunca la gana el satanismo de la inteligencia que, por orgullo, suele perder al hombre. Oigámosla como se defiende: "No por otra razón es el ángel más que el hombre, que porque entiende más: no es otro el exceso que el hombre hace al bruto sino sólo entender..." Juana obedece a su condición de mujer hasta para sostener sus inclinaciones. No dice que ella busque la sabiduría para escribir, ni menos para enseñar a otros, que fuera querer hacerse más alto, olvidar el "Mulieres in Ecclesia taceant", sino sólo "por ver si con estudiar ignoro menos". Y con sutil argucia pide que le aclaren qué se debe entender por el dicho del Apóstol, si manda que callen las mujeres en lo material del templo, el púlpito o la cátedra, o si se refiere al universo de los fieles, que es la Iglesia. Si es a lo primero, como ella cree, bien está que las mujeres no prediquen, ya que en las antiguas reuniones cristianas, con enseñarse las unas a las otras en voz alta impedían que se oyese al oficiante; pero, ¿por qué prohibirles que privadamente estudien? San Pablo no lo veda, y muchas mujeres ha canonizado la Iglesia que eran santas y escritoras. Si les es lícito enseñar escribiendo, ¿cómo no les será instruírse en el mismo grado que los hombres? Pues, entonces, todas las calles, vericuetos y veredas de la humana ciencia abiertos —las letras, profanas y divinas, como se las llamaba— para que las mayores entre ellas, las más sabias y virtuosas, puedan adoctrinar a las jóvenes. Y en su carta a Sor Filotea, autobiografía y alegato a la vez, al abogar por la educación separada de los sexos, demuestra, más aun que su coincidencia con los puntos de vista de la Iglesia, una perspicacia del

todo femenina en defender lo que la autoridad proclama, para que, a sus solas, a ella también le alcancen las migajas del beneficio.

A esta alma así dispuesta para el diálogo, en perenne indagación y análisis –espíritu científico–, intuitiva, encaminada a las grandes síntesis –por las que el espíritu poético *vé* la totalidad de la Creación y avanza en sus obras–, no podía serle sino propicia la soledad de su celda, gustosa, pues estaban ahí sus cuatro mil volúmenes, "quitapesares" les llama; soledad relativa en un convento donde, a los deberes religiosos del culto, se suman los siempre humanos de la comunidad; y, sobre todo, inexistente apartamiento para quien, como Sor Juana era ya la mujer más célebre de México, la que concitaba la admiración y el fervor, cuando no la simple curiosidad, de los ingenios y personajes principales de la metrópoli y de todo el orbe de habla hispana. ¿Cómo contemplaría ella el ser tan asediada, visto "las impertinencillas" de su genio, "que eran de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros"? ¿Cuál sería su actitud, más anímica que visible, ya que es conocida la afabilidad de su trato, que hacía que se le apegasen las demás monjas y hasta las criadas la hiciesen juez de sus pendencias. y virreyes y señores frecuentasen el locutorio o se quejasen despechados, cuando algún prolongado rezo impedía el encuentro? La respuesta de Juana, trastrocada como convenía a las buenas maneras, y a la metáfora, que alude sin herir o se desvía segura, con piedad o prescindencia del objeto, podríamos encontrarla, para todo lo que significa el halago mundano, en el soneto que dice:

Fabio, en el ser de todos adoradas
son todas las beldades ambiciosas;
porque tienen las aras por ociosas
si no las ven de víctimas colmadas.
Y así, si de uno solo son amadas,
viven de la Fortuna querellosas,
porque piensan, que más que ser hermosas,
constituye Deidad el ser rogadas.
Mas yo soy en aquesto tan medida
que en viendo a muchos mi atención zozobra;
y sólo quiero ser correspondida
de aquel que de mi amor réditos cobra:
porque es la sal del gusto el ser querida,
que daña lo que falta, y lo que sobra.

No es sólo una mentalidad genérica, femenina, la que se envuelve en el tropo del soneto: acaso, para mujer que se siente cortejada, demasiado circunspecto, afectado, si no se advirtiera en él la voz de la propia Juana, quien ha escogido, recoleta, el amor de Aquel que de su amor réditos cobra. La elección en esta materia es dación de sí, sacrificio gozoso que se rinde al amado, siempre uno solo; en ello está la fortaleza interior, la convicción que es, sobre todo, personalidad amurallada contra la que embate uno de los enemigos más poderosos: el mundo. Juana lo declara, esta vez sin tropos:

En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento,
y no mi entendimiento en las bellezas?

El cuarteto que le sigue es una perezosa imitación del primero, juego de palabras con el que muchas veces la facilidad verbal de Juana de Asbaje traicionó a la Décima Musa. El primero y segundo pie del penúltimo terceto recoge la inspiración inicial; más aún, aparece en ellos ese latido desdeñoso que define a la inasible Juana:

Yo no estimo hermosura, que vencida,
es despojo civil de las Edades...

Finaliza el soneto, ortodoxa, con un reflejo conceptista de la frase del Eclesiastés:

Teniendo por mejor en mis Verdades
consumir vanidades de la Vida,
que consumir la Vida en vanidades.

IV. La soledad

Más digno de no ser olvidado, por menos retórico e inseparablemente unido a la imagen total de su existencia, como uno de esos fragmentos que ayudan a recomponer un retrato, es el soneto subsiguiente en la edición de 1690, que es la que poseo. En él aparece acosada su intimidad, ya no por el halago que enfada, sino por la sospecha, la timorata acusación, el distingo que establece el necio entre el entendi-

miento y la santidad; el odio, en fin, que persigue a los que se señalan, las fariseicas palabras ante el Cristo: "... multa signa facit".

¿Tan grande ¡ay Hado! mi delito ha sido
que por castigo de él, o por tormento,
no basta el que adelanta el pensamiento
sino el que le previenes al oído?
Tan severo... etc.

... ...

Dísteme aplausos, para más baldones,
subir me hiciste, para penas tales;
y aun pienso que me dieron tus traiciones
penas a mi desdicha desiguales:
porque, viéndome rica de tus dones,
nadie tuviese lástima a mis males.

Juana asediada, perseguida, admirada; Juana en su soledad, no ya de los claustros, imposible por ser ella quien era y los conventos de la Nueva España en el siglo XVII el lugar donde se entrecruzaban la vida mundana y la religiosa, margen del río social, apartada, pero salpicada de sus aguas. Juana asomada al borde de ese río, por osado espíritu de muchachuela, como cuando a los tres años siguió a su hermana mayor a la escuela de "amiga" persuadiendo a la maestra de que la enseñase a leer y escribir; por simpatía, como en sus villancicos en los que cantan el negro, el indio y el bachiller; por condescendencia, como en sus loas a los virreyes o en sus composiciones palaciegas escritas por encargo, para dar cuenta del juego de prendas de año nuevo; por inclinación afectuosa, como en sus décimas pidiendo al juez por una viuda o a la Virreyna por la libertad de un inglés: como en sus innumerables cartas personales —léase romances o décimas— en las que la fluencia del verbo le brota rítmica, como ella creyó en un tiempo que hablaba la gente toda. Juana, sola, sin más compañía que "un libro mudo, por condiscípulo un tintero insensible"; escribiendo su *Primero Sueño,* su auto del *Divino Narciso,* sus sonetos formales a *Pyramo y Tisbe,* a *Porcia* y a *Lucrecia.* Juana siempre sola, quebrada la cabeza porque tocan y cantan en la celda vecina, o porque durante una enfermedad le quitan los libros, volviéndoselos, cuando la ausencia de ellos le produce mayor dolencia. Juana, aislada en sí misma, mientras crece a su alrededor la marea levantada por su impugnación a Vieyra, el predicador jesuíta fa-

moso y portugués, por "el que habló en él más su nación" cuando proclamó que sus palabras, que revelaban las mayores finezas de Cristo, y rebatían la opinión de los Santos Doctores, nadie podría contradecirlas. Juana, más por obediencia que por deseo de sobresalir, traslada al papel las bachillerías dichas en confianza, en el locutorio, a un personaje cuyo nombre oculta. El Obispo de Puebla, Manuel Fernández de Santa Cruz, publica el escrito con el título de *Carta Atenagórica.* La tempestad crece en torno a Sor Juana: es mucha ambición querer distinguir, por encima de la autoridad del Padre Vieyra, lo que es el amor divino y el amor humano. El Obispo de Puebla, admirador de Juana, pero atemorizado, bajo el nombre de Sor Filotea de la Cruz, le aconseja que en adelante sólo lea y escriba de cosas santas. La admonición llega en el preciso momento del cenit para la Musa mexicana: el primer tomo de sus obras cuenta ya dos ediciones seguidas, se reconoce su ingenio, su nombre es saludado por la fama; hasta la murmuración de los necios ha comenzado a hacerse oír, junto con el escándalo de los incomprensivos.

V. La persecución

"No mi voluntad, mi poca salud y mi justo temor han suspendido tantos días mi respuesta", dice Juana al comenzar su carta famosa de 1691. Narra su vida a *Sor Filotea,* como en confesión, tan espontánea que la prosa parece monólogo contado al oído, con muletillas o frases enteras en latín, que repite, familiares a su intimidad. De entre las letras profanas y las divinas ha escogido las primeras, dice, porque para las segundas se necesita saber y entendimiento, siendo el error muy grave; en las profanas, la equivocación o la ignorancia mueven a risa, pero no impiden comulgar ni estar en paz con la Iglesia. "Yo no quiero ruido con el Santo Oficio", dice. En cuanto a los que la censuran porque les parece que ella ha faltado con refutar al Padre Vieyra: si su carta es herética. ¿por qué no la delatan?

La excomunión, agitada por el gruñido del mundo, puede temblar en sus oídos; pero Juana, inconmovible, tiene esa seguridad que da la fe, y la meditación, que le depara su vida interior. No es mal patrono para su imagen el que inspira su hábito, Jerónimo, el santo anacoreta, viejo como la sabiduría, la rugosa mano sobre un libro, en el desierto. Ella también es una paradóiica anacoreta, refinada y barroca, con su sola celda por desierto poblado de meditaciones a la que traen su pan espiritual las letras, como el azor a San Jerónimo su alimento del cuerpo.

Juana Inés de la Cruz siente hambre de esa calidad que hace ser al ángel más que la criatura: hambre de entendimiento, a la que la empuja su valentía de pensar. Humilde, pero no tímida, ella se lanza a la oscuridad desconocida, al inmenso mar y misterio de la Creación; "... me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad", dice esta argonauta que nunca se engaña respecto a lo que quiere, aunque someta sus deseos al juicio de la Iglesia, al saber de autoridad —en el caso su confesor el Padre Antonio Núñez—. Para no escandalizar a quienes creen que la sabiduría en una mujer sobra, cuando no daña, ella se aviene hasta pedir a Dios que apague la luz de su inteligencia, dejándole sólo la que alcance para guardar su ley: "... sepultar con mi nombre mi entendimiento". Pero ese poder, o luz, que la rayó desde tan temprano, ni Dios mismo quiso apartarlo de su criatura. Y es así cómo Juana en la vigilia trabajosa y aun en el sueño, en el que operaba lúcida su sed de saber, no se desligaba de esa corona de espinas que era su signo más alto y su cruz. "¡Rara especie de martirio, donde yo era el mártir y me era el verdugo!"

En el ámbito de la Colonia —vasallaje de tantos órdenes— la celda de Sor Juana era un curioso experimento de personalidad. Ella, ante todo, con su querer y su poder, espíritu que se incorporaba entre la materia; sola ante el mundo que la acechaba, con encono o admiración; internándose en esa floresta de símbolos, que eran la letra y la vida, los libros y los seres de la creación; por todo auxilio un saber reflejo y una experiencia de cultura golpeando a las puertas; la ciencia "acaso voluntariamente retrasada unos minutos para que sea algo misteriosa", como dice Alfonso Reyes. El poder de entendimiento de Juana abriéndose paso en medio del oropel de la literatura. de la facundia española del siglo tan rica y tan viciada de su propia abundancia. Juana sin hundirse. Juana dejándose quemar por su propia luz, siempre severa aunque parezca superficial, dilapidar sus dones en versos de compromiso, más por naturaleza sentimental que por hipocresía, que nunca la sintió en su alma solitaria y altiva.

VI. Vaso de espíritu

Esos, ahora viejos conventos y ruinas de templos y casas de oración que hace tres siglos levantaban su fábrica rumorosa en el Nuevo Mundo —precisamente en lo que fué el Virreynato de México o en la Capitanía General de Guatemala— se nos antojan en las ojivas de sus claustros, en el testero de sus salas espaciosas, donde hoy asoma el cielo

con sus gallardetes de trémula verdura en las cicatrices, una voluta perfecta, un caracol para ese molusco humano que es el alma en su terrena soledad. En uno de esos conventos vivió Juana la parte más larga de su existencia. Podemos imaginarla entre columnas de orden toscano, deslizándose presurosa por las galerías para ir a ver a una monja enferma en su celda o compartir con las otras esos uno o dos días de solaz que, para que no la tuviesen "por áspera, retirada o ingrata", se concedía después de tantos de silencio y labor, junto a sus libros y a sus instrumentos. El aire fino del Valle, y las montañas a lo lejos, podían envolverla pero sin apresarla. Tampoco le eran prisión los altos muros del convento, que no veía en sus versos; ni siquiera su carne, mortificada por la poca salud y los castigos que se imponía. Todo en ella alcanzaba esa forma de elevación o de escape hacia arriba que hace a los montes ser cónicos, al humo crecer adelgazándose, al trompo afinar su círculo en espiral, al juego pueril de los alfileres enlazar triángulos, a su tratado de música llamarse *El caracol,* a la imagen de su *Primero Sueño* aparecer como:

Piramidal, funesta, de la tierra
nacida sombra, al cielo encaminaba
de vanos obeliscos punta altiva
escalar pretendiendo las estrellas...

Es Juana valiente, a solas con sus pensamientos; la que tuvo "total negación al matrimonio", según confiesa, y no por falta de feminidad en quien las condiciones de compañía, recato y ternura pueden probarse con su solicitud humana, su enclaustramiento y su sincera devoción por la infancia en más de una anécdota, una mirada al juego de las niñas. un verso al hijo de los virreyes —como aquel romance con el que le regala un andador de madera—. Es la austera monja, vaso de espíritu, que responde *al caballero peruano* que la elogia sin olvidar su sexo:

Con que a mí, no es bien mirado
que como a mujer me miren,
pues no soy mujer que a alguno
de mujer pueda servirle;
y sólo sé que mi cuerpo,
sin que a uno u otro se incline,
es neutro o abstracto; cuanto
sólo el alma deposite...

La mente filosófica, el poder metafísico que despega al hombre de la tierra, le han sido siempre negados a la mujer, por lo menos explícitamente. Es que, por la caridad, mayor entre las virtudes teologales según San Pablo, la mujer aparece siempre ceñida a lo inmediato. La abstracción no se aviene mucho con ella, positiva y concreta, conservadora de todo lo que tiene entre manos y la rodea, bienes y vidas. Por interesarse en casos particulares, la mujer, realista, vislumbra poco de las ideas: casi nunca las menciona por ocupación favorita, como ocurre con el hombre. Porque la reflexión no la paraliza, le sirven de motivo sus intuiciones, que no suelen engañarla; y como es capaz de vivir y actuar también lo es de morir por algo que ella no sepa, acaso, que en el fondo son ideas. Juana discernía bien, y ésta era la causa por la que los fariseos —que siempre han sido muchedumbre en el género humano— se levantaban en su contra, hasta alborotar la conciencia de más de una "prelada muy santa y muy cándida", o de un confesor demasiado terco aunque sagaz, en lo que concernía a la vigilancia de un alma. "¿Señalado? Pues padezca, que eso es el premio de quien se señala", observa Juana en su autobiografía, y asegura que no quiere decir que la persiguieran "por saber, sino sólo porque he tenido amor a la sabiduría a las letras, no porque haya conseguido ni uno ni otro".

VII. El humor festivo

Pero así como levantó entonces enconos iracundos y gratuitos, también floreció a su paso el cariño sincero, como el de sus hermanas de comunidad, o el de sus dos grandes amigas, Laura y Lysi, las Virreynas de México, Marquesa de Mancera y Condesa de Paredes; y admiradores entre los hombres de letras de España y de América; biógrafos entusiastas, como el Padre Diego Calleja, o censores que se volvían sus panegiristas, como el P. M. Fray Luis Tineo, quien en la aprobación de su obra rompe lanzas en defensa de Sor Juana arremetiendo contra "los que bautizan el idiotismo con nombre de santidad". El buen fraile hasta se contagia de consonantes, y traduce latines en versos ingenuos, como vino de pasas, todo para mayor gloria de su prologada:

Tú de las Indias serás
noble Virgen, el decoro,
que no es lo raro su Oro,
engendrarte a ti, es lo más... etc.

Yo, JUANA, *espero por ti*
Tierra y Cielo se hagan guerra,
por quererte Cielo, y Tierra,
cada uno para sí.

Y no desdeña recoger el guante, aunque, por avisado y por viejo, descuenta que tiene ya la partida ganada con la posteridad: "Y ¿bien? –dice–. Bueno fuera, que ignorara yo ahora al cabo de mi vejez, el pecado original en que siempre fueron concebidos los ingenios de esta clase, que es la envidia y la emulación de los necios".

No estas sencillas y respetables palabras, sino las desmedidas con que se volcaba en su elogio la retórica pomposa del siglo, para la que todos eran "monstruos", "prodigios" y "fénix" inauditos, y que no vaciló en bautizar la aparición de sus obras con el nombre de *Inundación Castálida,* provocaron más de una vez la ironía de Sor Juana:

Dice que yo soy la Fénix...

búrlase de sí misma y de quien quiso de ese modo halagarla, prosiguiendo con afectada gravedad, entre divertida y molesta:

Él lo dice; y de manera
eficaz lo persuade
que casi estoy por creerlo,
y de afirmarlo por casi.
... ...

Yo no pensaba en tal cosa,
mas si él gusta de graduarme
de fénix, ¿he de echar yo
aquese honor por la calle?

Y no es eso sólo: la risa en Juana nunca parece suficiencia, como de quien está por encima de los otros y se mofa, cruel, de sus rendidos admiradores. La Musa del Nuevo Mundo denuncia otra tonalidad en la ironía: es ella el centro y motivo de su burla, acentuación que cae más en la descarnada modestia que en el orgullo, en el escarnio propio, antes que en la humillación ajena. Alguien estudiará alguna vez esta diferencia que existe entre el humor gozoso de la cultura occidental europea, más sano y seguro, y su reflejo hispanoamericano, acaso más brutal, pero desconfiado y hasta penitente, como de quien se adelanta

a purgar sus defectos. Tal es el ánimo de Juana en su *Prólogo al Lector*, donde trata de explicarle que la falta de corrección que encuentre en sus versos se debe, ante todo, a su poca salud y a la prisa de los traslados; pero sobreponiéndose al juicio que adivina mordaz, se ríe primero de sí misma y de sus propias preocupaciones, de su desganado apuro por convencer al lector de que, no mediando esas causales, sus versos fueran buenos; y con desenfado, impropio del Olimpo en el que la colocaba la etiqueta preciosista, exclama:

Dí cuanto quisieres de ellos;
que, cuando más inhumano
me los mordieres, entonces
me quedas más obligado:
pues le debes a mi musa
el más sazonado plato,
(que es el murmurar, según
en adagio cortesana.)
... ...
Esto es, si gustas creerlo,
que sobre eso no me mato;
pues al cabo harás lo que
se te pusiere en los cascos...

VIII. "Que daña lo que falta y lo que sobra"

Otro poeta, hombre o mujer, así perseguido por la atención del mundo, hubiera cortado amarras desvinculándose para siempre de lo que constituía su ser natural; hubiera sido una personalidad, pero deformada, enrarecida, ajena a todo lo que a su alrededor continuaba viviendo en lo cotidiano. Es curioso, pero Juana en su isla de libros en la que resuena el clamor de las pasiones —la admiración, que es una especie de amor con objeto ideal; el odio, revés del amor, igualmente apasionado— nunca pierde contacto con lo real. Se diría que ella es quien más se conoce; su medida es la sensatez, *ni tanto ni tan poco*. Ni deidad ni fénix, ni monja herética o bachillera, "que daña lo que falta y lo que sobra". Las murmuraciones la enfadan, que no siempre la paciencia se compadece con la bondad. Ella no es áspera, como humildemente se califica a veces; pero hay virtudes muy alabadas por el mundo que

uelen tocar las lindes del cinismo o la indiferencia. Tiene el genio pronto, y se revuelve contra los que la reprochan escribir en verso:

Y así, pese a quien pesare,
escribo, que es cosa recia,
no importando, que haya quien
le pese lo que no pesa...

uando el murmullo se vuelve gritería, la inquieta, como en su Carta Sor Filotea: "Cabeza que es erario de sabiduría no espere otra corona ue de espinas", dice resignada, mas no tranquila. Cuando la sitia el alago, sabe distinguir entre aquel puro, que no nécesita más correspondencia que la del afecto, como en sus numerosos, casi diarios romances a la Condesa de Paredes, y aquel otro, vano y pomposo, con l que los ingenios más o menos felices de la época le endilgaban sus itirambos entre impertinentes y ridículos, o simplemente ingenuos. uana no es cándida ni mojigata, y hasta acepta los consonantes forados que, por poner a prueba su pericia y su alacridad, le proporcionan ara un entretenimiento poético-burlesco. La adulación no la extravía; : sirve de pretexto jocoso. Bromea con su calidad de poeta, de vate ue adivina los sucesos; y hablando de unas nueces, asegura a la Vireyna que el dios Apolo –igual que cuando inspiraba en Delfos a las itonisas– le dijo:

... guárdalas, Juana;
porque a mí, con la llaneza
me suele tratar Apolo,
que si algún mi hermano fuera...

Pero donde resplandece el humor juvenil de Juana, y a la par su umanidad, nunca ganada por el envaramiento de mujer célebre, de telectual con visos de erudita en la que tiene fijos el mundo, es en el *etrato de Lisarda*, ovillejos en los que imita a Jacinto Polo. Es la ntura de una bella de su tiempo, y estremece pensar que una mujer, nque monja, sea la que tan desembarazadamente la describe.

El Diablo me ha metido en ser pintora:
dejémoslo, mi musa, por ahora
a quien sepa el oficio;
mas esta tentación me quita el juicio.

Se queja de que ya no puedan servirle los colores de la naturaleza, pues todos los han gastado los poetas.

¡Oh, siglo desdichado y desvalido
en que todo lo hallamos ya servido!

el coral para los labios, las perlas para los dientes; las azucenas, las rosas y los claveles de las mejillas "recogiendo humedades y mosquitos". Se retuerce las manos, inútilmente empeñada en hallar cosas originales qué decir, y para disculparse, arguye que prometió retratar a Lisarda, no definirla. Despacha a los que estén cansados y se queda a solas con su borrador. Comienza por el cabello: "¿Rayos de sol? ya aqueso se ha pasado"; continúa dibujando las cejas, los ojos —esto es lo más difícil: dáse palmadas en la frente, se come las uñas, quiere ser inédita, preciosista—. Luego son las mejllias, la boca, la garganta,

... que la tiene tan blanca y tan helada
que le sale la voz garapiñada.

Para pintar las manos pide un suspenso, el suficiente como para afinar la pluma y dar espacio a la imaginación. La diestra

... es, pues blanca y hermosa con exceso,
porque es de carne y hueso,
no de marfil ni plata: que es quimera
que a una estatua servir sólo pudiera.

La izquierda, "no tiene un dedo menos de belleza"; la cintura, el pie, que no le ha visto, y por fin, cesa bruscamente el retrato porque ni aun el costo de él han de pagarle, diciendo que Lisarda acaba de cumplir veinte años. Y, como los pintores al pie de la tela, estampa la última línea en bastardilla, *pinxit:*

Juana Inés de la Cruz la retrataba.

IX. Las especies

Pero no nos engañe su locuacidad, su juvenil humor, que así des cansa de otros pensamientos con estas muestras de su ingenio que no guardaban para ella, quizá, más mérito que el de volverla accesible

quienes la tenían por solemne, cercana, a quienes la veían muy alta. Mucho era lo que escondía de humano, natural y desnudo esta musa tan pulcra, tan arropada en su hábito. Principalmente el amor, ya sólo experiencia de un sentimiento acaso real y lejano, no tan fugaz como su paso por la adolescencia de Juana antes de profesar en el convento. Sus comentaristas abren el interrogante sobre más de uno de sus poemas y han querido verlo, sobre todo, en el soneto que comienza:

Detente, sombra de mi bien esquivo...

Se confiesa atraída por algo o alguien, ser lleno de gracias o fantasma, que sólo huye para atormentarla más. Pero el poder femenino de la pasión es tan invencible que

... poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

La calidad emotiva de su inspiración es aun más visible en el soneto cuyo título explicativo es: *En que satisface un recelo con la retórica del llanto:*

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba
como en tu rostro y tus acciones vía
que con palabras no te persuadía,
que el corazón me vieses deseaba...

Juana fué mujer muy bella; no sólo nos lo dicen sus contemporáneos que, viéndola vivir, podían añadir esa leyenda a sus gracias, sino también sus retratos que la traen hasta nosotros con un dejo de increíble. de lozana forma que respira entre viejos lomos de libros, plumas que apenas descansan y agujas de un reloj que marca una hora ceremoniosa. Es la de su siglo XVII; el de Bacon, Descartes y Newton. La observación y el método se abren paso, y las teorías científicas intranquilizan con su audacia la vigilia del pensamiento. En las letras españolas ocurre un verano; hay demasiado follaje, los frutos caen a tierra y se pudren entre vahos calurosos. Pero en América hay otras alturas y estaciones, y en ella aparece Juana: "... nuestra ella, por el fervor de autodidactismo, fruto feliz de la provincia!", como dice Alfonso Reyes.

¿Ves de tu candor, que apura
al alba el primer albor?
Pues tanto el riesgo es mayor,
cuanto es mayor la hermosura...

Es una glosa de Juana que finaliza cada décima con el pie: *también serás desdichada*. La mujer que sostenía ese íntimo convencimiento forzosamente había de ser una nueva Musa: la desengañada del mundo, la apasionada de la sabiduría. La que asume en sí la representación del sexo adorado en los altares por el hombre, eterno niño que crucifica a sus dioses. La que para no ser juez y parte habla como monja jerónima, como vaso de espíritu o casi ángel: "hombres necios que acusáis..."

Es la que está de vuelta de todos los móviles humanos, la que ve pasar la corriente desde una eminencia o tranquila colina, apartada, desesperanzada de espejismos: sabor amargo al que se acostumbra el paladar y que la lengua del siglo bautizó con el nombre de discreción: el mismo al que el Renacimiento llamó virtud, o prudencia:

Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento, un rato;
quizá podréis persuadirme,
aunque yo sé lo contrario...

A quien tenía, como Juana, tan clara la cabeza, el corazón no podía mandarle sino oleadas de fe, de ese mar de misterio que la rodeaba en la vida y en la muerte. Por eso, más que en la perfección de *El Divino Narciso* y sus otros autos sacramentales, en los que brilla como doctora de la Iglesia y de la literatura, nos complace encontrarla en aquel punto donde la teología linda con la fe del carbonero, con la mística y la poética popular, como en sus villancicos a la Asunción, imagen, metáfora y forma geométrica que preside toda su inspiración:

Aquella Zagala
del mirar sereno,
hechizo del soto
y envidia del Cielo,
... ...
trueca el valle humilde
por el monte excelso...,

los pastores sagrados le cantan la gala, el alegre ritmo en el que vuela jubilosa el alma, y los del valle la siguen presurosos, con un estribillo que participa a la vez del juego y de la cándida ternura popular:

Al monte, al monte, a la cumbre,
corred, volad zagales,
que se nos va María por los aires,
corred, corred, volad aprisa, aprisa
que nos lleva robadas las almas
y las vidas,
y llevando en sí misma nuestra riqueza
nos deja sin tesoros el aldea...

Tres siglos han corrido desde el nacimiento de Juana y su voz nos parece, más demorados que los primeros cristianos, la palabra con que rompe a hablar la poesía del Nuevo Mundo. Otros pudieron anunciarla; ella sola es la que abre un interrogante. Con formas usadas y espíritu original, Juana Inés de la Cruz recoge una herencia y se echa a a andar, descubriendo vertientes que le brotan al pie de sus versos. Demasiado *entendida* para ser feliz, ella denuncia a la "diuturna enfermedad de la esperanza", el magro espejismo con que los hombres se contentan:

¿Quién te ha quitado el nombre de homicida?
pues lo eres más severa, si se advierte
que suspendes el alma entretenida.

También la llama "verde embeleso de la vida humana...", "decrépito verdor imaginado"...; y como esas antiguas formas, ciegos bultos de la fortuna, Juana sólo quiere ver, saber, lo que le alcanzan sus sentidos. Despertar, no sé si dolorida o apacible, del sueño loco de la vida.

No es posible acercarse desaprensivamente a mirar un retrato, porque en ello el demonio desliza su alteración. Analizamos la imagen y a primera vista entre el cuadro y nosotros no hay más que aire, espacio que consumimos hasta sentirnos dentro. No importa que sea una forma lejana o actual esa figura humana que nos representa. Y podemos concebir que haya quien se la lleve en los ojos, o bajo el brazo, y dialogue con ella en una celda o en los parques, siempre en la soledad de sí mismo. Quien pinta la figura humana deberá resignarse de antemano

a ese destino siempre individual de su obra así contemplada, absorbida por el hombre.

Juana se vió a sí misma, desconocida por todos los que la miraban o imaginaban. Contempló su propia existencia con desdeñosa ternura, y pudo así legárnosla en un soneto que vale como espejo inquebrantable:

Este que ves, engaño colorido,
que del arte ostentando los primores
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;
éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido:
es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado,
es una necia diligencia errada,
es un afán caduco; y bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

De ella nos queda un nombre, trastrocado en la metáfora poético-religiosa de su vocación: el espíritu crucificado; y unos versos. especies recónditas –olor, color y sabor– huellas de su tránsito por las tierras del Nuevo Mundo.

FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI

Respuesta a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz

Muy ilustre señora, mi señora:

No mi voluntad, mi poca salud y mi justo temor han suspendido tantos días mi respuesta. ¿Qué mucho, si al primer paso encontraba para tropezar mi torpe pluma dos imposibles? El primero (y para mí el más rigoroso) es saber responder a vuestra doctísima, discretísima, santísima y amorosísima carta. Y si veo que preguntado el Ángel de las Escuelas, Santo Tomás, de su silencio con Alberto Magno, su Maestro, respondió *que callaba, porque nada sabía decir digno de Alberto*. ¿Con cuánta mayor razón callaría, no como el Santo, de humildad, sino que en la realidad es no saber algo digno de vos? El segundo imposible es saber agradeceros tan excesivo como no esperado favor de dar a las prensas mis borrones, merced tan sin medida que aun se le pasara por alto a la esperanza más ambiciosa y al deseo más fantástico y que ni aun como ente de razón pudiera caber en mis pensamientos, y en fin, de tal magnitud, que no sólo no se puede estrechar a lo limitado de las voces, pero excede a la capacidad del agradecimiento, tanto por grande como por no esperado, que es lo que dijo Quintiliano: *Minorem spei, maiorem benefacti gloriam pariunt*. Y tal, que enmudecen al beneficiado.

Cuando la felizmente estéril, para ser milagrosamente fecunda, Madre del Bautista, vió en su casa tan desproporcionada visita como la Madre del Verbo, se le entorpeció el entendimiento y se le suspendió el discurso, y así, en vez de agradecimiento, prorrumpió en dudas y preguntas: *Ea unde hic mihi?* ¿De dónde a mí viene tal cosa? Lo mismo sucedió a Saúl cuando se vió electo y ungido rey de Israel: *Numquid non filius Iemini ego sum de minima tribu Israel, et cognatio mea minima inter omnes de tribu Beniamin? Quare igitur locutus es mihi sermonem istium?* Así yo diré: ¿de dónde, venerable señora, de dónde a mí tanto favor? ¿Por ventura soy más que una pobre monja, la más mínima criatura del mundo, y la más indigna de ocupar vuestra atención? Pues *quare locutus es mihi sermonem istum? Et unde hcc mihi?* Ni al primer imposible tengo más que responder que no ser nada digno de vuestros ojos: ni al segundo más que admiraciones en vez de gracias,

diciendo que no soy capaz de agradeceros la más mínima parte de lo que os debo. No es afectada modestia, señora, sino ingenua verdad de toda mi alma, que al llegar a mis manos impresa la carta, que vuestra propiedad llamó *atenagórica*, prorrumpí (con no ser esto en mí muy fácil) en lágrimas de confusión, porque me pareció que vuestro favor no era más que una reconvención que Dios hace a lo mal que le correspondo, y que, como a otros corrige con castigos, a mí me quiere reducir a fuerza de beneficios, especial favor de que conozco ser su deudora, como de otros infinitos de su inmensa bondad; pero también especial modo de avergonzarme y confundirme, que es más primoroso medio de castigar hacer que yo misma, con mi conocimiento, sea el juez que me sentencia y condene mi gratitud. Y así, cuando esto considero, acá a mis solas, suelo decir: *Bendito seáis vos, Señor, que no sólo no quisisteis en manos de otra criatura el juzgarme, y que ni aun en la mía lo pusisteis, sino que lo reservasteis a la vuestra, y me librasteis a mí de la sentencia que yo misma me daría; que forzada de mi propio conocimiento no pudiera ser menos que de condenación, y vos le reservasteis a vuestra misericordia, porque me amáis más de lo que yo me puedo amar.*

Perdonad, señora mía, la digresión que me arrebató la fuerza de la verdad, y si la he de confesar toda, también es buscar refugios para huir de la dificultad de responder, y casi me he determinado a dejarlo al silencio; pero como éste es cosa negativa, aunque explica mucho con el énfasis de no explicar, es necesario ponerle algún breve rótulo, para que se entienda lo que se pretende que el silencio diga; y si no, dirá nada el silencio, porque éste es su propio oficio, *decir nada.* Fué arrebatado el Sagrado Vaso de Elección al tercer cielo. y habiendo visto los arcanos secretos de Dios, dice: *Audiui arcana Dei, quae non licet homini loqui.* No dice lo que vió, pero dice que no lo puede decir, de manera que aquellas cosas que no se pueden decir es menester decir siquiera *que no se pueden decir,* para que se entienda que al callar no es no saber qué decir sino no caber en las voces lo mucho que hay que decir. Dice San Juan, que si hubiera de escribir todas las maravillas que obró nuestro Redentor, no cupieran en todo el mundo los libros, y dice Vieira sobre este lugar que en sola esta cláusula dijo más el Evangelista que en todo cuanto escribió: y dice muy bien el fénix lusitano (pero ¿cuándo no dice bien, aun cuando no dice bien?), porque así dice San Juan todo lo que dejó de decir, y expresó lo que dejó de expresar. Así yo (señora mía), sólo responderé que no sé qué responder, sólo agradeceré diciendo que no soy capaz de agrade-

ceros, y diré (por breve rótulo de lo que dejo al silencio) que sólo con la confianza de favorecida y con los valimientos de honrada me puedo atrever a hablar con vuestra grandeza: si fuera necedad, perdonadla, pues es alhaja de la dicha, y en ella ministraré yo más materia a vuestra benignidad y vos daréis mayor forma a mi reconocimiento.

No se hallaba digno Moisés, por balbuciente, para hablar con Faraón; y después, el verse tan favorecido de Dios le infunde tales alientos que no sólo habla con el mismo Dios sino que se atreve a pedirle imposibles: *Ostende mihi faciem tuam.* Pues así yo (señora mía): ya no me parecen imposibles los que puse al principio, a vista de lo que me favorecéis: porque quien hizo imprimir la carta tan sin noticia mía, quien la intituló, quien la costeó, quien la honró tanto, siendo de todo indigna por sí y por su autora ¿qué no hará? ¿Qué no perdonará? ¿Qué dejará de hacer? ¿Y qué dejará de perdonar? Y así, debajo del supuesto de que hablo con el salvoconducto de vuestros favores y debajo del seguro de vuestra benignidad y de que me habéis, como otro Asuero, dado a besar la punta del cetro de oro de vuestro cariño, en señal de concederme benévola licencia para hablar y proponer en vuestra venerable presencia, digo que recibo en mi alma vuestra santísima amonestación de aplicar el estudio a Libros Sagrados, que aunque vienen en traje de consejo tendrá para mí sustancia de precepto, con no pequeño consuelo de que aun antes parece que prevenía mi obediencia vuestra pastoral insinuación, como a vuestra dirección, inferido del asunto y pruebas de la misma carta. Bien conozco que no cae sobre ella vuestra cuerdísima advertencia, sino sobre lo mucho que habréis visto de asuntos humanos que he escrito; y así, lo que he dicho no es más que satisfaceros con ella a la falta de aplicación que habréis inferido (con mucha razón) de otros escritos míos: y hablando con más especialidad, os confieso con la ingenuidad que ante vos es debida, y con la verdad y claridad que en mí siempre es natural y costumbre, que el no haber escrito mucho de asuntos sagrados no ha sido desafición, ni de aplicación la falta, sino obra de temor y reverencia debida a aquellas Sagradas Letras, para cuya inteligencia yo me conozco tan incapaz y para cuyo manejo soy tan indigna, resonándome siempre en los oídos, con no pequeño horror, aquella amenaza y prohibición del Señor a los pecadores como yo: *Quare tu enarras iustitias meas et assumis testamentum meum per os tuum?*

Esta pregunta, y el ver que aun a los varones doctos se prohibía el leer los Cantares, hasta que pasaban de treinta años, y aun el Gé-

nesis; éste, por su oscuridad; y aquéllos, porque de la dulzura de aquellos Epitalamios no tomase ocasión la imprudente juventud de mudar el sentido en carnales afectos, compruébalo mi gran padre San Jerónimo, mandando que sea esto lo último que se estudie, por la misma razón: *Ad ultimum sine periculo discat Canticum Canticorum, ne si in exordio legerit sub carnalibus uerbis spiritualium nuptiarum Epithalamium, non intelligens, uulneretur.* Y Séneca dice: *Teneris in unnis haud clara est fides.* Pues ¿cómo me atreviera yo a tomarlo en mis indignas manos, repugnándolo el sexo, la edad, y sobre todo las costumbres? Y así, confieso que muchas veces este temor me ha quitado la pluma de la mano, y ha hecho retroceder los asuntos hacia el mismo entendimiento, de quien querían brotar: el cual inconveniente no topaba en los asuntos profanos, pues una herejía contra el arte no la castiga el Santo Oficio, sino los discretos con risa, y los críticos con censura; y ésta, *iusta uel iniusta, timenda non est,* pues deja comulgar y oír misa por lo cual me da poco o ningún cuidado, porque según la misma decisión de los que lo calumnian, ni tengo obligación para saber, ni aptitud para acertar; luego si lo yerro, ni es culpa, ni es descrédito; no es culpa, porque no tengo obligación; no es descrédito, pues no tengo posibilidad de acertar, y *ad impossibilia nemo tonetur.* Y a la verdad, yo nunca he escrito sino violentada y forzada, y sólo por dar gusto a otros, no sólo sin complacencia, sino con positiva repugnancia, porque nunca he juzgado de mí que tenga el caudal de letras e ingenio que pide la obligación de quien escribe, y así es la ordinaria respuesta a los que instan (y más si es asunto sagrado): ¿Qué entendimiento tengo yo? ¿Qué estudio? ¿Qué materiales?, ¿ni qué noticias para eso, sino cuatro bachillerías superficiales? Deien eso para quien lo entienda, que yo no quiero ruido con el Santo Oficio, que soy ignorante. y tiemblo de decir alguna proposición malsonante, o torcer la genuina inteligencia de algún lugar. Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar, que fuera en mí desmedida soberbia, sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos. Así lo respondo y así lo siento.

El escribir nunca ha sido dictamen propio, sino fuerza ajena, que les pudiera decir con verdad: *Vos me coegistis.* Lo que sí es verdad que no negaré (lo uno porque es notorio a todos; y lo otro, porque aunque sea contra mí, me ha hecho Dios la merced de darme grandísimo amor a la verdad), que desde que me rayó la primera luz de la razón, fué tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras que ni ajenas reprehensiones (que he tenido muchas), ni propias reflexas (que he hecho no pocas) han bastado a que deje de seguir este na

tural impulso, que Dios puso en mí; su Majestad sabe por qué y para qué: y sabe que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento, dejando sólo lo que baste para guardar su Ley, pues lo demás sobra (según algunos) en una mujer: y aun hay quien diga que daña. Sabe también su Majestad que no consiguiendo esto, he intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento, y sacrificárselo sólo a quien me lo dió, y que no otro motivo me entró en la Religión, no obstante que al desembarazo y quietud que pedía mi estudiosa intención eran repugnantes los ejercicios y compañía de una comunidad; y después de ella, sabe el Señor, y lo sabe en el mundo quien sólo lo debió saber, lo que me intenté en orden a esconder mi nombre, y que no me lo permitió, diciendo que era tentación: y sí sería. Si yo pudiera pagaros algo de lo que os debo (señora mía), creo que sólo os pagara en contaros esto, pues no ha salido de mi boca jamás, excepto para quien debió salir. Pero quiero que con haberos franqueado de par en par las puertas de mi corazón, haciéndoos patentes sus más sellados secretos, conozcáis que no desdice de mi confianza lo que debo a vuestra venerable persona y excesivos favores.

Prosiguiendo en la narración de mi inclinación (de que os quiero dar entera noticia) digo, que no había cumplido los tres años de mi edad cuando, enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que se enseñase a leer en una de las que llaman *Amigas*, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura; y viendo que le daban lección me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando, a mi parecer, a la maestra, le dije: *Que mi madre ordenaba me diese lección*. Ella no lo creyó, porque no era creíble; pero por complacer al donaire, me la dió. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia. y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabía, cuando lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó, por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto: y yo lo callé, creyendo que me azotarían, por haberlo hecho sin orden. Aún vive la que me enseñó, Dios la guarde, y puede testificarlo. Acuérdome que en estos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenía de comer *queso*; porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el de comer, siendo éste tan poderoso en los niños. Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas las otras habilidades de labores y costura que deprehenden las mujeres, oí decir que había Universidades y Escuelas, en que se estudiaban las ciencias, en Méjico; y apenas lo oí, cuando empecé a matar

a mi madre con instantes e importunos ruegos, sobre que, mudándome el traje, me enviase a Méjico, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad; ella no lo quiso hacer (e hizo muy bien), pero yo despiqué el deseo de leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos ni reprehensiones a estorbarlo; de manera que cuando vine a Méjico se admiraban no tanto del ingenio, cuando de la memoria y noticias que tenía en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar. Empecé a deprehender Gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o cual cosa, que me había propuesto deprehender en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar, en pena de la rudeza. Sucedía así que él crecía, y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa, y yo aprendía despacio, con efecto lo cortaba, en pena de la rudeza; que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno. Entréme religiosa, porque aunque conocía que tenía el estado cosas (de las accesorías hablo, no de las formales), muchas repugnantes a mi genio, con todo, para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado y lo más decente que podía elegir, en materia de seguridad que deseaba, de mi salvación: a cuyo primer respecto (como al fin más importante) cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencillas de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis libros. Esto me hizo vacilar algo en la determinación, hasta que alumbrándome personas doctas de que era tentación, la vencí con el favor divino, y tomé el estado que tan indignamente tengo. Pensé yo que huía de mí misma; pero ¡miserable de mí! trájeme a mí conmigo y traje mi mayor enemigo en esta inclinación, que no sé determinar si por prenda o castigo me dió el Cielo, pues de apagarse o embarcarse con tanto ejercicio que la Religión tiene, reventaba, como pólvora, y se verificaba en mí el *priuatio est causa appetitus.*

Volví (mal dije, pues nunca cesé), proseguí, digo, a la estudiosa tarea (que para mí era descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más

naestro que los mismos libros. Ya se ve cuán duro es estudiar en aque-
los caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y explicación del
naestro; pues todo este trabajo sufría yo muy gustosa, por amor de
as letras: ¡oh, si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado,
uánto hubiera merecido! Bien que yo procuraba elevarlo cuanto podía
dirigirlo a su servicio, porque el fin a que aspiraba era a estudiar
Teología, pareciéndome menguada inhabilidad, siendo católica, no
aber todo lo que en esta vida se puede alcanzar, por medios natu-
ales, de los Divinos Misterios; y que siendo monja y no seglar, debía
or el estado eclesiástico profesar letras: y más siendo hija de un
an Jerónimo, y de una Santa Paula, que era degenerar de tan doctos
adres ser idiota la hija. Esto me proponía yo de mí misma, y me
arecía razón si no es para que era (y eso es lo más cierto) lisonjear
aplaudir a mi propia inclinación, proponiéndole como obligatorio su
ropio gusto: con esto proseguí, dirigiéndome siempre, como he dicho,
os pasos de mi estudio a la cumbre de la Sagrada Teología; y pare-
iéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de las
Ciencias y Arte humanas; porque ¿cómo entenderá el estilo de la
Reina de las Ciencias quien aun no sabe el de las ancillas?

¿Cómo, sin Lógica, sabría yo los métodos generales y particu-
ares con que está escrita la Sagrada Escritura? ¿Cómo, sin Retórica,
ntendería sus figuras, tropos y locuciones? ¿Cómo, sin Física, tantas
uestiones naturales de las naturalezas de los animales, de los sacri-
cios, donde se simbolizan tantas cosas ya declaradas y otras muchas
ue hay? ¿Cómo, si el sanar Saúl al sonido del Harpa de David fué
irtud y fuerza natural de la Música, o sobrenatural, que Dios quiso
oner en David? ¿Cómo, sin Aritmética, se podrán entender tantos
ómputos de años, de días, de meses, de horas, de hebdómadas tan
isteriosas, como las de Daniel, y otras para cuya inteligencia es
ecesario saber las naturalezas, concordancias y propiedades de los
úmeros? ¿Cómo, sin Geometría, se podrán medir el Arca Santa del
Testamento, y la Ciudad Santa de Jerusalén, cuyas misteriosas men-
uras hacen un cubo, con todas sus dimensiones, y aquel repartimiento
roporcional de todas sus partes, tan maravilloso? ¿Cómo, sin Arqui-
ectura, el gran Templo de Salomón, donde fué el mismo Dios el
rtífice que dió la disposición y la traza, y el Sabio Rey sólo fué
obrestante que la ejecutó, donde no había base sin misterio, columna
n símbolo, cornisa sin alusión, arquitrabe sin significado; y así de
tras sus partes, sin que el más mínimo filete estuviese sólo por el
ervicio y complemento del arte, sino simbolizando cosas mayores?

¿Cómo, sin grande conocimiento de reglas, y partes de que consta la Historia, se entenderían los Libros historiales? ¿Aquellas recapitulaciones, en que muchas veces se propone en la narración lo que en el hecho sucedió primero? ¿Cómo, sin grande noticia de ambos Derechos podrán entenderse los Libros Legales? ¿Cómo, sin grande erudición, tantas cosas de historia profanas de que hace mención la Sagrada Escritura? ¿Tantas costumbres de gentiles? ¿Tantos ritos? ¿Tantas maneras de hablar? ¿Cómo, sin muchas reglas y lección de Santos Padres, se podrá entender la oscura locución de los Profetas? Pues sin ser muy perito en Música, ¿cómo se entenderán aquellas proporciones musicales y sus primores, que hay en tantos lugares, especialmente en aquellas peticiones que hizo a Dios Abraham por las Ciudades, de que si perdonaría, habiendo cincuenta Justos, y de este número bajó a cuarenta y cinco, que es *sesquinona* y es como de *Mi* a *Re*; de aquí a cuarenta, que es *sesquioctava*, y es como de *Re* a *Mi*; de aquí a treinta, que es *sesquitercia*, que es la del *Diatesarón*: de aquí a veinte, que es la proporción *sesquiáltera*, que es la del *Diapante*: de aquí a diez, que es la *dupla*, que es el *Diapasón*; y como no hay más proporciones armónicas, no pasó de ahí? Pues ¿cómo se podrá entender esto sin música? Allá en el Libro de Job, le dice Dios: *Nunquid coiungere ualebis micantes stellas Pleiadas, aut gyrum Arcturi poteris dissipare? Nunquid producis Luciferum in tempore suo, et esperum super filios terrae consurgere facis?* Cuyos términos, sin noticia de Astrología, será imposible entender. Y no sólo estas nobles Ciencias; pero no hay Arte mecánico que no se mencione. Y en fin, como el Libro que comprende todos los libros, y la Ciencia en que se incluyen todas las Ciencias, para cuya inteligencia todas sirven: y después de saberlas todas (que ya se ve que no es fácil ni aun posible), pide otra circunstancia más que todo lo dicho, que es una continua oración, y pureza de vida, para impetrar de Dios aquella purgación de ánimo e iluminación de mente que es menester para la inteligencia de cosas tan altas: y si esto falta, nada sirve de lo demás.

Del Angélico Doctor Santo Tomás dice la Iglesia estas palabras *In difficultatibus locorum Sacra Scripturae ad orationem, ieuniun adhibebat. Quim tiam sodali suo Fratri Reginaldo dicere solebat, quid quid sciret, non tam studio, aut labore suo peperisse, quam diunitu traditum accepisse.* Pues yo, tan distante de la virtud y las letras, ¿cóm había de tener ánimo para escribir? Y así, por tener algunos principio granjeados, estudiaba continuamente diversas cosas, sin tener para algu na particular inclinación, sino para todas en general; por lo cual, e haber estudiado en unas más que en otras no ha sido en mí elección

ino que el caso de haber topado más a mano libros de aquellas facul-ades les ha dado (sin arbitrio mío) la preferencia: y como no tenía nterés que me moviese, ni límite de tiempo que me estrechase el con-inuado estudio de una cosa, por la necesidad de los grados, casi a un iempo estudiaba diversas cosas, o dejaba unas por otras; bien que en so observaba orden, porque a unas llamaba estudio, y a otras diversión; en éstas descansaba de las otras: de donde se sigue que he estudiado uchas cosas, y nada sé, porque las unas han embarazado a las otras. s verdad que esto digo de la parte práctica en las que la tienen, porque laro está que mientras se mueve la pluma descansa el compás; y mien-ras se toca el harpa, sosiega el órgano; *et sic de caeteris;* porque, como s menester mucho uso corporal para adquirir hábito, nunca lo puede ener perfecto quien se reparte en varios ejercicios; pero en lo formal y speculativo sucede al contrario y quisiera yo persuadir a todos con mi xperiencia, a que no sólo no estorban, pero se ayudan, dando a luz y briendo camino las unas para las otras, por variaciones y ocultos en-arces, que para esta cadena universal les puso la sabiduría de su Autor; le manera que parece se corresponden y están unidas con admirable rabazón y concierto. Es la cadena que fingieron los antiguos que salía le la boca de Júpiter, de donde pendían todas las cosas, eslabonadas nas con otras. Así lo demuestra el R. P. Atanasio Quirquerio en su urioso libro *De magnete*. Todas las cosas salen de Dios, que es el cen-ro, a un tiempo, y la circunferencia de donde salen y donde paran odas las líneas creadas.

Yo de mí puedo asegurar que lo que no entiendo en un autor de na facultad lo suelo entender en otro de otra que parece muy distante; esos propios, al explicarse. abren ejemplos metafóricos de otras Artes; omo cuando dicen los lógicos que el medio se ha con los términos como e ha una medida con dos cuerpos distantes, para conferir si son iguales no: y que la oración del lógico anda como la línea recta por el amino más breve; y la del retórico se mueve, como la curva, por el nás largo; pero van a un mismo punto los dos. Y cuando dicen que los xpositores son como la mano abierta y los escolásticos como el puño errado: y así, no es disculpa ni por tal la doy, el haber estudiado di-ersas cosas, pues éstas antes se ayudaban; sino que el no haber apro-echado ha sido ineptitud mía y debilidad de mi entendimiento, no ulpa de la variedad: lo que sí pudiera ser descargo mío es el sumo rabajo, no sólo en carecer de maestro, sino de condiscípulos con quienes conferir y ejercitar lo estudiado, teniendo sólo por maestro un libro nudo, por condiscípulo un tintero insensible, y en vez de explicación

y ejercicio, muchos estorbos, no sólo los de mis religiosas obligaciones (que éstas ya se sabe cuán útil y provechosamente gastan el tiempo) sino de aquellas cosas accesorias de una comunidad, como estar yo leyendo y antojárseles en la celda vecina tocar y cantar: estar yo estudiando, y pelear dos criadas y venirme a constituir juez de su pendencia: estar yo escribiendo y venir una amiga a visitarme, haciéndome muy mala obra con muy buena voluntad; donde es preciso, no sólo admitir el embarazo, pero quedar agradecida del perjuicio: y esto es continuamente, porque como los ratos que destino a mi estudio son los que sobran de lo regular de la comunidad, esos mismos les sobran a las otras para venirme a estorbar; y sólo saben cuánta verdad es ésta los que tienen experiencia de vida común, donde sólo la fuerza de la vocación puede hacer que mi natural esté gustoso, y el mucho amor que hay entre mí y mis amadas hermanas, que como el amor es unión, no hay para él extremos distantes.

En esto sí, confieso que ha sido inexplicable mi trabajo; y así, no puedo decir lo que con envidia oigo a otros, que no les ha costado afán el saber: dichosos ellos. A mí no el saber (que aun no sé), sólo el desear saber me lo ha costado tan grande que pudiera decir como mi padre San Jerónimo (aunque no con su aprovechamiento): *Quid ibi laboris insumpserim, quid sustinuerim difficultatis, quoties desperauerim, quotiesque cessauerim, et contentione dicendi rursus incoeperim, testis est consciencia, tam mea, qui passus sum, quam eorum, qui mecum duxerunt uitam.* Menos los compañeros y testigos (que aun de ese alivio he carecido), lo demás bien puedo asegurar con verdad. ¡Y que haya sido tal ésta mi negra inclinación, que todo lo haya vencido!

Solía sucederme que como, entre otros beneficios, debo a Dios un natural tan blando y tan afable, y las religiosas me aman mucho por él (sin reparar, como buenas, en mis faltas) y con esto gustan mucho de mi compañía: conociendo esto, y movida del grande amor que les tengo, con mayor motivo que ellas a mí, gusto más de la suya; así, me solía ir, los ratos que a unas y a otras nos sobraban, a consolarlas y recrearme con su conversación. Reparé que en este tiempo hacía falta a mi estudio y hacía voto de no entrar en celda alguna, si no me obligase a ello la obediencia o la caridad: porque sin este freno tan duro, a de sólo propósito lo rompiera el amor: y este voto (conociendo mi fragilidad) lo hacía por un mes o por quince días; y dando, cuando se cumplía, un día o dos de treguas, lo volvía a renovar, sirviendo este día no tanto a mi descanso (pues nunca lo ha sido para mí el no estudiar)

cuanto a que no me tuviesen por áspera, retirada e ingrata al no merecido cariño de mis carísimas hermanas.

Bien se deja en esto conocer cuál es la fuerza de mi inclinación. Bendito sea Dios, que quiso fuese hacia las letras, y no hacia otro vicio que fuera en mí casi insuperable; y bien se infiere también cuán contra lo corriente han navegado (o por mejor decir han naufragado) mis pobres estudios. Pues aun falta por retirar lo más arduo de las dificultades; que las de hasta aquí sólo han sido estorbos obligatorios y casuales, que indirectamente lo son; y faltan los positivos, que directamente han tirado a estorbar y prohibir el ejercicio. ¿Quién no creerá, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones comunes? Pues Dios sabe que no ha sido muy así: porque entre las flores de esas mismas aclamaciones, se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré contar; y los que más nocivos y sensibles para mí han sido, no son aquellos que con declarado odio y malevolencia me han perseguido; sino los que amándome y deseando mi bien (y por ventura, mereciendo mucho con Dios por la buena intención) me han mortificado, y atormentado más que los otros, con aquél: *No conviene a la santa ignorancia, que deben, este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura con su misma perspicacia y agudeza.* ¿Qué me habrá costado resistir esto? ¡Rara especie de martirio, donde yo era el mártir y me era el verdugo! Pues por la (en mí dos veces infeliz) habilidad de hacer versos, aunque fuesen sagrados, ¿qué pesadumbres no me han dado? ¿O cuáles no me han dejado de dar? Cierto, señora mía, que algunas veces me pongo a considerar que el que se señala o le señala Dios, que es quien sólo lo puede hacer, es recibido como enemigo común, porque parece a algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen; o que hace estanque de las admiraciones a que aspiraban, y así le persiguen. Aquella ley políticamente bárbara de Atenas, por la cual salía desterrado de su república el que se señalaba en prendas y virtudes, por que no tiranizase con ellas la libertad pública, todavía dura, todavía se observa en nuestros tiempos, aunque no hay ya aquel motivo de los atenienses; pero hay otro, no menos eficaz, aunque no tan bien fundado, pues parece máxima del impío Maquiavelo; que es aborrecer al que se señala, porque desluce a otros. Así sucede y así sucedió siempre.

Y si no, ¿cuál fué la causa de aquel rabioso odio de los fariseos contra Cristo, habiendo tantas razones para lo contrario? Porque si miramos su presencia, ¿cuál prenda más amable que aquella divina

hermosura? ¿Cuál más poderosa para arrebatar los corazones? Si cualquiera belleza humana tiene jurisdicción sobre los albedríos, y con blanda y apetecida violencia los sabe sujetar, ¿qué haría aquélla con tantas prerrogativas y dotes soberanos? ¿Qué haría, qué movería, y qué no haría, y qué no movería aquella incomprensible beldad, por cuyo hermoso rostro, como por un terso cristal, se estaban transparentando los rayos de la Divinidad? ¿Qué no movería aquel semblante, que sobre incomparables perfecciones en lo humano señalaba iluminaciones de divino? Si el de Moisés, de sólo la conversación con Dios, era intolerable a la flaqueza de la vida humana, ¿qué sería el del mismo Dios humanado? Pues si vamos a las demás prendas, ¿cuál más amable que aquella celestial modestia, que aquella suavidad y blandura, derramando misericordias en todos sus movimientos? ¿Aquella profunda humildad y mansedumbre? ¿Aquellas palabras de vida eterna y eterna sabiduría? Pues ¿cómo es posible que esto no les arrebatara las almas, que no fuesen enamorados y elevados tras él? Dice la Santa Madre, y madre mía, Teresa, que después que vió la hermosura de Cristo, quedó libre de poderse inclinar a criatura alguna, porque ninguna cosa veía que no fuese fealdad, comparada con aquella hermosura. Pues ¿cómo en los hombres hizo tan contrario efecto? Y ya que como toscos y viles no tuvieran conocimiento ni estimación de sus perfecciones, siquiera, como interesables, ¿no les moviera sus propias conveniencias y utilidades en tantos beneficios como les hacía, sanando los enfermos, resucitando los muertos, curando los endemoniados? Pues ¿cómo no le amaban? ¡Ay Dios, que por eso mismo no lo amaban, por eso mismo lo aborrecían! Así lo testificaron ellos mismos.

Júntanse en su concilio y dicen: *Quid facimus, quia hic homo multa signa facit*? ¿Hay tal causa? Si dijeran: Este es un malhechor, un transgresor de la ley, un alborotador, que con engaños alborota el pueblo, mintieran, como mintieron cuando lo decían: pero eran causales más congruentes a lo que solicitaban, que era quitarle la vida; mas dar por causal que hace cosas señaladas, no parece de hombres doctos, cuales eran los fariseos. Pues así es, que cuando se apasionan los hombres doctos prorrumpen en semejantes inconsecuencias: en verdad que sólo por eso salió determinado que Cristo muriese. Hombres, si es que así se os puede llamar, siendo tan brutos, ¿por qué es esa tan cruel determinación? No responden más, sino que *multa signa facit*. ¡Válgame Dios! ¿Qué. el hacer cosas señaladas es causa para que uno muera? Haciendo reclamo este *Multa signa facit a* aquel *O radix Iesse, qui stas in signum populorum*! Y a otro: *In signum cui contradicetur*. ¿Por signo?

Pues muera. ¿Señalado? Pues padezca, que eso es el premio de quien se señala. Suelen en la eminencia de los templos colocarse por adorno unas figuras de los vientos y de la fama, y por defenderlas de las aves, las llenan todas de púas; defensa parece y no es sino propiedad forzosa: no puede estar sin púas que la puncen quien está en alto: allí está la ojeriza del aire, allí es el rigor de los elementos, allí despican la cólera los rayos, allí es el blanco de piedras y flechas: ¡oh infeliz altura, expuesta a tantos riesgos! ¡Oh signo, que te ponen por blanco de la envidia y por objeto de la contradicción! Cualquiera eminencia, ya sea de dignidad, ya de nobleza ya de riqueza, ya de hermosura, ya de ciencia, padece esta pensión; pero la que con más rigor la experimenta es la del entendimiento: lo primero, porque es el más indefenso, pues la riqueza y el poder castigan a quien se les atreve; y el entendimiento no, pues mientras es mayor, es más modesto y sufrido y se defiende menos. Lo segundo es porque, como dijo doctamente Gracián, las ventajas en el entendimiento lo son en el ser. No por otra razón es el ángel más que el hombre, que porque entiende más: no es otro el exceso que el hombre hace al bruto sino sólo entender; y así como ninguno quiere ser menos que otro, así ninguno confiesa que otro entiende más: porque es consecuencia del ser más. Sufrirá uno y confesará que otro es más noble que él; que es más rico, que es más hermoso; y aun que es más docto; pero que es más entendido, apenas habrá quien lo confiese: *Rarus est qui uelit cedere ingenio*. Por eso es tan eficaz la batería contra esta prenda.

Cuando los soldados hicieron burla, entretenimiento y diversión de N. S. Jesucristo, trajeron una púrpura vieja, y una caña hueca, y una corona de espinas para coronarle por Rey de burlas. Pues ahora, la caña y la púrpura eran afrentosas, pero no dolorosas; pues ¿por qué sólo la corona es dolorosa? ¿No basta que como las demás insignias fuese de escarnio e ignominia, pues ése era el fin? No, porque la sagrada cabeza de Cristo y aquel divino cerebro eran depósito de la sabiduría; y cerebro sabio en el mundo no basta que esté escarnecido, ha de estar también lastimado y maltratado; cabeza que es erario de sabiduría no espere otra corona que de espinas. ¿Cuál guirnalda espera la sabiduría humana, si ve la que obtuvo la divina? Coronaba la soberbia romana las diversas hazañas de sus capitanes también con diversas coronas; ya con la cívica, al que defendía al ciudadano; ya con la castrense, al que entraba en los reales enemigos; ya con la mural, al que escalaba el muro; ya con la obsidional, al que libraba la ciudad cercada, o el ejército sitiado, o el campo, o en los reales; ya con la naval, ya con la oval, ya con la triun-

fal otras hazañas, según refieren Plinio y Aulo Gelio: mas viendo yo tantas diferencias de coronas, dudaba de cuál especie sería la de Cristo, y me parece que fué obsidional, que (como sabéis, señora) era la más honrosa, y se llamaba obsidional de *obsidio*, que quiere decir cerco; la cual no se hacía de oro ni de plata, sino de la misma grama o hierba que cría el campo en que se hacía la empresa: y como la hazaña de Cristo fué hacer levantar el cerco al Príncipe de las Tinieblas, el cual tenía sitiada toda la Tierra, como lo dice en el Libro de Job: *Circuiui terran ta ambuluai per ea.* Y de él dice San Pedro: *Circuit quarens quem deuroret*; y vino nuestro caudillo, y le hizo levantar el cerco: *Nunc Princeps huius mundi eiicietur foras.* Así los soldados lo coronaron, no con oro, ni plata, sino con el fruto natural que producía el mundo, que fué el campo de la lid; el cual, después de la maldición, *spinas et tribulos germinabit tibi*, no producía otra cosa que espinas: y así, fué propísima corona de ellas, en el valeroso y sabio vencedor, con que le coronó su madre la Sinagoga. Saliendo a ver el doloroso triunfo, como el del otro Salomón festivas, a éste llorosas las hijas de Sión, porque es el triunfo de sabio obtenido con dolor y celebrado con llanto, que es el modo de triunfar la sabiduría; siendo Cristo, como Rey de ella, quien estrenó la corona, por que santificada en sus sienes se quite el horror a los otros sabios y entiendan que no han de aspirar a otro honor.

Quiso la misma Vida ir a dar vida a Lázaro difunto: ignoraban los discípulos el intento y lo replicaron: *Rabbi, nunc quaerebant te Iudaei lapidare et iterum uodis illuc?* Satisfizo el Redentor el temor: *Nonne duodecim sunt horae diei?* Hasta aquí parece que temían, porque tenían el antecedente de quererlo apedrear, porque los había reprendido, llamándolos ladrones y no pastores de las ovejas. Y así temían que si iba a lo mismo (como las reprensiones, aunque sean tan justas, suelen ser mal reconocidas) corriese peligro su vida; pero ya desengañados y enterados de que va a dar vida a Lázaro, ¿cuál es la razón que pudo mover a Tomás para que tomando aquí los alimentos que en el Huerto Pedro *Eamus et nos, ut moriamur cum eo?* ¿Qué dices, Apóstol Santo, a morir no va el Señor, de qué es el recelo? Porque a lo que Cristo va no es a reprender, sino a hacer una obra de piedad, y por eso no le suelen hacer mal. Los mismos judíos os podían haber asegurado, pues cuando os reconvino, queriéndole apedrear: *Multa bona opera ostendi uobis ex Patre meo, propter quod eorum opus me lapidastis?* Le respondieron: *De bono opere non lapidamus te, sed de blasphemia.* Pues si ellos dicen que no lo quieren apedrear por las buenas obras y ahora va a hacer

una tan buena como dar la vida a Lázaro, ¿de qué es el recelo? ¿O por qué? ¿No fuera mejor decir: Vamos a gozar el fruto del agradecimiento de la buena obra que va a hacer nuestro Maestro, a verle aplaudir y rendir gracias al beneficio, a ver las admiraciones que hacen del milagro? Y no decir, al parecer, una cosa tan fuera del caso, como: *Emaus cum eo*. Mas ¡ay! que el Santo temió como discreto, y habló como Apóstol. ¿No va Cristo a hacer un milagro? ¿Pues qué mayor peligro? Menos intolerable es para la soberbia oír las reprensiones que para la envidia ver los milagros. En todo lo dicho, venerable señora, no quiera (ni tal desatino cupiera en mí) decir que me han perseguido por saber, sino sólo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras, no porque haya conseguido ni uno ni otro.

Hallábase el Príncipe de los Apóstoles, en un tiempo, tan distante de la sabiduría, como pondera aquel enfático *Petrus uero sequebatur eum a longe*. Tan lejos de los aplausos del docto, quien tenía el título de indiscreto: *Nesciens quid diceret*. Y aun examinado del conocimiento de la sabiduría, dijo él mismo que no había alcanzado la menor noticia: *Mulier, nescio quid dicis: mulier, non noui illum*. Y ¿qué le sucede? Que teniendo estos créditos de ignorante, no tuvo la fortuna, sí las aflicciones del sabio: ¿Por qué? No se dió otra causal sino: *Et hic cum illo erat*. Era afecto a la sabiduría, llevábalo el corazón, andábase tras ella, preciábase de seguidor y amoroso de la sabiduría; y aunque era tan a *longe*, que no la comprendía ni alcanzaba, bastó para incurrir sus tormentos. Ni faltó soldado de fuera que no lo afligiese, ni mujer doméstica que no lo aquejase. Yo confieso que me hallo muy distante de los términos de la sabiduría, y que la he deseado seguir, aunque a *longe*. Pero todo ha sido acercarme más al fuego de la persecución, al crisol del tormento y ha sido con tal extremo, que han llegado a solicitar que se me prohiba el estudio.

Una vez lo han conseguido con una prelada muy santa y muy cándida, que creyó que el estudio era cosa de Inquisición, y me mandó que no estudiase: yo la obedecía (unos tres meses, que duró el poder sufrilla mandar), en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, no lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras y de libro toda esta máquina universal. Nada veía sin reflexa, nada oía sin consideración, aun en las cosas más menudas y materiales; porque como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el *me fecit Deus*, no hay alguna que no pasme el entendimiento, si se considera como se debe. Así yo

(vuelvo a decir) las miraba y admiraba todas; de tal manera, que de las mismas personas con quienes hablaba, y de lo que me decían, me estaban resaltando mis consideraciones: ¿de dónde emanaría aquella variedad de genios e ingenios, siendo todos de una especie? ¿Cuáles serían los temperamentos y ocultas cualidades que lo ocasionaban? Si veía una figura, estaba combinando la proporción de sus líneas y midiéndola con el entendimiento y reduciéndola a otras diferentes. Paseábame algunas veces en el testero de un dormitorio nuestro (que es una pieza muy capaz), y estaba observando que siendo las líneas de sus dos lados paralelas y su techo a nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una a otra, y que su techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo; de donde infería que las líneas visuales corren rectas, pero no paralelas, sino que van a formar una figura piramidal. Y discurría si sería ésta la razón que obligó a los antiguos a dudar si el mundo era esférico o no. Porque aunque lo parece, podía ser engaño de la vista, demostrando concavidades donde pudiera no haberlas.

Este modo de reparos en todo me sucedía, y sucede siempre, sin tener yo arbitrio en ello, que antes me suelo enfadar, porque me cansa la cabeza; y yo creía que a todos sucedía esto mismo, y el hacer versos, hasta que la experiencia me ha mostrado lo contrario: y es de tal manera esta naturaleza o costumbre, que nada veo sin segunda consideración. Estaban en mi presencia dos niñas jugando con un trompo y apenas yo vi el movimiento y la figura, cuando empecé, con ésta mi locura, a considerar el fácil motu de la forma esférica; y cómo duraba el impulso ya impreso, e independiente de su causa, pues distante la mano de la niña, que era la causa motiva, bailaba el trompillo: y no contenta con esto, hice traer harina y cernerla, para que en bailando el trompo encima se conociese si eran círculos perfectos o no los que describía con su movimiento; y hallé que no eran sino unas líneas espirales, que iban perdiendo lo circular cuando se iba remitiendo el impulso. Jugaban otras a los alfileres (que es el más frívolo juego que usa la puerilidad), yo me llegaba a contemplar las figuras que formaban; y viendo que acaso se pusieron tres en triángulo, me ponía a enlazar uno en otro, acordándome de que aquélla era la figura que dicen tenía el misterioso anillo de Salomón, en que había unas lejanas luces y representaciones de la Santísima Trinidad, en virtud de lo cual obraba tantos prodigios y maravillas; y la misma que dicen tuvo el harpa de David y que por eso sanaba Saúl a su sonido: casi la misma conservan las harpas en nuestros tiempos.

Pues, ¿qué os pudiera contar, señora, de los secretos naturales que he descubierto estando guisando? Ver que un huevo se une y se fríe en la manteca o aceite y por el contrario se despedaza en el almíbar: ver que para que el azúcar se conserve flúida basta echarle una muy mínima parte de agua en que haya estado membrillo u otra fruta agria: ver que la yema y clara de un mismo huevo son tan contrarias, que en los unos que sirven para el azúcar, sirve cada una de por sí, y juntas no. Pero no debo cansaros con tales frialdades, que sólo refiero por daros entera noticia de mi natural y creo que os causará risa; pero, señora, ¿qué podemos saber las mujeres, sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupercio Leonardo: *Que bien se puede filosofar y aderezar la cena.* Y yo suelo decir, viendo estas cosillas: *Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito.* Y prosiguiendo en mi modo de cogitaciones, digo que esto es tan continuo en mí que no necesito de libros: y en una ocasión que por un grave accidente de estómago me prohibieron los médicos el estudio, pasé así algunos días; y luego les propuse que era menos dañoso el concedérmelo, porque eran tan fuertes y vehementes mis cogitaciones, que consumían más espíritus en un cuarto de hora que el estudio de los libros en cuatro días; y así, se redujeron a concederme que leyese; y más señora mía, que ni aun el sueño se libró de este continuo movimiento de mi imaginativa; antes suele obrar en él más libre y desembarazada, confiriendo con mayor claridad y sosiego las species que ha conservado del día; arguyendo, haciendo versos, de que os pudiera hacer un catálogo muy grande y de algunas razones y delgadezas, que he alcanzado dormida mejor que despierta; y las dejo por no cansaros, pues basta lo dicho para que vuestra discreción y trascendencia penetre, y se entere perfectamente en todo mi natural y del principio, medios y estado de mis estudios.

Si éstos, señora, fueran méritos (como los veo por tales a celebrar en los hombres), no lo hubieran sido en mí, porque obro necesariamente: si son culpa, por la misma razón creo que no la he tenido; mas con todo vivo, siempre tan desconfiada de mí que ni en esto ni en otra cosa me fío de mi juicio; y así, remito la decisión a ese soberano talento, sometiéndome luego a lo que sentenciare, sin contradicción ni repugnancia, pues esto no ha sido más de una simple narración de mi inclinación a las letras. Confieso también que con ser esto verdad, tal que (como he dicho) no necesitaba de ejemplares, con todo, no me han dejado de ayudar los muchos que he leído, así en divinas como humanas letras. Porque veo a una Débora. dando leyes, así en lo Militar como en lo Político, y gobernando el Pueblo, donde había tantos varo-

nes doctos. Veo una sapientísima reina de Saba, tan docta que se atreve a tentar con enigmas la sabiduría del mayor de los sabios, sin ser por ello reprendida; antes por ello será juez de los incrédulos. Veo tantas y tan insignes mujeres; unas, adornadas del don de la profecía, como una Abigaíl; otras, de persuasión, como Esther; otras, de piedad, como Raab; otras, de perseverancia como Ana, madre de Samuel; y otras infinitas en otras especies de prendas y virtudes.

Si resuelvo a los gentiles, lo primero que encuentro es con las Sibilas, elegidas de Dios para profetizar los principales misterios de nuestra Fe; y en tan doctos y elegantes versos, que suspenden la admiración. Veo adorar por Diosa de las Ciencias a una mujer como Minerva, hija del primer Júpiter y maestra de toda la sabiduría de Atenas. Veo una Pola Argentaria, que ayudó a Lucano, su marido, a escribir la gran Batalla Farsálica. Veo a la hija del divino Tiresias, más docta que su padre. Veo a una Cenobia, Reina de los Palmirenos, tan sabia como valerosa. A una Arete, hija de Aristipo, doctísima Nicóstrata, inventora de las letras latinas y eruditísima en las griegas. A una Aspasia Milesia, que enseñó Filosofía y Retórica, y fué Maestra del filósofo Pericles. A una Hipacia, que enseñó Astrología y leyó mucho tiempo en Alejandría. A una Leoncia, griega, que escribió contra el filósofo Teofrasto y lo convenció. A una Julia, a una Corina, a una Cornelia; y en fin, a toda la gran turba de las que merecieron nombres, ya de griegas, ya de musas, ya de pitonisas: pues todas no fueron más que mujeres doctas, tenidas y celebradas, y también veneradas de la antigüedad por tales. Sin otras infinitas, de que están los libros llenos, pues veo aquella egipcíaca Catarina, leyendo y convenciendo todas las sabidurías de los sabios de Egipto. Veo una Gertrudis leer, escribir y enseñar. Y para no buscar ejemplos fuera de casa, veo una Santísima Madre mía, Paula, docta en las lenguas hebrea, griega y latina, y aptísima para interpretar las Escrituras. Y ¿qué más, que siendo su coronista un Máximo Jerónimo, apenas se hallaba el santo digno de serlo, pues con aquella viva ponderación y enérgica eficacia con que sabe explicarse, dice: *Si todos los miembros de mi cuerpo fuesen lenguas, no bastarían a publicar la sabiduría y virtud de Paula?* Las mismas alabanzas le mereció Blesilla, viuda; y las mismas la esclarecida virgen Eustoquia, hijas ambas de la misma Santa; y la segunda tal, que por su ciencia era llamada *prodigio del mundo*. Fabiola, romana, fué también doctísima en la Sagrada Escritura. Proba Falconia, mujer romana, escribió un elegante libro, con centones de Virgilio, de los misterios de nuestra Santa Fe. Nuestra Reina Doña Isabel, mujer del décimo Al-

fonso, es corriente que escribió de Astrología. Sin otras que omito, por no trasladar lo que otros han dicho (que es vicio que siempre he abominado), pues en nuestros tiempos está floreciendo la gran Cristina Alejandra, Reina de Suecia, tan docta como valerosa y magnánima; y *las Excelentísimas señoras Duquesa de Aveyro y Condesa de Villa Umbrosa.*

El venerable Doctor Arce (digno Profesor de Escritura por su virtud y letras), en su estudioso *Bibliorum* excita esta cuestión: *An liceat feminis sacrorum Bibliorum studio incumbere exque interpretari?* Y trae por la parte contraria muchas sentencias de santos, en especial aquello del Apóstol: *Mulieres in Ecclesiis taceant, non enim permittiur eis loqui, etc.* Trae después otras sentencias y del mismo Apóstol aquel lugar *Ad Titum: Anus similiter in habitu sancto bene docentes,* con interpretaciones de los Santos Padres; y al fin resuelve con su prudencia que el leer públicamente en las cátedras, y predicar en los púlpitos, no es lícito a las mujeres; pero que el estudiar, escribir y enseñar privadamente, no sólo les es lícito, pero muy provechoso y útil: claro está que esto no se debe entender con todas, sino con aquellas a quienes hubiere Dios dotado de especial virtud y prudencia, y que fueren muy provectas y eruditas y tuvieren el talento y requisitos necesarios para tan sagrado empleo: y esto es tan justo que no sólo a las mujeres (que por tan ineptas están tenidas), sino a los hombres (que con sólo serlo, piensan que son sabios) se había de prohibir la interpretación de las Sagradas Letras, en no siendo muy doctos y virtuosos y de ingenios dóciles y bien inclinados; porque de lo contrario creo yo que han salido tantos sectarios y que ha sido la raíz de tantas herejías; porque hay muchos que estudian para ignorar, especialmente los que son de ánimos arrogantes, inquietos y soberbios, amigos de novedades en la Ley (que es quien las rehusa); y así, hasta que por decir lo que nadie ha dicho dicen una herejía, no están contentos. De éstos dice el Espíritu Santo: *In maleuolam animan non introibit sapientia.* A éstos más daño les hace el saber que les hiciera el ignorar. Dijo un discreto: *Que no es necio entero el que no sabe latín; pero el que lo sabe está calificado.* Y añado yo que lo perfecciona (si es perfección la necedad) el haber estudiado su poco de Filosofía y Teología, y el tener alguna noticia de lenguas, que con eso es necio en muchas ciencias y lenguas: porque un necio grande no cabe en sólo la lengua materna.

A éstos, vuelvo a decir, hace daño el estudiar, porque es poner espada en manos del furioso; que siendo instrumento nobilísimo para la defensa, en sus manos es muerte suya y de muchos. Tales fueron

las Divinas Letras en poder del malvado Pelagio y del protervo Arrio, del malvado Lutero y de los demás heresiarcas, como lo fué nuestro Doctor (nunca fué nuestro ni Doctor) Gazalla: a los cuales hizo daño la sabiduría, porque aunque es el mejor alimento y vida del alma, a la manera que en el estómago mal acomplexionado y de viciado calor, mientras mejores los alimentos que recibe, más áridos, fermentados y perversos son los humores que cría. así estos malévolos, mientras más estudian, peores opiniones engendran; obstrúyeseles el entendimiento con lo mismo que había de alimentarse, y es que estudian mucho y digieren poco, sin proporcionarse el vaso limitado de sus entendimientos. A esto dice el Apóstol: *Dico enim per gratiam, quae data es mihi, omnibus, qui sunt inter uos: Non plus savere, quam oportet savere, sed sapere ad sobrietatem, et unicuique sicut Deus diusit mensuram fidei* Y en verdad, no lo diio el Apóstol a las mujeres sino a los hombres y que no es sólo para ellas el *taceant*, sino para todos los que no fueren muy aptos. Querer yo saber tanto, o más, que Aristóteles o que San Agustín, si no tengo la aptitud de San Agustín o de Aristóteles (aunque estudie más que los dos), no sólo no lo conseguiré, sino que debilitaré y entorpeceré la operación de mi flaco entendimiento con la desproporción del objeto.

O si todos (y yo la primera, que soy una ignorante) nos tomásemos la medida del talento antes de estudiar (y lo peor es, de escribir) con ambiciosa codicia de igualar y aun de exceder a otros, qué poco ánimo nos quedara, y de cuántos errores nos excusáramos, y ¡cuántas torcidas inteligencias que andan por ahí no anduvieran! Y pongo las mías en primer lugar, pues si conociera, como debo, esto mismo, no escribiera: y protesto que sólo lo hago por obedeceros con tanto recelo, que me debéis más en tomar la pluma con este temor, que me debiérades si os remitiera más perfectas obras. Pero bien que va a vuestra corrección; borradlo, rompedlo y reprendedme, que eso apreciaré yo más que todo cuanto vano aplauso me pueden otros dar: *Corripiet me iustus in misericordia, et increpabit; oleum autem peccatoris nin impinguet caput meum.*

Y volviendo a nuestro Arce, digo que trae en confirmación de su sentir aquellas palabras de mi padre San Jerónimo: *Ad Laetam de institutione filiae.* Donde dice: *Adhuc tenera lingua Psalmis dulcibus imbuatur. Ipsa nomina per quae consuescit paulatim verba contexere non sint fortuita, sed certa e coacevata de industria, Prophetarum uidelicet, atque Apostolorum et omnis ad Adam Patriarcharum series, de Matthaeo*

Lucaque descendat, ut dum aliud agit, futurae memoriae praeparetur. Reddat tibi pensum quotidie de Scriptorum floribus carptum. Pues si así quería el Santo que se educase una niña que apenas empezaba a hablar ¿qué querrá en sus monjas y en sus hijas espirituales? Bien se conoce en las referidas Eustoquia y Fabiola y en Marcela, su hermana Pacátula, y otras a quienes el Santo honra en sus epístolas, exhortándolas a este sagrado ejercicio; como se conoce en la citada epístola, donde noté yo aquel *reddat tibi pensum*, que es reclamo y concordante del *bene docentes* de San Pablo: pues el *reddat tibi* de mi gran padre da a entender que la maestra de la niña ha de ser la misma Leta su madre.

¡Oh, cuántos daños se excusaran en nuestra República si las ancianas fueran doctas como Leta, y que supieran enseñar como manda San Pablo, y mi padre San Jerónimo. Y no, que por defecto de esto y la suma flojedad en que han dado en dejar a las pobres mujeres, si algunos padres desean doctrinar más de lo ordinario a sus hijas, les fuerza la necesidad y falta de ancianas sabias a llevar maestros hombres a enseñar a leer, escribir y contar, a tocar y yotras habilidades, de que no pocos daños resultan, como se experimentan cada día en lastimosos ejemplos de desiguales consorcios: porque con la inmediación del trato y la comunicación del tiempo suele hacerse fácil lo que no se pensó ser posible. Por lo cual muchos quieren más dejar bárbaras e incultas a sus hijas, que no exponerlas a tan notorio peligro como la familiaridad con los hombres, lo cual se excusara si hubiera ancianas doctas. como quiere San Pablo, y de unas en otras fuese sucediendo el magisterio, como sucede en el de hacer labores y lo demás que es costumbre. Porque ¿qué inconveniente tiene que una mujer anciana, docta en letras y de santa conversación y costumbres, tuviese a su cargo la educación de las doncellas? Y no, que éstas, o se pierdan por falta de doctrina, o por querérsela aplicar por tan peligrosos medios cuales son los maestros hombres, que cuando no hubiera más riesgo que la indecencia de sentarse al lado de una mujer verecunda (que aun se sonrosea de que la mire a la cara su propio padre) un hombre tan extraño a tratarla con casera familiaridad y a tratarla con magistral llaneza: el pudor del trato con los hombres y de su conversación basta para que no se permitiese. Y no hallo yo que este modo de enseñar de hombres a mujeres pueda ser sin peligro, si no es en el severo tribunal de un confesionario, o en la distante decencia de los púlpitos, o en el remoto conocimiento de los libros; pero no en el manoseo de la inmediación: y todos conocen que esto es verdad; y con todo, se permite, sólo por el defecto de no haber

ancianas sabias; ¿luego es grande daño el no haberlas? Esto debían considerar los que atados al *Mulieres in Ecclesia taceant,* blasfeman de que las mujeres sepan y enseñen; como que no fuera el mismo Apóstol el que dijo *bene docentes.* Además de aquella prohibición cayó sobre lo historial que refiere Eusebio; y es que en la Iglesia Primitiva se ponían las mujeres a enseñar las doctrinas unas a otras en los templos; y este rumor confundía, cuando predicaban los apóstoles; y por eso se les mandó callar, como ahora sucede, que mientras predica el predicador no se reza en alta voz.

No hay duda de que para inteligencia de muchos lugares, es menester mucha Historia, costumbres, ceremonias, proverbios y aun maneras de hablar de aquellos tiempos en que se escribieron, para saber sobre qué caen y a qué aluden algunas locuciones de las Divinas Letras: *Scindite corda uestra, et non vestimenta uestra* ¿no es alusión a la ceremonia que tenían los hebreos de rasgar los vestidos, en señal de dolor, como lo hizo el mal pontífice cuando dijo que Cristo había blasfemado? Muchos lugares del Apóstol sobre el socorro de las viudas, ¿no miraban también a las costumbres de aquellos tiempos? Aquel lugar de la mujer fuerte: *Nobilis in portis uir eius* ¿no alude a la costumbre de estar los tribunales de los jueces en las puertas de las ciudades? El *dare terram Deo* ¿no significa hacer algún voto? *Hiemantes* ¿no se llamaban los pecadores públicos, porque hacían penitencia a cielo abierto, a diferencia de los otros que la hacían en un portal? Aquella queja de Cristo al fariseo, de la falta del ósculo y lavatorio de pies, ¿no se fundó en la costumbre que de hacer estas cosas tenían los judíos? Y otros infinitos lugares, no sólo de las Letras Divinas, sino también de las humanas, que se topan a cada paso, como el *adorate purpuram* que significa obedecer al Rey; el *manumittere eum,* que significa dar libertad, aludiendo a la costumbre y ceremonia de dar una bofetada al esclavo, para darle libertad? ¿Aquel *intonuit caelum* de Virgilio, que alude al agüero de tronar hacia occidente, que se tenía por bueno? ¿Aquél *Tu nunquam leporem edisti* de Marcial, que no sólo tiene el donaire de equívoca en el *leporem,* sino la alusión a la propiedad que decían tener la liebre? ¿Aquel proverbio, *Malean legens, quae suntdomi obliuiscere,* que alude al gran peligro del Promontorio de Laconia? ¿Aquella respuesta de la casta matrona al pretensor molesto, de *por mí no se untarán los quicios, ni arderán las teas,* para decir que no quería casarse, aludiendo a la ceremonia de untar las puertas con manteca y encender las teas nupciales en los matrimonios, como si ahora dijéramos: Por mí no se gastarán arras, ni echará bendiciones el cura? Y así, hay tanto comento de Virgilio y de

Homero, y de todos los poetas y oradores. Pues fuera de esto ¿qué dificultades no se hallan en los Lugares Sagrados, aun en lo gramatical de ponerse el plural por singular, de pasar de segunda a tercera persona, como aquello de los Cantares: *Osculetur me osculo oris sui: quia meliora sunt ubera tua uino?* Aquel poner los adjetivos en genitivo, en vez de acusativo, como *calicem salutaris occipiam?* ¿Aquel poner el femenino por masculino, y al contrario, llamar adulterio a cualquier pecado?

Todo esto pide más lección de lo que piensan algunos, que de meros gramáticos; o cuando mucho, con cuatro términos de Súmulas quieren interpretar las Escrituras y se aferran del *Mulieres in Ecclesia taceant,* sin saber cómo se ha de entender. Y de otro lugar, *Mulier in silentio disccat.* Siendo este lugar más en favor que en contra de las mujeres, pues mandan que aprendan; y mientras aprenden, claro está que es necesario que callen. Y también está escrito: *Audi, Israel, et tace,* donde se habla con toda la colección de los hombres y mujeres a todos se manda callar; porque quien oye y aprende, es mucha razón que atienda y calle. Y si no, yo quisiera que estos intérpretes y expositores de San Pablo me explicaran cómo entienden aquel lugar, *Mulieres in Ecclesia taceant.* Porque, o lo han de entender de lo material de los púlpitos y cátedras, o de lo formal de la universidad de los fieles, que es la Iglesia: si lo entienden de lo primero, que es (en mi sentir) su verdadero sentido, pues vemos que, con efecto, no se permite en la Iglesia que las mujeres lean públicamente ni prediquen ¿por qué reprenden a las que privadamente estudian? Y si no lo entienden de lo segundo, y quieren que la prohibición del Apóstol sea trascendentalmente, que ni en lo secreto se permita escribir ni estudiar a las mujeres ¿cómo vemos que la Iglesia ha permitido que escriban una Gertrudis, una Teresa, una Brígida, la monja de Ágreda y otras muchas? Y si me dicen que *éstas eran Santas,* es verdad; pero no obsta a mi argumento: lo primero, porque la proposición de San Pablo es absoluta y comprende a todas las mujeres, sin excepción de Santas, pues también en su tiempo lo eran Marta y María, Marcela, María madre de Jacob, y Salomé, y otras muchas que habían en el fervor de la primitiva iglesia, y no las exceptúa; y ahora vemos que la Iglesia permite escribir a las mujeres santas y no santas, pues la de Ágreda y María de la Antigua no están canonizadas y corren sus escritos; y ni cuando Santa Teresa y las demás escribieron lo estaban. Luego la prohibición de San Pablo sólo miró a la publicidad de los púlpitos, pues si el Apóstol prohibiera el escribir, no lo permitiera la Iglesia. Pues ahora, yo no me atrevo a enseñar, que fuera en mí muy desmedida presunción; y el escribir, mayor talento que el

mío requiere y muy grande consideración, así lo dice San Cipriano: *Graui consideratione indigent quae scribimus.* Lo que sólo he deseado es estudiar para ignorar menos: que (según San Agustín) unas cosas se aprenden para hacer y otras para sólo saber: *Discimus quaedam ut sciamus, quaedam ut faciamus.* Pues ¿en qué ha estado el delito, si aun lo que es lícito a las mujeres, que es enseñar escribiendo, no hago yo, porque conozco que no tengo caudal para ello, siguiendo el consejo de Quintiliano: *Noscat quisque, et non tantum ex alienis praeceptis sed ex natura sua copiat consilium?* Si el crimen está en la *Carta athenagórica* ¿fué aquélla más que referir sencillamente mi sentir, con todas las venias que debo a nuestra Santa Madre Iglesia? Pues si ella, con su santísima autoridad, no me lo prohibe ¿por qué me lo han de prohibir otros? Llevar una opinión contraria de Vieira fué en mi atrevimiento ¿y no lo fué en su paternidad llevarla contra los tres Santos Padres de la Iglesia? ¿Mi entendimiento, tal cual, no es tan libre como el suyo, pues viene de un solar? ¿Es alguno de los principio de la Santa Fe revelados su opinión, para que la hayamos de creer a ojos cerrados? Demás, que yo ni falté al decoro que a tanto Varón se debe, como acá ha faltado su defensor, olvidado de la sentencia de Tito Lucio: *Artes committatur decor;* ni toqué a la Sagrada Compañía en el pelo de la ropa; ni escribí más que para el juicio de quien me lo insinuó; y según Plinio, *Non similis est conditio publicantis, et nomination dicentis.* Que si creyera había de publicar, no fuera con tanto desaliño como fué. Si es (como dice el Censor) herética ¿por qué no la delata? Con eso él quedará vengado y yo contenta, que aprecio (como debo) más el nombre de católica y de obediente hija de mi Santa Madre Iglesia que todos los aplausos de docta. Si está bárbara (que en eso dice bien), ríase, aunque sea con la risa que dicen del conejo; que yo no le digo que me aplauda, pues como yo fuí libre para disentir de Vieira, lo será cualesquiera para disentir de mi dictamen.

Pero, ¿dónde voy, señora mía? Que esto no es de aquí, ni es para vuestros oídos, sino que como voy tratando de mis impugnadores, me acordé de las cláusulas de uno que ha salido ahora, e insensiblemente se deslizó la pluma a quererle responder en particular, siendo mi intento hablar en general. Y así, volviendo a nuestro Arce, dice que conoció en esta ciudad dos monjas: la una en el convento de Regina, que tenía el breviario de tal manera en la memoria, que aplicaba, con grandísima prontitud y propiedad, sus versos, salmos y sentencias de Homilías de los Santos, en las conversaciones. La otra, en el convento de la Concepción, tan acostumbrada a leer las Epístolas de

mi Padre, San Jerónimo y locuciones del Santo, de tal manera, que dice Arce: *Hyeronymum ipsum hispane loquentem audire me existimarem.* Y de ésta dice que supo, después de su muerte, había traducido dichas Epístolas en romance; y se duele de que tales talentos no se hubieran empleado en mayores estudios, con principios científicos, sin decir los nombres de la una ni de la otra, aunque las trae para confirmación de su sentencia: que es que no sólo es lícito, pero utilísimo y necesario a las mujeres el estudio de las Sagradas Letras y mucho más a las monjas, que es lo mismo a que vuestra discreción me exhorta y a que concurren tantas razones.

Pues si vuelvo los ojos a la tan perseguida habilidad de hacer versos, que en mí es tan natural que aun me violento para que esta carta no lo sean, y pudiera decir aquello de *Quidquid conabar dicere uersus erat.* Viéndola condenar a tantos tanto y acriminar he buscado muy de propósito cuál sea el daño que puedan tener, y no lo he hallado; antes, sí, los veo aplaudidos en las bocas de las Sibilas; santificados en las plumas de los Profetas, especialmente del Rey David, de quien dice el gran Expositor y amado padre mío (dando razón de la mensura de sus metros): *In more hoc, et Pindarus, nunc iambo currit, nunc cantico personat, nunc saphicorum... et nunc semipede ingreditur.* Los más de los Libros Sagrados están en metro, como el Cántico de Moisés, y los de Job dice San Isidoro en sus *Etimologías* que están en verso heroico. En los Epitalamios los escribió Salomón, en los Trenos Jeremías. Y así, dice Casiodoro: *Omnis poetica locutio a Diuinis Scripturis sumpsit exordium.* Pues nuestra Iglesia Católica, no sólo no los desdeña, mas los usa en sus Himnos y recita los de San Ambrosio, Santo Tomás, San Isidro y otros. San Buenaventura les tuvo tal afecto que apenas hay plana suya sin versos. San Pablo bien se ve que los había estudiado, pues los cita y traduce el de Arato: *In ipso enim uiuimus, et mouemus, et sumus.* Y alega el otro de Parménides: *Cretenses semper mendaces, malae bestiae, pigri.* San Gregorio Nacianceno disputa en elegantes versos las cuestiones de matrimonio, y las de la virginidad. Y ¿qué me canso? La Reina de la Sabiduría, y Señora nuestra, con sus sagrados labios entonó el Cántico del Magnificat, y habiéndola traído por ejemplar, agravio fuera traer ejemplos profanos, aunque sean de varones gravísimos y doctísimos, pues esto sobra para prueba; y el ver que aunque como la elegancia hebrea no se pudo estrechar a la mensura latina, a cuya causa el traductor sagrado, más atento a lo importante del sentido,

omitió el verso, con todo, retienen los Salmos el nombre y divisiones de versos: pues ¿cuál es el daño que pueden tener ellos en sí? Porque el mal uso no es culpa del Arte, sino del mal profesor que los vicia, haciendo de ellos lazos del demonio; y esto en todas las facutades y ciencias sucede: pues si está el mal en que los use una mujer, ya se ve cuántas los han usado loablemente; pues, ¿en qué está el serlo yo? Confieso desde luego mi ruindad y vileza; pero no juzgo que se habrá visto una copla más indecente. Demás, que yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos; de tal manera, que no me acuerdo haber escrito por mi gusto, si no es un papelillo que llaman el *Sueño*. Esa carta, que vos, señora mía, honrasteis tanto, la escribí con más repugnancia que otra cosa; y así porque era de cosas sagradas, a quienes (como he dicho) tengo reverente temor, como porque parecía querer impugnar, cosa a la que tengo aversión natural; y creo que si pudiera haber prevenido el dichoso destino a que nacía, pues como a otros Moisés la arrojé expósita a las aguas del Nilo del silencio donde la halló y acarició una Princesa como vos: creo (vuelvo a decir) que si yo tal pensara, la ahogara antes entre las mismas manos en que nacía, de miedo de que pareciesen a la luz de nuestro saber los torpes borrones de mi ignorancia: de donde se conoce la grandeza de vuestra bondad, pues está aplaudiendo vuestra voluntad lo que precisamente ha de estar repugnando vuestro clarísimo entendimiento. Pues ya que su ventura la arrojó a vuestras puertas, tan expósita y huérfana que hasta el nombre le pusisteis vos, pésame que entre mis deformidades llevase también los defectos de la prisa; porque así por la poca salud que continuamente tengo, como por la obra de ocupaciones en que me pone la obediencia, y carecer de quien me ayude a escribir y estar necesitada a que todo sea de mi mano; y porque como iba contra mi genio y no quería más que cumplir con la palabra, a quien no podía desobedecer, no veía la hora de acabar; y así, deje de poner discursos enteros y muchas pruebas que se me ofrecían, y las dejé por no escribir más: que a saber que se había de imprimir, no las hubiera dejado, siquiera por dejar satisfechas algunas objeciones que se han excitado y pudiera remitir; pero no seré tan desatenta que ponga tan indecentes objetos a la pureza de vuestros ojos, pues basta que los ofenda con mis ignorancias, sin que les remita ajenos atrevimientos; si ellos por sí volaren por allá (que son tan livianos, que sí harán), me ordenaréis lo que debo hacer, que si no es interviniendo nuestros preceptos, lo que es por mi defensa, nunca tomaré la pluma, pues me parece que no necesita de que otro le

responda quien en lo mismo que se oculta conoce su error, pues (como dice mi padre San Jerónimo) *Bonus sermo secreta non quaerit*, y San Ambrosio: *Latere criminosae est conscientiae.*

Ni yo me tengo por impugnada, pues dice una regla del Derecho: *Accusatio non tenetur, si non curat de persona quae produxerit illam.* Lo que sí es de ponderar es el trabajo que le ha costado el andar haciendo traslados: ¡rara demencia! cansarse más en quitarse el crédito, que pudiera en granjearlo.

Yo (señora mía) no he querido responder, aunque otros lo han hecho (sin saberlo yo); basta que he visto algunos papeles: y entre ellos uno, que por docto os remito y porque el leerle os desquite parte del tiempo que os he malgastado en lo que yo escribo. Si vos (señora) gustáredes de que yo haga lo contrario de lo que tenía propuesto, a vuestro juicio y sentir, al menor movimiento de vuestro gusto cederá (como es razón) mi dictámen, que (como os he dicho) era de callar; porque aunque dice San Juan Crisóstomo: *Columniatores conuincere oportet, interrogatores docere*, veo que también dice San Gregorio: *Victoria non minor est hostes tolerare quam hostes uincere.* Y que la paciencia vence tolerando y triunfa sufriendo. Y si entre los gentiles romanos era costumbre en la más alta cumbre de la gloria de sus capitanes, cuando entraban triunfando de las naciones, vestidos de púrpura y coronados de laurel, tirando el carro, en vez de brutos, coronadas frentes de vencidos reyes, acompañados de los despojos de las riquezas de todo el mundo y adornada la milicia vencedora de las insignias de sus hazañas, oyendo los aplausos populares en tan honrosos títulos y renombres como llamarlos padres de la Patria, columnas del Imperio, muros de Roma, amparos de la República y otros nombres gloriosos; que en este supremo auge de la gloria y felicidad humana fuese un soldado en voz alta diciendo al vencedor (como consentimiento suyo y orden del Senado): Mira que eres mortal; mira que tienes tal y tal defecto; sin perdonar los más vergonzosos, como sucedió en el triunfo de César, que voceaban los más viles soldados a sus oídos: *Cauete Romani, adducimus uobis adulterum caluum.* Lo cual se hacía porque en medio de tanta honra no se desvaneciese el vencedor, y porque el lastre de estas afrentas hiciese contrapeso a las velas de tantos aplausos, para que no peligrase la nave del juicio entre los vientos de las aclamaciones. Si esto, digo, hacían unos gentiles con sola la luz de la ley natural, nosotros, católicos, con un precepto de amar a los enemigos, ¿qué mucho haremos en tolerarlos?

Yo de mí puedo asegurar que las calumnias algunas veces me han mortificado; pero nunca me han hecho daño, porque yo tengo por muy necio al que, teniendo ocasión de merecer, pasa el trabajo y pierde el mérito; que es como los que no quieren conformarse al morir y al fin mueren, sin servir su resistencia de excusar la muerte, sino de quitarles el mérito de la conformidad y de hacer mala muerte la muerte que podía ser bien. Y así (señora mía), estas cosas creo que aprovechan más que dañan; y tengo por mayor el riesgo de los aplausos en la flaqueza humana, que suele apropiarse lo que no es suyo; y es menester estar con mucho cuidado y tener escritas en el corazón aquellas palabras del Apóstol: *Quid autem habes quod non accepisti? Si autem accepisti, quid gloriaris quasi non acceperis?* Para que sirvan de escudo que resista las puntas de las alabanzas, que son lanzas: que en no atribuyéndose a Dios, cuyas son, nos quitan la vida y nos hacen ser ladrones de la honra de Dios y usurpadores de los talentos que nos entregó y de los dones que nos prestó y de que hemos de dar estrechísima cuenta. Y así (señora) yo temo más esto que aquello: porque aquello con sólo un acto sencillo de paciencia está convertido con provecho, y esto son menester muchos actos reflexivos de humildad y propio conocimiento para que no sean daño. Y así, de mí lo conozco y reconozco que es especial favor de Dios el conocerlo, para saberme portar en uno y en otro con aquella sentencia de San Agustín: *Amico laudanti credendum non est, sicut nec inimico detrahenti.* Aunque yo soy tal, que las más veces lo debo de echar a perder, o mezclarlo con tales defectos e imperfecciones, que vicio lo que de suyo fuera bueno; y así, en lo poco que se ha impreso mío, no sólo mi nombre, pero ni el consentimiento para la impresión ha sido dictamen propio, sino libertad ajena, que no cae debajo de mi dominio; como lo fué la impresión de la Carta Atenagórica; de suerte que solamente unos *Ejercicios de la Encarnación* y unos *Ofrecimientos de los Dolores* se imprimieron con gusto mío, por la pública devoción, pero sin mi nombre, de los cuales remito algunas copias, por que (si os parece) los repartáis entre nuestras hermanas las religiosas de esa santa Comunidad y demás de esa ciudad. De los Dolores va sólo uno, porque se han consumido ya y no pude hallar más; hícelos sólo por la devoción de mis hermanas, años ha, y después se divulgaron; cuyos asuntos son tan improporcionados a mi tibieza como a mi ignorancia; y sólo me ayudó en ellos ser cosas de nuestra gran Reina; que no sé qué tiene el que, en tratando de María Santísima, se encienda

el corazón más elevado. Yo quisiera (venerable señora mía) remitiros obras dignas de vuestra virtud y sabiduría, pero como dijo el Poeta:

Ut desint uires, tamen est laudanda uoluntas:
Hac ego contentus, auguror esse Deos.

Si algunas otras cosillas escribiere, siempre irán a buscar el sagrado de vuestras plantas y el seguro de vuestra corrección, pues no tengo otra alhaja con que pagaros: y en sentir de Séneca, el que empezó a hacer beneficios se obligó a continuarlos; y así os pagará a vos vuestra propia liberalidad, que sólo así puedo yo quedar dignamente desempeñada, sin que caiga en mí aquello del mismo Séneca: *Turpis est beneficiis uinci.* Que es bizarría del acreedor generoso dar al deudor pobre con qué pueda satisfacer la deuda. Así lo hizo Dios con el mundo, imposibilitado de pagar: dióle a su Hijo propio, para que se lo ofreciese por digna satisfacción. Si el estilo (venerable señora mía) de esta carta no hubiese sido como es debido, os pido perdón de la casera familiaridad, a menos autoridad, de que tratándoos como a una religiosa de velo, hermana mía, se me ha olvidado la distancia de vuestra ilustrísima persona, que a veros yo sin velo no sucediera así; pero vos, con vuestra cordura y benignidad, supliréis o enmendaréis los términos; y si os pareciese incongruo el *vos,* de que yo he usado, por parecerme que para la reverencia que os debo es muy poca reverencia la Reverencia, mudadlo en el que os pareciere decente a lo que os merecéis, que yo no me he atrevido a exceder de los límites de vuestro estilo, ni a romper el margen de vuestra modestia. Y mantenedme en vuestra gracia, para impetrarme la divina de que os conceda el Señor muchos aumentos y os guarde, como le suplico y he menester. De este convento de nuestro padre San Jerónimo de Méjico, a primero día del mes de marzo de mil seiscientos y noventa un años.

B.V.M. vuestra más favorecida

JUANA INÉS DE LA CRUZ

Nunca nacerá

AHORA, en el vestíbulo semioscurecido, se encontraban en medio de otra serie de rostros que cada tanto chocaban con los suyos y se desviaban rápidamente. El observó que había otra pareja, también un poco aislada. Había una extraña iluminación azul, dos "appliques" que apenas alumbraban, colocados en los paños que daban a dos puertas. El vestíbulo octogonal daba a dos puertas y al zaguán. Las sillas estaban adosadas a las paredes del vestíbulo. Una de las puertas permanecía abierta y en la sala había más gente; él pensó, seguramente mujeres. Pensó que todos tenían el color de la luz azul, y, cuando la mujer de debajo del "applique" lo miró, comprendió que él había estado mirando a cada uno y que la mujer lo miraba, como esperando algo. Instintivamente tomó la mano de su mujer, como si ambos necesitaran defensa delante de ese mundo. Comprendió que era un mundo, algo existente que llegaba a ese hall sin luz, azulado, como a una parte que existía dentro del sistema, algo tal vez último, pero recurrible. Y ellos estaban dentro de ese mundo.

Se habían casado hacía seis años y ya tenían cuatro hijos. Durante cada uno de los embarazos había sido igual:

—No quiero tener otro hijo —empezaba ella—. Tengo derecho a vivir. Prefiero morirme antes que tenerlo. No quiero. No quiero. ¿Cómo se puede tener un hijo que no se ha deseado? ¡No quiero, no quiero! —acababa gritando.

Él sabía que apenas comenzaba a gritar seguía la crisis de nervios.

—Sí, siempre digo que no quiero, pero sé que lo voy a tener. Soy una estúpida, eso es lo que soy y sé que lo voy a tener, lo voy a tener, lo voy a ten... —la voz se le ahogaba y comenzaba un llanto que conocía todos los rincones. Cada embarazo era un interminable bloque de días, llenos de horas y minutos, donde vivían cada uno de sus gestos, tratando de soportarse y de soportar a ambos. Comenzaba la salivación, primero acuosa, luego amarga como bilis; las arcadas, los mareos, y los vómitos sin nada, que acababan en la revulsión insatisfecha; los ojos hinchados, llenos de lágrimas, la falta de aliento, y las sienes que latían

como bombos, y la insufrible lasitud en la boca del estómago. Cada comida se interrumpía, o se iniciaba más tarde, esperándola. La oía en el baño, inclinada sobre el inodoro, las manos apretando el vientre y la presión amoratando la cara, de la que los ojos parecían saltarse rojos, llenos de agua. Conocía cada uno de los ruidos: el ulular aspirando; el carraspeo en el fondo de la garganta, de donde se trataba de sacar algo, y el esfuerzo supremo, del que sólo salían saliva y heces. Había un silencio. Y otra vez el ulular. El vómito, el silencio. El silencio más largo. La puerta se abría. Por un instante quedaba apoyada en el vano, la cabeza doblada contra el marco, donde todavía la sacudía alguna arcada.

Él no se acercaba; la miraba, pidiéndole sin palabras que le dejara acercarse, a ayudarla. Sabía que no ella, sino el ser instintivo que había en la mujer, lo odiaba, como entonces odiaba todo, y la veía acabándose, luchando con ese odio que llegaba a cada cosa, a los hijos, al perro, a la casa, esta pared húmeda, la tierra del jardín, los olores, cada uno de los olores que se materializaba como una criatura nauseabunda, revulsiva; los olores, más espesos que cualquier ser, el mundo de los olores, vuelto un universo de grasas amarillas y rosadas, inaguantable.

Y después se tendía en la cama, en la oscuridad, tapados los ojos con una compresa. Él se le aproximaba, y ella comenzaba a dominar su infinita repulsión por todo. De pronto lloraba, como lloraba de noche, sin responder nunca a sus palabras. Las noches eran así, el silencio cortado por el moqueo, que él oía y oía, hasta quedar rendido. Lo oía, y a veces cuando llegaba el silencio, él esperaba, y lo oía.

—Querida —decía, pero no le contestaba.

Y esta vez, ella había decidido que el hijo no naciera. Ella le había dicho:

—Esta vez estoy decidida: lo haré desaparecer. No hay necesidad de que vengas—. Él no se opuso: consideró que debía acompañarla. Las palabras eran inútiles, de los dos el que no tenía derecho a oponerse era él; le tocaba únicamente acompañarla, compartir el posible remordimiento.

Y ahora estaban ahí, donde trataba de no mirar a los demás, y de lograr el vacío necesario.

CADA tanto lo alcanzaba una ráfaga, algo que lograba eludir, sabiendo que se descuidaría y llegaría a otra. ¿Y qué más podía hacer? Trataba de leer para no pensar en lo que harían, pero apenas

entraba en la lectura y se olvidaba, las defensas se deshacían y la ráfaga llegaba hasta su puerta.

La puerta del consultorio se abrió y salió una mujer, mientras otra se deslizaba dentro. Alcanzó a ver una lámpara, con la misma luz azul, que alumbraba un escritorio. El resto le pareció estar en la oscuridad. La puerta se había abierto sin ruido y las dos mujeres se habían deslizado, como en un escamoteo escenográfico. Recordaba un ballet, en el que en determinado momento se representaban las ideas que pasaban por la cabeza del protagonista, mientras caminaba por la noche iluminada de la ciudad. "Algo como esto", pensó. A su lado se movían distintas parejas que cada tanto se le cruzaban en silencio.

En ese momento entró una pareja, eran casi dos chicos, pero el rostro del hombre tenía un uso superior al de sus años. "Siempre las caras tienen más años que sus dueños", pero pensó que él seguía teniendo algo siempre inmaturo en la cara, algo que correspondía textualmente a sus reacciones, en las que de pronto aparecía lo que pueden tener de común todas las criaturas que hay en un adolescente. ¿Qué sabía él de todo esto? Se habían casado sin ninguna experiencia y luego su vida matrimonial había sido un conjunto de circunstancias inesperadas, lleno de tropiezos y de desacuerdos entre sus cuerpos y sus almas.

Un poco impensadamente entraron en el consultorio. Ahora veía la misma luz sobre el escritorio donde estaba el médico, hablando:

—¿Quién los mandó?

—Nos envió el doctor tal —él dijo un nombre que conocía.

—¿Casados?

—Sí

—Su nombre y el de su señora.

Dijo dos nombres inventados. Antes de venir habían preparado el detalle: dirían dos nombres formados con sus segundos nombres de pila y los apellidos maternos.

—¿Cuándo tuvo los primeros síntomas?

Su mujer le contestó. Siguió un silencio, luego una dirección y una hora para el día siguiente. El médico hablaba sobre la posibilidad de continuar un tratamiento postoperatorio. Observó que hablaba sordamente, como si en él hubiera un secreto desprecio por los que recurrían a sus servicios. A lo largo de la pared, la penunbra tomaba apenas la forma de una serie de libros y entre dos estantes de la biblioteca corría una hilera de fotografías de gente de teatro. Confusamente, reconoció la de un tenor italiano.

—Trescientos pesos —dijo el médico, y él sintió un extraño alivio al escuchar la suma. Oscuramente, esto lo comprendía ahora, había venido diciéndose que aquello no tenía precio, o que tenía uno que estaba fuera de todas sus posibilidades. "Es demasiado barato", pensó, "demasiado barato", mientras alcanzaba a oír la voz de ella hablando con el médico:

—¡Oh, doctor! ¿tanto?

Ella decía: "Oh, doctor, ¿tanto?", y él se quedó mirándola, sintiendo hasta dónde eran uno, ahora, compartiendo algo bajo y mutuamente consentido. Ella discutía el precio, pero su voz se apresuraba, sobresaltada, tiraba y rebotaba entre las palabras que decía, saliendo como si el aire acelerado le golpeara en la lengua. "Es la tensión", pensó, "es incapaz de discutir esto. Nervios" se dijo, "son nervios".

—Está bien, doctor —dijo él.

El médico recibió el dinero sin decir nada. El volvió a sentir la tensión sorda del gesto.

ERA un departamento entre varios de ese piso. Había dos hombres; el más joven fumaba, pero ninguno de los dos parecía inquieto: podían haber estado en un café, esperando a alguien o dejando pasar el tiempo. No los miraron al entrar; era ineludible verlos, a causa de la luz y el pequeño tamaño del vestíbulo, pero ellos no los miraron. Fué el único signo: evidentemente nos les interesaba mirarlos, y ellos no saludaron al entrar.

Ahora intentaba leer, pero no podía; se le atropellaban frases que le impedían leer. El que fumaba alzó la vista, desvaídamente, mirándolos sin curiosidad; él se encontró tomando la mano de su mujer, igual que en el consultorio. Ella le devolvió el apretón como un signo de entendimiento, igual que si hubiera recibido la defensa que él quería crear con ese apretón.

No podía leer, ni pensar, ordenadamente. Sentía muchas cosas, muy confusas o muy cambiantes, por oleadas cortas; ideas o larvas de ideas que iban y volvían; algunas se iban y otras volvían transformadas, pero en todo había algo que persistía. algo que era sereno y amargo, donde intervenían la pena y la solidaridad. Y aquello, arrafagado, que llegaba hasta él y él lo rechazaba. Aquello que, expulsado, se hacía sentir con la forma de su ausencia. Su mujer le sonrió, tragó un poco de saliva y le sonrió. Y él vió como tragaba antes de sonreírle: tragó un

poco, como cuando la garganta está seca, como cuando duele la garganta. Y sonrió.

La enfermera no era la de la noche anterior. Su mujer y ella entraron en otra habitación, pero antes de entrar su mujer se volvió y lo miró, parecía tranquila, casi sonriente. Él le sonrió y ambos se miraron un poco.

Ahora leía, pero las frases seguían apelotonándose, y, de golpe, reparó en que esa palabra la venía leyendo desde hace rato. Cerró el libro. Se dió cuenta de que había habido un movimiento en el vestíbulo y de que él había cerrado el libro. Uno de los hombres había abierto la puerta de salida.

Empezó a observar la habitación. No era la antesala de un consultorio; estaba arreglada como una habitación cualquiera de un departamento. El codo le chocó con una pequeña biblioteca llena de libros encuadernados, grandes, visiblemente comprados en bloque. Naturalmente, no había ninguna razón para que pareciera la antesala de un consultorio. No debía parecerlo. Con toda seguridad no habría camilla, ni se dejaría instrumental en la casa. Ni la enfermera era la misma. Ni tampoco sería esa la única casa en la que citaría el médico; debían de ser varias... Bruscamente sintió asco; asco y miedo, ganas de huir y de refugiarse fuera de la luz, él ya sabía dónde, pero no tenía derecho. Ninguno. Su único derecho era el de soportar el asco, sentir la masa del asco acercándose a él, y esperar. Si hacían aquello, él debía participar en cada uno de sus instantes, estar minuto por minuto, en cada interminable transcurso de cada minuto, allí, todo lo cerca que podía estar, atisbándolo todo, condenado a atisbar, y a no moverse. Esa era para él la condición de lo que hacían: ver cómo se desarrollaba en él esa monstruosa lucidez por los detalles; ver, ver, ver y no moverse. Atisbarlo todo, traducir cada pequeño ruido, oírlo todo, ver esa serie de imágenes casuales en medio de la luz que ocupaba todo el hueco del espacio; las cosas infinitamente detalladas que se pegaban a los ojos y se caían, volteadas por otras, y otras, que volteaban a éstas, como si todas hubieran perdido su sentido, y él, en medio de todas, no pudiera retener ninguna. Ahí estaban esos libros, y sobre el estante el animalito indefinible de cerámica, y arriba la ventana de vidrios esmerilados, cerrada, y por el borde del ojo alcanzaba a entrar un pedazo de la pared, casi gris, pero brillante detrás de la luz, y la luz se apretaba contra las otras paredes y la puerta más oscura, pero brillante. contra los muebles baratos, barnizados, y contra el traje azul del hombre que fumaba, subiendo hasta el humo, que se deshacía en la luz.

La luz lo ocupaba todo, como un bloque que replicara a las cosas. Y él estaba apretado contra ella, matando a alguien sin defensa. Alguien del cual, acaso, estaría recibiendo algo en ese instante; alguien que le suplicaba sin palabras porque aun no tenía palabras, mostrándole esa sensación de falta de valores en las cosas, de principio y de fin, de antes y después; la sensación de falta de valores en las cosas, de principio y de fin, de antes de y después; la sensación del bloque de la luz con cosas contra él, cosas fijas que podían estar flotando para siempre en el vacío de la luz, él pensó, en el Limbo. Y él veía esa luz sin modificaciones, igual a sí, apretándose contra las cosas casuales, que se canjeaban sin tregua. El oía interminablemente el silencio donde el alma que condenaba al vacío de la luz, le suplicaba. No era la degollación, porque el asesinato libera el alma y puede darle la corona de la paz; era el enceguecimiento para siempre del alma que flotaría en la luz de Dios sin saberlo. Nunca, nunca vería su luz. El le quitaba los ojos para siempre. En aquel instante, dentro de la habitación, con su mano en la mano del médico, con su cara llena de asco y de miedo dentro de la fijeza despreciativa del médico, pero sin volverse, sin querer oír el alma que le hablaba, él le quitaba los ojos para toda la eternidad.

Todo esto era ridículo; él no sabía como era el Limbo, ni siquiera sabía bien qué era, ni tampoco qué realidad tenía *eso*, a lo que él atribuía ya un alma. Por ahora no sería más que una plasta de células que no habrían adquirido ninguna forma. Pero comprendió que no podía engañarse y hacer un monólogo de su pensamiento, y mientras una de sus voces decía esto, detrás de la voz que lo decía sintió que esa plasta tendría siquiera una forma larval, una forma anterior, de indefinición fantasmal, flotante, que podría ir a dar en cualquier forma futura; sería un halo, con la premonición de las formas que se anuncian en atisbos antes de aflorar, y desaparecen, y vuelven muchas veces antes de perpetuarse. Era como si *eso* estuviera en el fondo de un agua y apareciera a través de ella, yendo y viniendo en el vaivén, sin concentrarse nunca, igual que una medusa. Y el agua tal vez era el tiempo. Y *eso* llegaría, tendría una forma, sería un hijo. Y si todavía no tenía una alma, ¿cuándo recibiría una? ¿Al nacer, con el primer grito? ¿Sería un entonces, de quién sería ese grito, de qué sería ese grito? ¿Sería un ruido mecánico, un pitido de aire, al entrar ocupando un vacío, el grito de un pedazo de carne? ¿O, entonces, antes? ¿Y cuándo? ¿Cuándo? Repentinamente, se encontró de pie. El hombre lo miraba. Y él se encontró con que veía que lo miraba. Se puso a pasear. Ambos admitieron la

convención, pero no era posible sostenerla mucho tiempo y optó por volver a sentarse.

No tenía noción del tiempo transcurrido; tal vez ya habría pasado todo, y ella estaría descansando. Descansando... la otra voz le dijo que era una palabra. Probablemente, todavía no habría comenzado a darse cuenta de lo que hacían, o de lo que habían hecho. "No debo pensar", se dijo, " debo pensar; tengo que seguir y..." Volvió la ráfaga, pero estaba prevenido y pudo rechazarla. "No puedo ser tan cobarde. No puedo hacer algo y pensar en el perdón mientras lo hago. Yo decido mis actos; me pertenecen a mí y puedo hacer con lo mío lo que quiera: esto no es un crimen", mintió, rebelándose.

Y en ese mismo instante todo se detuvo. Estaba vacío, sin nada en qué pensar, sin noción de lo que seguiría ni de cómo había llegado, vacío en una grieta del tiempo en la que no había nada. Si había cosas, si existían cosas, no significaban nada. Si algo existía en él, estaba a tal distancia, tan separado de lo que él veía. inmutable y sin sentido, que se pulverizaba en su propia impotencia. No había nada; nada sino el horror de la nada: en medio de una esfera de horror, él era el centro.

Le estaban diciendo que pasara:

—Ya puede pasar.

La voz entró en él a través de la nada.

—Ya puede pasar.

La figura de la enfermera se concretó en medio de la puerta. Detrás había unas camas, que terminó de ver cuando la figura se hizo a un lado. En la segunda estaba su mujer. Todavía parecía dormida. El se acercó y ella movió la cabeza lentamente, mirándolo.

—No lo ve; todavía está dormida —dijo la enfermera.

La mano de su mujer estaba tibia, con la tibieza de cualquier sueño. La cama siguiente ya había sido desocupada, la vió con verdadero alivio: también ellos se irían en seguida. En las otras dos había dos mujeres; una estaba conversando con el hombre que había estado en el vestíbulo. Parecían contentos; contentos, no aliviados. Y él se había sentido bruscamente aliviado al entrar en la habitación. Evadió un recuerdo de lo que había sentido antes. "Ya pasó todo", pensó.

Comenzaba a despertar. Movió la cabeza hacia uno y otro lado, una y otra vez, agitadamente, y la mano se crispó como si el sueño se cambiara. Volvió a abrir los ojos. La luz pareció herirla. Luego volvió a abrirlos, pero sólo un poco, adecuando la abertura de los párpados. La mirada vagó por el techo, después por la pared de los pies de la cama, después recorrió la cama que estaba detrás de él; finalmente, se

detuvo en él. El le sonreía. Hasta que algo parecido y lejano, como si proviniera de un espejo empañado, afloró en el rostro de ella, y en él se expandió la amargura de la solidaridad.

Ahora bajaban. Apenas podía tenerse, apoyada en él, sin tono en sus músculos.

—No lo voy a hacer más —dijo sin inflexiones—. Nunca más.

—Querida, estás nerviosa —le contestó él, y siguió un silencio.

Ella coordinaba dificultosamente en medio de las neblinas y de las náuseas de la anestesia.

—Nunca más. Nunca. Es horrible.

Comprendió que se refería a cosas distintas de las que él había pensado o pensaría alguna vez. Acaso, al comercio de sus hijos muertos en conjunto en una misma habitación furtiva. O sería el recuerdo de la pensionista, con su embarazo de cinco meses, que preparaba pacientemente la muerte de sus entrañas. O tal vez a un remordimiento que no tenía nombre, que no tendría nombre nunca, pero que muchas veces volvería a aflorar en su continua transformación. No sería lo mismo en ambos. De los dos, él era el que conocía en cada uno de sus actos la presencia de esa madre, misteriosa y fuerte, que los teñía de eternidad. Desde la niñez, ella había permanecido ajena a la Iglesia. Había confesado y comulgado antes de casarse, pero no había vuelto a frecuentar los sacramentos. No tenía fe, decía. Y él conocía el baño de la confesión, ante la cual su carne temblaba de miedo cada vez, y la gloria inexpugnable de la Eucaristía. Y estaban en él. cualesquiera fueran sus actos. Con todas sus tibiezas, sus blanduras cobardes y sus negligencias, había sentido el instante inabordable, inmarcesible, circuído por su propia claridad, en que la hostia había sido su alimento. Y sabía que el precio de esa gloria era el conocimiento de la profundidad del pecado; el conocimiento de todo lo que encerraba esa palabra, *pecado*, que sólo dejaba de hacer sonreír en cuanto nacía su conocimiento. El conocía el remordimiento alumbrado por la luna de la nostalgia, hasta que no había luna sino un hueco infinito que clamaba y clamaba; lo conocía huyendo siempre, arrastrándose en la claudicación, pero huyendo; y conocía la súplica, cuando todo cedía y se desmoronaba. No había sino honduras y tinieblas y el sentimiento de estar inmensamente alejado, perdido hacia lo hondo, cuando la súplica tomaba su propia forma, sola, en medio de la última caída. Entonces había que acercarse a otro, a cumplir la humillación de la carne, a encarnar lo hecho y verlo, delante de nosotros y de otro. Otro, que no nos miraba en su inmensa misericordia, sino

que atendía a la humillación de esa carne, una carne, no sabía de quién en la oscuridad del confesionario, y sólo le interesaba la hondura del lamento para poder hacer que nos dieran luego un premio, una moneda de harina, no más que eso como premio, una alada moneda de harina, tan delgada que no podía tener valor para comprar nada sino la gracia, y tan pequeña que no podía significar ningún alimento, fuera del de su cuerpo para alimentarlos.

—Pronto va a pasar. Deberás calmarte —le dijo.

—No, nunca más —hipó—. No lo haré nunca.

—El aire te hará bien. En seguida te sentirás otra.

—Es inútil, estoy bien. No me olvidaré nunca.

Y él sintió que tampoco nunca olvidaría. En cualquier momento renacería el horror. Volvería a sentir el vacío donde él estaría vacío, como su alma en el Limbo. Sin antes ni después. Sin nada. O el horror tomaría otra forma, cualquier forma. Sería un olor que sólo él olería, sin saber si habrían de olerlo los demás. Algo que lo acompañaría como las sombras que nos siguen y de pronto nos esperan. Tomaría cada uno de sus actos, saltando de cada uno de ellos hacia otros, apenas lo mirara; hacia todos, volviendo muchas veces hacia el acto que lo originó. El le había arrancado los ojos que errarían eternamente, en un espacio eterno, sin encontrar nunca su alma. Pero el horror estaría en ese acto o en cualquier acto. Quizás, en medio de una noche, cuando quisieran tener otro hijo, llegaría el horror. O al mirar los rostros de sus otros hijos. Estaría en cualquier acto. El había hecho esto una vez, pero esto había teñido toda su vida. Había teñido todo el universo hasta su origen. El vió que acababa de matar a Abel. Vió que estaba escupiendo a alguien atado a una columna, a quien acababa de vendar los ojos para que todos le escupieran, antes de matarlo. Lo había teñido todo. El horror estaría en todo, saltando continuamente por ese acto en todos los demás actos, cruzándose, volviendo y saltando, una y otra vez. El horror no está en un acto, en ningún acto; el mayor horror, reside en la falta de límites del horror.

Estaban frente a la puerta y la luz les hirió en los ojos. Sintió pasar algo imperceptible, como un aire, como una ráfaga a la que no tenía derecho, y deseo, oscura e intensamente, que se convirtiera en una palabra, que alguien dijera una sola palabra de la cual no era digno; pero la ráfaga había pasado, y no supo si llegaría otra.

BASILIO URIBE

El Rostro de España[1]

EN GRANADA, BUSCANDO LA TUMBA DE GARCIA LORCA

Nuestro próximo destino era Granada. En vez de tomar el autobús o el tren usuales, decidimos seguir el camino más directo, aunque más lento, que pasa por Alhama. Esto significaba iniciar el viaje en el trencito que nos había llevado antes a Torre del Mar. Así, después de un almuerzo temprano, nos vimos traqueteando de nuevo junto al mar, un mar que brillaba como una red llena de pescado. Negras embarcaciones pesqueras, blancas velas latinas y, cuando se estaba en la plataforma de la zaguera del coche, el peculiar olor salino de este mar, un olor tan distinto del que despiden las mareas y nieblas del Atlántico.

Después de Vélez, el tren comenzó a trepar sobre un rail de cremallera. Durante toda la tarde, avanzó serpenteando entre colinas rojizas cubiertas de viñedos, luego bajó a velocidad impresionante y luego subió de nuevo hacia el paso de la Bocada. Llegaba la noche. Cuando alcanzamos el alto, que era también el punto terminal, había oscurecido por completo y nos apretujamos en el pequeño autobús que nos iba a permitir salvar los treinta kilómetros que nos separaban de Alhama.

Cuando llegamos, eran las diez y hacía mucho frío. Encontramos el camino de la posada, un pulcro edificio encalado que nos recibió con un fuego de leña de roble que ardía en una gran chimenea de campana, con una hilera de cacharros de cobre sobre un estante. Algunos arrieros dormían sobre el piso, envueltos en sus mantas. Se sirvió la comida y un teniente de la Guardia Civil se sentó a la mesa con nosotros. Era un navarro, pulcro y elegante, con una voz aguda de maestro de escuela y unas manos largas y blancas muy bien cuidadas.

—Los tiempos son malos —dijo—. Vivimos entre gente que ha podido asesinar a nuestro padre o a nuestro hermano y a la que, sin embargo, hay que tratarla como amiga.

—Y esa gente pensará lo mismo de ustedes —dije.

Salimos a tomar un trago. El aire era muy frío y el cielo estaba muy estrellado. Llegaba de algún sitio rumor de agua.

1 Capítulo de un libro que publicará próximamente la Editorial Losada.

En el café, había la clientela habitual de aburridos patanes; nos dedicaron su inexpresiva atención ibera mientras tomábamos nuestro coñac. Luego, volvimos a la posada para acostarnos.

Nos levantamos con el alba. Comenzaba a mostrarse sobre los montes una pálida luz rosada y, cuando salimos para tomar café, vimos la larga cumbre de la Sierra de Tejada, casi materialmente encima de la ciudad y cubierta con una espesa capa de nieve. La plaza daba a una profunda garganta, por cuyo fondo discurrían las rumorosas aguas del río.

El castillo de Alhama fué antaño la llave de Granada. Su conquista a los moros en 1482 fué una hazaña famosa celebrada en un romance que Byron ha traducido. Todavía subsiste; es un edificio cuadrado, con altas y rojas torres almenadas. Actualmente, es utilizado como granero.

Mientras tomábamos el café, el mercado iniciaba sus actividades. Había grupos de campesinos con ropas oscuras y gorras o boinas y mujeres con pañuelos negros en la cabeza. Aunque estábamos todavía a pocos kilómetros de la costa, habíamos entrado en un mundo nuevo, austero, duro y puritano. Hasta el lenguaje era diferente. La joven recibía el nombre de mozuela y no de chica y el acento encontraba un fuerte eco en mi interior, pues era el acento con el que primeramente había aprendido el español.

A las ocho, apareció el autobús y emprendimos la marcha. Alturas desnudas y del color del hueso, con tonalidades rosadas —delgado trigo joven en algunos lugares—, sin hojas ni flores. En los valles, unos cuantos álamos; cada aldea humeaba como un fuego de artificio, pues era la hora en que las mujeres encendían los hogares con retama o argoma. Descendíamos constantemente. Pronto llegamos a huertas de árboles frutales, con sus melocotoneros y albaricoqueros en flor. Pasamos junto a una aldea de cuevas, junto a una serie de colinas parecidas a recuas de bestias de carga y junto a otra aldea destruida por un terremoto. De pronto, una magnífica vista. Suspendida en el aire, como si fuera una nube, allí estaba Sierra Nevada; más abajo de sus suaves laderas nevadas, se extendía el llano verde y moreno de la Vega. Entre la Sierra y la Vega, divisábamos a Granada.

Habían pasado quince años desde la última vez que estuve en esta ciudad y más tiempo todavía desde que viví en ella. Suponía que iba a encontrar muchos cambios. Pero exteriormente había muy pocos. Un nuevo edificio modernista aquí, un comercio desaparecido allí y, desde luego, según parecía ya la norma general, menos cafés y más bancos. Pero el cambio en el ambiente era impresionante. Granada había sido siempre una ciudad sobria, austera y convencional como una capital de

provincia castellana, aunque con el alivio de cierto refinamiento andaluz, pero, ahora, me parecía más austera: era una ciudad triste. Las caras de los transeúntes eran unas caras largas y lúgubres, los comercios estaban vacíos y los barrios populares habían perdido su animación. La Plaza de Bibarrambla, antes tan alegre y llena de vida con sus puestos de golosinas, castañas asadas y churros, estaba muerta, como exangüe.

Sin embargo, no se veían los signos de pobreza que tan penosa impresión nos habían causado en Córdoba y Málaga. Al parecer, la gente comía, aunque no comiera mucho; la regada Vega proporcionaba un trabajo regular. Pero la resultante no era el contentamiento. Había allí una ira y una tensión reprimidas que no había observado en ningún otro sitio: los obreros iban con la cabeza alta y hablaban con aspereza no disimulada y hasta los mendigos se mostraban desdeñosos, pedían como quien reclama un derecho y se embolsaban las limosnas sin dar las gracias. Se me dijo que las *fiestas*, antaño deleite de la ciudad, habían sido un fracaso y que el Corpus, con su famosa procesión, había sido observado sin entusiasmo alguno. Y había policía por todas partes.

Los pasteleros tenían prohibido fabricar pasteles y, como es natural, estaban de muy mal humor.

—No comprendemos por qué escasean tanto las cosas —nos dijo uno de ellos—. El año último, hubo una magnífica cosecha de aceite y, sin embargo, este año el aceite escasea. Hace dos años, hubo una cosecha de trigo fenomenal y, sin embargo, la ración de pan siguió siendo la de siempre. Lo que pasa es que esta gente se apodera de nuestros alimentos y los vende al extranjero. Este es un país de pillos, de muchos pillos. Sí, señor.

Para cambiar de tema, alabé las nuevas y grandes casas de departamentos con rentas fiscalizadas que se habían edificado en los lindes de la ciudad.

—Pero son rentas de mil pesetas mensuales. ¿Quién puede pagarlas? Esos pisos son para la policía y los del mercado negro.

Y dos personas de la clase media que habían entrado a comprar chocolate asintieron con movimientos de cabeza.

Gran Vía abajo, llegamos ante un edificio de gran tamaño. Era una sucursal del Banco de España. Estos nuevos bancos, levantados con los beneficios de la inflación, son al presente régimen lo que las grandes catedrales eran a la Edad Media. Simbolizan la pasión de dominio. Junto a éste, se halla la fea iglesia del Sagrado Corazón. Cuando pasamos ante ella, salían por sus puertas varios cientos de bulliciosos jóvenes: habían estado realizando, con ocasión de la Pascua, los Ejercicios de San

Ignacio. Hay en España una curiosa relación entre los dulces y la piedad y todas las pastelerías muestran avisos invitando a jóvenes y viejos, a amos y criados, a hacer esos ejercicios. En el pórtico de la iglesia, junto a la usual lista de películas que pueden verse sin riesgo para la moral, advertí un anuncio sobre las funciones que iban a celebrarse en honor de Nuestro Señor de la Misericordia y que habían sido organizadas por una cofradía llamada la Cofradía del Silencio. Me dije que el nombre de esta cofradía estaba bien elegido, porque, en 1936, cuando la *Acción Católica* estaba dedicada a cazar y matar liberales y masones, el nombre de la misericordia no se oía para nada. Se me ha dicho –y no únicamente por izquierdistas–, que, durante los primeros meses de la guerra civil, fueron muertas en esta ciudad a sangre fría de veinte mil a treinta mil personas. No sé qué fe puede prestarse a estas cifras, pero parece ser una opinión general que el número de ejecuciones que hubo en Granada fué mayor en proporción a la población que en cualquier otro sitio. Es significativo que la patrona de la ciudad, Nuestra Señora de las Angustias, esté representada por la figura de una mujer llorosa que sostiene la cabeza del Cristo muerto que yace en su regazo. En esta ciudad de sangre y exterminio, Nuestra Señora de las Angustias podría ser cualquier mujer de la clase trabajadora.

A la mañana siguiente de nuestra llegada, dimos un paseo por el viejo barrio moro de Albaicín. Callejas empinadas y adoquinadas, casas blancas que se elevan las unas sobre las otras. Mujeres y niños que circulan arriba y abajo, pero pocos hombres. Un ambiente de tensión. Ya a media cuesta, oímos, procedentes de nuestra derecha, ladridos y el áspero rasguear de una guitarra. Es el barrio gitano, con sus cuevas encaladas y sus cactos de un verde grisáceo. Llegamos después a una plazuela con una puerta almenada y árboles y, a los pocos minutos, estuvimos en la ladera abierta, sobre las casas.

¡Qué emocionantes, en un modo que no acierto a describir, son estos terrenos bajos de las ciudades viejas, donde las últimas casas se mezclan y funden con el campo! Aquí había un muro de reseco barro, una pita y una higuera sin hojas que, torpe e infantil, tanteaba el aire con sus embotados dedos. Una anciana llevaba un cántaro, un hombre hacía sus necesidades en un rincón y, allá abajo, se extendía el verde llano hasta su linde de montañas. Y de esta vega, el canto de los gallos –débil, agudo, cargado de distancia y recuerdos– subía al cielo gris que se extendía sobre todo.

Sí éste era el Albaicín de siempre, pero ¿por qué parecía tan cambiado, tan diferente? Mientras escuchaba el canto de los gallos, me llegó

la respuesta. Esta era una ciudad que había dado muerte a su poeta. Y en seguida tuve la idea de visitar, si podía encontrarla, la tumba de García Lorca y de dejar sobre ella una corona de flores.

A la mañana siguiente, emprendimos la ascensión al alto del Alhambra. El sol tenía fuerza y un viento seco levantaba nubes de polvo. Al pasar ante la pensión inglesa, el intenso azul del cielo, visto en contraste con los morenos remates de madera del olmo, me produjo un estremecimiento de excitación. Este azul de los cielos de Granada es a los otros azulès lo que el color de la sangre que brota es a los otros rojos y si se llama a España, como cabría hacerlo, el país del derramamiento de sangre, su puro cielo azul, de un azul como el de los vestidos de la Virgen en los cuadros de Fra Angélico, parece compadecerse de todo este dolor.

Tomamos el camino que pasa por la avenida de cipreses del Generalife. Por este camino, mañana tras mañana, subían los camiones cargados de prisioneros. Los visitantes extranjeros del Washington Irving Hotel oían los cambios de velocidad y se tapaban la cabeza con las mantas cuando sonaban las fatídicas descargas. Después, los ruiseñores, ruidosos como ranas, reanudaban sus cantos.

En la cumbre, frente a nosotros, se alzaban los blancos muros del cementerio, donde, desde hace generaciones, han sido enterrados "los hijos de Granada". Cuando llegamos a él, vimos que le había sido agregado un vasto recinto. Entramos y comenzamos a pasear entre las sepulturas. Pronto, en la zona más nueva y más pobre, donde el sol apretaba y el viento levantaba la suelta tierra en remolinos, dimos con un hombre que conducía un borriquillo.

—Estamos buscando una sepultura —comencé. Y expliqué las circunstancias.

—Bien —dijo—, tendrá que informarse en las oficinas. Los nombres de los que fueron fusilados en el cementerio están registrados allí.

—¿De veras? —exclamé. Me sorprendió que se hubieran tomado ese trabajo.

¡Oh, sí! —continuó el hombre—. Los que fueron fusilados aquí lo fueron por orden de las autoridades militares y, por ello, se observaron todas las formalidades. Sobre cada tumba, se puso el nombre del enterrado en ella y, cuando se enterraban a tres o cuatro personas juntas, se ponían tres o cuatro nombres.

—¿Estaba usted aquí entonces?

—No. Yo luché en el campo de los rojos. Cuando terminó la guerra y cumplí mi tiempo en los campos de trabajo, conseguí este puesto.

Dejó su borriquillo, que estaba acarreando tierra, y nos acompañó

a las oficinas. Se nos acercó un viejecito, muy frágil y raído. Montados sobre su delgada nariz, llevaba unos anteojos de armazón de acero; se cubría con una gorra de visera de empleado municipal demasiado grande para su cabeza. Escuchó mis explicaciones entre reservado y obsequioso, pero toda su expresión revelaba el miedo y la tristeza. Se diría que, en cualquier momento, estos sentimientos iban a descender como un alud y sepultarle.

¿Cómo? ¿A quién buscaba? ¿Federico García Lorca? ¡Ah, sí! Recordaba el nombre, porque no éramos las primeras personas que preguntaban por él. El año último, por ejemplo, vinieron en automóvil unos extranjeros —creía que eran argentinos—, con una gran corona de flores. Pero no pudo complacerles. Los restos del señor García Lorca habían sido exhumados después de los cinco años reglamentarios, pues nadie pagó los derechos para procurarles una sepultura permanente. Estaban ahora en la fosa de los huesos.

—¿Podríamos verla?

—Desde luego. No hay inconveniente.

Y entregó una llave de gran tamaño al hombre que nos acompañaba. Luego, con los mismo modales melancólicos y deferentes con que se había dirigido a nosotros, se volvió para saludar a los acompañantes de un coche fúnebre recién llegado.

Haciendo sonar la llave y hablando con desenvoltura de los secretos de su oficio —del tiempo, por ejemplo, que tardan los cadáveres en pudrirse en la tierra local—, el sepulturero nos condujo por la ladera polvorienta, bañada de sol y tachonada de tumbas humildes. Luego, se detuvo ante un pequeño recinto rodeado de altos muros.

—Ya estamos —dijo, abriendo la puerta—. Este es el osario.

Llegó hasta nosotros al entrar un curioso olor dulzón; nos invadió una desagradable sensación de aislamiento y silencio. Recordé el silencio que se produce en un banquete cuando alguien comete una grave torpeza. Nos recobramos con un esfuerzo y vimos que estábamos en una especie de patio abierto cuyo suelo estaba lleno de desgarrados y ennegrecidos fragmentos de tela. Era como si se hubiera celebrado una feria de ropa vieja hacía doce años o como si estuviéramos en el terreno elegido para acampar por una larga serie de caravanas de gitanos. Pero, muy pronto, nuestros ojos abandonaron estos sórdidos restos y se fijaron en una fosa que había en el centro del recinto. Era una fosa cuadrada, de unos diez metros de lado, al parecer muy honda. Estaba llena. hasta unos dos metros de la superficie, de cráneos y huesos. Entre éstos, yacían unos cuantos cadáveres apergaminados y encogidos, en posturas

grotescas, como si hubieran llegado por los aires, y envueltos en consumidas mortajas.

—Aquí está lo que fué antes la flor de Granada —dijo el hombre—. Miren bien y verán los agujeros de las balas.

Y, en efecto, casi todos los cráneos estaban agujereados.

Pero ¿qué era esto? Tendido sobre un montón de huesos, en una actitud de atención rígida, estaba un cadáver completo y bien conservado, con un galoneado uniforme verde y negro. Su cara, también verdosa y con manchas oscuras, como si la carne quisiera tomar los colores del uniforme, tenía la expresión concentrada y severa del hombre dedicado a una tarea importante.

—¡Ah, ése! —exclamó el sepulturero—. Un buen pájaro. Un coronel, nada menos, de la Guardia Civil. Ha estado cincuenta años o cosa así en uno de los nichos altos y tal es el motivo de que esté tan bien momificado. Hasta la piel está lozana, como la de un recién enterrado. Lo retiramos el otro día, porque la familia no paga ya la renta. Y aquí está.

—¡Un coronel de la Guardia Civil guardando los restos de los rojos que sus sucesores han fusilado! ¿Hubiera imaginado Goya un tema mejor?

—Y ¿cuántos son los enterrados en esta fosa? —pregunté.

—Bien, la lista de los fusilados oficialmente tiene unos ocho mil nombres. Todos, salvo unos cuantos, están aquí. Luego, hay también unos mil o más que tuvieron la original idea de morir de muerte natural. Vamos, digamos nueve o diez mil. Y todos buenos amigos, buenos compañeros.

—¿Por qué dice eso?

—¿Por qué no? ¿No están todos juntos?

Se echó a reír mientras cerraba la puerta y pasamos una vez más junto al borriquillo, que esperaba pacientemente su carga de tierra. Volvimos a la entrada del cementerio.

—¿No puede señalarme dónde se efectuarán las ejecuciones? —pregunté.

—Le llevaré hasta állí —me dijo el sepulturero, embolsándose mi propina—. Luego, no se perderán.

Pero ¿no le crearemos alguna dificultad?

—No. ¿Por qué? Fueron fusilados oficialmente, ¿no es así? Por orden de las autoridades militares. ¡Puñeta, un gran acto de justicia!

Pasamos por las puertas de hierro y nuestro hombre nos llevó al muro que limita el lado inferior del cementerio. Las señales de las balas estaban todavía allí, así como algunas manchas de sangre reseca. Habían

sido bajados de los camiones y ametrallados en grupos, todavía maniatados. Sólo los concejales de la ciudad habían obtenido el prividegio de encender cigarrillos y mostrar así su desprecio y su actitud de reto. Allí habían esperado, mirando al olivar de tierra rojiza que ascendía hacia un cielo que gradualmente se iluminaba. Y después, nada...

Volvimos a la ciudad. Inmediatamente más allá del Washington Irving Hotel, a la entrada de la boscosa región del Alhambra, se halla el camino al Carmen de los Mártires. Aquí, San Juan de la Cruz ha escrito sus místicas palabras y M. Meersman, el propietario de minas belga, ha festejado a sus amistades con malos banquetes servidos en vajilla de oro. Ha surgido un nuevo y monstruoso edificio en el que se ven inscriptas las iniciales *F. E. T. de las Jons,* por otro nombre la Falange. Junto a ellas, pintado en la pared, está su símbolo, una mano que agarra un puñal tinto en sangre.

Cuanto más pensaba en los resultados de la expedición, menos satisfecho estaba. El viejo de las oficinas se había mostrado evasivo. El énfasis con que el sepulturero había hablado de las ejecuciones oficiales parecía indicar que había habido otras que no podían ser clasificadas. Decidí volver al cementerio por la tarde y pedir que me enseñaran la lista de los ejecutados. Si Lorca estaba enterrado allí ¿no aparecería acaso su nombre?

A las cuatro, estábamos allí de nuevo. Esta vez pasamos por donde están sepultadas las personas de la clase media, en nichos de los muros o en las más costosas sepulturas de mármol bajo los cipreses. Aquí, entablamos conversación con dos sepultureros, uno de los cuales, el más viejo y hablador, había estado presente cuando se inició el levantamiento militar. Y les pedimos que nos enseñaran dónde habían sido enterrados los ejecutados en 1936.

—Están ustedes precisamente en ese sitio —contestó el viejo—. Los más famosos están aquí.

Y nos llevó a la tumba de Montesinos, el alcalde socialista que había sido el cuñado de Lorca, y luego a las de los concejales y sus funcionarios, todos los cuales, con dos excepciones, habían perecido en la matanza. Luego, vinieron las tumbas de varios médicos, incluído un famoso especialista en enfermedades de niños. Conocía su historia: hombre muy querido, había sido fusilado, no por razones políticas, sino por ser un masón. Cada grupo que apoyaba al levantamiento tenía derecho a proscribir a sus enemigos particulares y la Iglesia —para ser más exactos, la Acción Católica— puso en su lista a los masones y los protestantes.

Nuestros guías, que revelaban un interés profesional en enseñárnoslo todo, nos condujeron ahora a otra parte del cementerio, donde, entre otras cosas, vimos el rincón donde habían sido enterrados los empleados de correos: habían sido fusilados al parecer porque sus puestos eran pretendidos por otras personas. Después de esto, llegamos a lo que se consideraba evidentemente lo culminante. En la Sección Civil, donde habían sido enterrados los no católicos y los presos que se negaron a confesarse, estaba la tumba de un pastor protestante, cuyo crimen consistía en haber mantenido una escuela gratuita para niños pobres en la Cuesta Gomeres. Era un hombre que había sido muy estimado por los residentes extranjeros, con inclusión de los católicos, pero ni la amistad del cónsul británico pudo salvarle.

Observé que todas estas tumbas tenían la misma fórmula en el epitafio, una fórmula que decía *cesó de existir* en lugar de *murió*, y luego *Tu madre (hermana, hija) no te olvidará*. Hubiera sido, sin duda, poco prudente decir que no le olvidaban los hermanos, los hijos o los padres.

—Todo esto es muy interesante —dije finalmente—, pero la persona que busco no está aquí. Tal vez ustedes puedan decirme dónde está sepultado. Se llama Federico García Lorca.

—Es un hombre famoso —dijo el más maduro de los sepultureros—. Se habla mucho de él.

—Es famoso en el mundo entero —repliqué—. Sus poemas se leen en Buenos Aires, en Nueva York y en Londres. Algunos de ellos han sido traducidos al inglés.

—¡Ahí está! —exclamó el viejo, dirigiéndose a su compañero—. Estos extranjeros saben de nosotros más que nosotros mismos. Como te digo, hay en las puntas de sus dedos más conocimiento que en todo nuestro cuerpo. A su lado, no somos nada.

—Así es —asintió su compañero—. Somos unos salvajes.

—No me comprenden —dije—. Ese hombre cuya sepultura busco era un amigo mío. Cuando, hace años, viví en Granada, le traté mucho.

—¡Ah! Eso es diferente. De todos modos, tengo que decirle que anda despistado. Ese hombre no está aquí.

—Me dijeron que sí estaba. En todo caso, quiero ver las listas.

—Están en las oficinas. Pero le prevengo que su nombre no figura en ellas. Las he recorrido muchas veces.

—¿Cómo son?

—Bien, una simple relación de nombres, con un número detrás de cada uno. Cuando no se conocía un nombre, como sucedía muchas veces, se escribía "varón" o "hembra".

—Tal vez mi amigo fuera uno de esos desconocidos.

—No, no lo era. Le digo que está enterrado en otro sitio... En Víznar.

—¿Víznar?

—Sí, en las trincheras del barranco. Le fusilaron allí.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo se sabe todo? Son cosas de las que uno se entera. —Y se negó a decir más.

En las oficinas, encontré al viejo encargado solo, dedicado a consignar algunas entradas en un libro registro. Le dije que no creía que los restos de García Lorca estuvieran en el osario y le pedí que me enseñara los libros donde habían sido registrados los nombres de los fusilados.

—No puedo enseñárselos sin permiso —me dijo, mirándome con vivacidad—. Tiene que pedirlo a las autoridades militares.

—Por lo menos, dígame si el nombre de mi amigo está en esas listas.

Me miró a través de sus anteojos con su expresión medio asustada y medio suplicante.

—No, señor; no está. La persona por la que se interesa no está enterrada aquí.

—Entonces ¿está enterrada en otro sitio?

—Es claro.

—¿En Víznar?

Me dirigió una mirada llena de incertidumbre. Luego, sin decir una palabra me hizo una inclinación con aquel cuerpo eternamente deferente y se volvió hacia su libro registro. Contemplé un instante su delgada espalda inclinada y los pelos grises que bajaban por su cuello y se hundían bajo la sucia camisa, mientras garrapateaba en las páginas. Mi mujer y yo salimos.

Los dos días siguientes fueron dedicados a hacer más investigaciones. Yo había conocido a muchos granadinos y, aunque algunos de ellos estaban ausentes o muertos, otros estaban dispuestos a decirme lo que sabían. Me ayudó especialmente una familia que se hallaba muy al tanto de cuanto sucedía. Al visitarla, comprobé que todos los horrores que se habían producido en ocasión del levantamiento militar de hacía trece años estaban presentes en su recuerdo como si hubieran ocurrido ayer. Describieron el bramar nocturno de los camiones que subían por la cuesta del cementerio y después las descargas... Todas las mañanas, las esposas y las madres de los detenidos subían también a la altura

para buscar entre los cadáveres a sus hombres. Allí estaban los cadáveres, amontonados, hasta que, más avanzado el día, llegaban los falangistas para sepultarlos. Como el trabajo de enterrar a tanto cadáver era considerable, las fosas eran muy poco profundas y asomaban con frecuencia a la superficie pies y manos. Un inglés amigo mío, que, corriendo cierto riesgo, visitó el lugar algunas veces, me dijo que había visto los cadáveres de muchachos y muchachas que no habían llegado a los veinte años. "Pero ¿eran políticos?" ¿Quién podía decirlo? En el histérico ambiente de aquellos días, cualquier persona remotamente relacionada con la izquierda quedaba detenida y, si alguien con influencia no intervenía en su favor, era fusilada automáticamente, porque había que hacer sitio en las cárceles para los nuevos arribos. El amor nato de los españoles por la destrucción, su obsesión de la muerte y su tendencia al fanatismo hallaban satisfacción plena en estas orgiásticas escenas, porque no había autoridad civil o religiosa, fuerza moral o inhibición que pudieran detenerlas. ¿No estaban acaso los obispos, los únicos que hubieran podido frenar aquello, tan comprometidos como los demás? El único pronunciamiento que hicieron fué el de que no se debía matar a nadie sin darle la oportunidad de confesarse.

La histeria fué tan contagiosa que una muchacha inglesa normal, cuyos padres vivían en Granada, se puso el uniforme de la Falange y un revólver a la cintura y se jactó de que, como otras "señoritas" españolas, había participado en las ejecuciones y dado muerte a varios hombres con su propia mano. Luego, cuando estalló la guerra europea, esta muchacha volvió a Inglaterra y se incorporó a una unidad de ambulancias.

Siempre que indagaba acerca de García Lorca, si se mencionaba un lugar, era Víznar. Se trata de un pueblecito a algunos kilómetros de Granada, en los montes, y su barranco era uno de los lugares de enterramiento de los falangistas. Hay lugares secretos así en todo el país. Pero ninguna de las personas con quienes hablé había visitado el lugar, y el relato de la muerte de Lorca era meramente un se dice. Sin embargo, una mayor intimidad con los sepultureros me reveló que pertenecían a una especie de masonería relacionada con las cosas de los muertos y que tenían acceso a una información que estaba vedada a los demás. También eran una gente sin prejuicios: su interés en estos asuntos era profesional. Esto me inclinaba a creer que, cuando decían que García Lorca estaba enterrado en Víznar, tenían buenas razones para decirlo.

Sin embargo, circula por toda España un relato de la muerte que parece llegar a primera vista a una conclusión distinta. Para explicar esto, debo recapitular un poco. Lorca llegó a Granada uno o dos días antes del levantamiento militar y, en cuanto tuvo noticias de lo que ocurría, se refugió en casa de un amigo, otro poeta, Luis Rosales, en las inmediaciones de la catedral. El hecho de que el hermano de Rosales, un destacado falangista, también viviera allí parecía ofrecer una protección completa, pero, dos días después, durante una ausencia de los dueños de la casa, llegó un automóvil con unos hombres armados y García Lorca desapareció. Ninguno de sus amigos volvió a verle.

Durante doce años, la censura española mantuvo el nombre del poeta y sus obras bajo una prohibición absoluta. Luego, en diciembre de 1948, José María Pemán, escritor y autor laureado del régimen, escribió en el *A B C* un artículo calificando la muerte de Lorca a manos de personas desconocidas como un crimen contra la nación. La razón de este cambio en la actitud oficial parece consistir en que los muchos admiradores que Lorca tiene en la Argentina habían creado un prejuicio contra el régimen franquista que afectaba a las negociaciones comerciales que se estaban celebrando con aquel país. La culpa tenía, pues, que pasar de los jefes del levantamiento militar a ciertas personas irresponsables y criminales. Pero ¿qué personas? Sólo existían en España dos partidos o grupos de opinión autorizados: la Falange y los clericales. Estaban en malas relaciones y comenzaron en seguida a echarse mutuamente la culpa del crimen.

Se había asestado ya el primer golpe abierto en esta controversia; había corrido a cargo del ex ministro falangista Serrano Suñer. En diciembre de 1947, en una entrevista que concedió al periodista mexicano Alfonso Junco, afirmó que el hombre que había dado la orden de matar a Lorca era el diputado a Cortes conservador y católico Ramón Ruiz Alonso. Esta acusación no pudo, desde luego, ser publicada en la prensa española, pero revelaba bastante bien lo que los falangistas estaban diciendo. Estaban organizando una campaña de rumores para hacerse pasar como amigos de García Lorca y echar la culpa de la muerte del poeta a los clericales.

La historia, tal como suele ser contada, es así: uno o dos días después de iniciado el movimiento, llegó a Granada el rumor de que el dramaturgo Benavente, que vive todavía y sigue escribiendo tanto como siempre, había sido fusilado en Madrid por los rojos. El diputado católico Ruiz Alonso estaba sentado en un café con sus amigos. Y exclamó: "Bueno. si han matado a Benavente, nosotros tenemos a García Lorca. ¿Por qué no va alguien a arreglarle las cuentas?" Y así, como Fitz Urse

obedeciendo la orden de Enrique II de matar a Becket, dos hombres se levantaron y salieron del café.

No hay nada de intrínsecamente improbable en este relato; en realidad, si no hubiera en él algo de cierto, no sería repetido tan abiertamente. García Lorca había escandalizado a sus pacatos y provincianos convecinos, como Picasso escandaliza hoy a mucha gente. Pero hay algo más en los móviles del asesinato. Lorca no era únicamente un poeta; era también el cuñado del alcalde socialista de Granada, Montesinos, y el amigo íntimo y el colaborador de Fernando de los Ríos, el destacado intelectual, también socialista, de la ciudad y el hombre más odiado por todos los sectores nacionalistas. Miles de personas fueron fusiladas con menor motivo que esto y, aunque Lorca tenía amigos influyentes en la derecha, fué mayor sin duda el número de sus enemigos, no sola mente entre los conservadores, sino también en las filas de la Falange. Y ¿quién, cabe preguntarse, se hubiera atrevido a sacarle de la casa de un falangista como Rosales, sin contar antes con la complicidad y la protección de otros falangistas?

Para comprender esto mejor, tenemos que volver a la confusión y el horror de aquellas semanas. La Falange era una organización suelta y amorfa que contaba, como los anarquistas, con células secretas. La organización juvenil del partido católico se había incorporado a ella en bloque, mediante una fusión. Había pequeños grupos terroristas que confeccionaban listas de personas que debían ser fusiladas y nadie estorbaba esta acción mientras se limitara a gente que no estuviera afiliada en la derecha. En la medida en que yo pude averiguar las cosas, las negras brigadas que efectuaban los fusilamientos llevaban sin excepción el sello de la Falange. Así, sea quien sea el principal culpable de la muerte de Lorca —no es éste un asunto que pueda ser ventilado hoy—, no hay razón para suponer que el hecho no pudiera producirse en un centro falangista como Víznar. Lo único que faltaba por resolver era esto: ¿se produjo allí, en efecto?

Sucedió que pude corroborar lo que declaraban los sepultureros. Un amigo mío me puso en contacto con una persona que afirmaba haber hablado con un hombre que estuvo presente en la ejecución. Esta persona me dijo que Lorca había sido llevado derechamente de la casa de Rosales a un puesto que los falangistas tenían cerca de Víznar. Luego, al amanecer, el poeta había sido conducido al barranco, donde le fusilaron.

—Nadie —me dijo esta persona—, se atrevería a decirle esto, pero soy un hombre que nunca se ha mezclado en política o criticado el

régimen, por lo que no veo ningún mal en manifestarle lo que sé. Entre nosotros, no hablamos de estas cosas, pero tampoco las hemos olvidado. Se hallan en el fondo de todos nosotros y muchos que hicieron casos que no debieron haber hecho se ven acosados por el miedo y la contrición. Los que más se comprometieron ven que se les vuelve la espalda o tienen que soportar indirectas y alusiones; algunos han caído enfermos o se han vuelto locos de tanto rumiar. Y, ahora, se diría que el Cielo está castigando a España por el mal que sus hijos han cometido. En los dos lados, desde luego, en los dos lados... No únicamente en el nuestro.

El próximo paso era manifiesto. Había que ir a Víznar y ver allí lo que pudiera verse. Sin embargo, decidimos ir antes a Fuente Vaqueros, el pueblo donde Lorca había nacido y se había criado. Está a unos veinte kilómetros de Granada, en la *vega* o llano de regadío, en los lindes de una finca que perteneció a Godoy y es ahora del duque de Wellington.

Fué una excursión muy bonita. Acequias de agua clara y rápido curso, bordeadas de berros; plantaciones de delgados álamos, parecidos a mástiles; secaderos de tabaco... El pueblo, comunicado con Granada por una línea de tranvías, es bajo, blanco y polvoriento; su centro está cruzado por una ancha arteria llamada la "plaza", con árboles podados; en uno de los extremos de esta arteria, se veía al habitual grupo de mozos de labranza sin trabajo, de miradas fijas que no veían, de rostros sin expresión. Mulas, carros de bueyes, cerdos, cabras, chiquillos... Todo el pueblo parecía una vasta granja; olía a tierra de labor y a rotación de faenas campesinas.

La casa donde Federico había vivido era una de las mayores del pueblo: blanca, de dos pisos, con balcones, un tejado de morenas tejas y un escondido jardín zaguero. Su sobriedad sin pretensiones le procuraba un encanto que falta muchas veces en viviendas más ambiciosas. Junto a ella, estaba la iglesia, larga, baja, con una capa de color y una torre en miniatura: la imagen de una iglesia de juguete en un libro infantil. Por desdicha, como tantas iglesias españolas, había quedado desfigurada por los símbolos y la faramalla falangistas colocados sobre su pórtico. No quedaba nada más por ver y, por ello, tras haber presentado nuestros respetos a la tía y al primo del poeta, que vivían allí cerca, emprendimos el viaje de regreso por caminos donde se veían los surcos de los carros de bueyes, entre campos llanos y los grises postes de los álamos.

Federico vivió en Fuente Vaqueros hasta 1912, fecha en que sus padres se trasladaron a una casa de las afueras de Granada. También visitamos esta casa. Era una "casa de campo" entre prados, huertas y acequias: blanca, grave y retirada, como todas las viejas casas de Granada, con dos cipreses y una parra a la puerta. Desde que la madre y la hermana se marcharon a América, ha quedado vacía.

Estábamos ya en condiciones de visitar el lugar de enterramiento de Víznar. Tan pronto como terminamos nuestro almuerzo, tomamos un taxi en la Puerta Real. Como nuestra expedición reclamaba celeridad y silencio —una visita a uno de estos escondites era asunto delicado, hasta peligroso si hubiésemos sido españoles—, convenía que nuestro chófer fuera un hombre que no sintiera una excesiva curiosidad por nuestros movimientos. Pero advertimos con angustia que el hombre que habíamos elegido era, no solamente una persona inteligente y despierta, sino también un fervoroso partidario del régimen. Había sido chófer de un importante general durante la guerra y, aunque no era falangista, hablaba de Franco con mucho respeto. Teníamos que buscar el modo de eludir su vigilancia.

El coche dejó la carretera principal y comenzó a subir la empinada cuesta, entre bancales de trigo y olivos. Pronto llegamos al pueblo, casi una aldea, con sus altas casas blancas en torno a la iglesia y unos cuantos plátanos falsos de gran tamaño.

—¿Dónde paramos? —preguntó el chófer.

—Aquí, en la plaza —dije—. Quiero visitar el cementerio, donde está enterrado un amigo mío.

Mudo de asombro, el chófer bajó del coche y envió a alguien en busca de la mujer que guardaba la llave.

—Les acompañaré —dijo. Pero, cuando vió que el cementerio estaba a alguna distancia del camino, se volvió de mala gana para cuidar de su coche.

Seguimos un estrecho sendero a lo largo del linde de uno de los bancales. Olivos lánguidos, femeninos; trigo en flor y, allí abajo, a la izquierda, la verde vega, con Fuente Vaqueros a lo lejos. De cuando en cuando, los frágiles tonos de un albaricoquero o un granado mostrando ya sus brotes.

La vieja que nos acompañaba no cesaba de parlotear. Nos dijo que su madre había tenido mucha devoción a los muertos. Había mantenido encendido día y noche una lámpara en el cementerio, hasta cuando llovía, hasta cuando nevaba; jamás dejó de atender aquella luz votiva. Solía decir: "¡Ay, Dios mío! Si el tiempo está húmedo y frío

para nosotros, más lo estará para ellos. Allí están, los pobrecillos, sin nada que los reconforte". Luego, ya moribunda, cuando se disponía a emprender el último viaje para unirse a ellos, había dicho a su hija: "Ay, hija mía! ¿Cómo puedo morirme? Porque, cuando me vaya ¿quién cuidará de la lámpara del cementerio? ¿Quién atenderá a los muertos?" Y su hija le prometió: "Yo cuidaré de la lámpara y atenderé a los muertos, quiéralo Dios, mientras viva". Y la madre, al oír esto, había muerto en paz.

Nos dijo también la buena mujer que, aunque había trabajado en la fábrica con un salario de una peseta al día, siempre había encontrado tiempo para visitar el cementerio y hacer allí sus rezos. Para ella, el cementerio era más que la iglesia, más que los santos. ¡Sentía tanta piedad por los pobres muertos, tan lejos de la aldea y de su animación! Incluso cuando escaseaba el aceite, encontraba el modo de alimentar la lámpara. Y todo el tiempo, mientras caminaba, lanza suspiros, pasaba las cuentas de su rosario y farfullaba trozos de oración, entrecortados por muchos ayes, madres mías y pobrecillos.

Pronto vimos el cementerio debajo de nosotros; era un pequeño recinto rodeado de muros y parecido a un redil. Dentro, había un revoltijo de montículos y cavidades, con unas cuantas cruces de madera y coronas de flores artificiales, todo muy viejo y en ruinas; era el basurero de un campo donde lo único que se arroja como inútil son los cuerpos de los muertos.

La vieja se excusaba; la aldea era muy pobre y las personas con medios se hacían enterrar en Granada. Y en seguida comenzó a farfullar oraciones, entre protestas del frío que hacía aquí en las noches de invierno y de insignificante sacrificio que, sin embargo, suponían las visitas al cementerio, ofrecidas al Señor de todo corazón.

Había llegado el momento de decir lo que queríamos decir.

—Escuche —dije—. Hemos venido aquí en busca de la sepultura de un hombre que fué fusilado como rojo durante los primeros días de la guerra. ¿Puede usted ayudarnos?

La anciana no contestó y yo repetí mi requerimiento.

—Hay tres o cuatro enterrados aquí —dijo la buena mujer. Y nos condujo al lugar. Allí, mientras leíamos los nombres inscriptos en las cruces de madera, el impulso de hablar fué demasiado fuerte y la vieja nos contó lo sucedido.

Un día llegaron varios guardias civiles con varios hombres maniatados. Estos hombres fueron fusilados contra el muro. Pero cuando los guardias civiles se marcharon, uno de los fusilados, que había quedado

solamente herido, comenzó a arrastrase. Avanzó por la ladera, bajo los olivos, apoyándose con manos y rodillas y dejando tras sí un reguero de sangre. Sin embargo, alguien le vió y avisó a la Guardia Civil. Los guardias volvieron y esta vez mataron muy de veras al desgraciado. ¡Qué desgracia! Toda la aldea lloró esta muerte, como si se hubiera tratado de uno de los suyos. Luego, oyeron que había llegado el perdón para el infeliz. Pero ¿de qué, Dios mío, podían servirle ahora todos los perdones del mundo? Luego, al cabo de muchos años, vinieron a visitar su tumba dos mujeres. Altas, bien vestidas, enlutadas de pies a cabeza; lloraron mucho. Y después de llorar, rezaron y pidieron a la anciana que también rezara.

Me dije que había llegado el momento de poner todas las cartas boca arriba.

—Mi amigo no está enterrado aquí, sino en las trincheras del barranco. ¿Sabe dónde está eso?

—¿En los pozos, quiere decir? ¡Ay, ay! ¿Quién no lo sabe? Pero, desde aquellos días, nadie se atreve a ir allí.

—¿No me puede explicar el modo de llegar a ese sitio?

—Está muy cerca. Yo se lo enseñaré.

Estábamos abandonando el cementerio cuando apareció un hombre con una bandolera en la que había una placa de latón. Se presentó como el "regidor" del Ayuntamiento y nos preguntó muy cortésmente qué estábamos haciendo. Le contesté que buscaba la sepultura de un amigo que había sido fusilado durante la guerra. Antes de volver a mi país, quería rezar unas oraciones ante la tumba.

—¿La ha encontrado? —me preguntó el hombre.

—Todavía no. Parece ser que está enterrado en los pozos.

El hombre permaneció callado durante unos instantes. Finalmente, dijo:

—Si quieren ustedes ir allí, asunto de ustedes es. Pero me excusarán si no les acompaño. El concejo no tiene jurisdicción en esos asuntos.

—Estaremos allí sólo unos minutos —dije para tranquilizarle.

—Cuantos menos, mejor. Vayan ustedes con Dios.

Nos pusimos en marcha. Después de seguir el sendero durante algún tiempo. llegamos al camino, más allá de la aldea.

—¿Aónde lleva este camino?

—Al manantial que está inmediatamente al otro lado del barranco —nos contestó la buena mujer—. Se detiene allí. Nosotros lo llamamos el Camino de la Fuente. Antes de la guerra, era el paseo del pueblo; los vecinos solían venir aquí las tardes de domingo para tomar el aire.

Bebían un poco de agua en la fuente, porque es un agua famosa en todo el contorno, un agua que permite echar carnes. Los chiquillos solían jugar alrededor de la fuente. Pero ya nadie va allí. Nadie, no.

Se terminaba ya la última parcela cultivada y el camino se metía en los montes. A nuestra izquierda, inmediatamente debajo, había una casona rojiza, fea y nueva, construída al parecer como villa de verano. Nuestra guía nos dijo que esta casa se llamaba La Colonia. Antes del levantamiento militar, había sido una especie de Casa Parda para los falangistas de Granada, el sitio donde se reunían y adiestraban—. También traían a chicas con las que bailaban. Luego, cuando estalló el movimiento, fué dedicada a diversos usos. Cada noche subían tres o cuatro camiones con su carga de prisioneros y estos desdichados eran metidos en la casa. Les esperaba para confesarles un cura falangista. También se traía al párroco del pueblo; el pobre hombre tenía que estar presente; tal era la norma. Luego, se llevaba a los prisioneros al barranco para... Bien, ¿me comprenden?. a unos a la luz de los faros de los camiones y a otros al amanecer. También a las mujeres. La *Escuadra Negra* —la vieja bajó la voz al pronunciar estas palabras— no reparaba en nada.

—Y ¿quién cavaba las fosas?

—En los sótanos de la casa, había prisioneros dedicados a este trabajo y a los que más adelante, según se dice, también fusilaron. ¡Ay, Dios mío, qué cosas más horribles se hicieron! ¡Pensar que quienes se llaman cristianos pueden hacer cosas tan horribles!

Desde donde estábamos veíamos cómo el camino se retorcía delante de nosotros parecido a una serpiente. Entraba en el barranco, salía de él y terminaba. A nuestro alrededor no había más que laderas de pizarra, tachonadas de secos arbustos. Más abajo se extendía la vega con sus pueblos, incluído aquél en el que Federico había nacido, y, delante de nosotros, se alzaba un monte de áspera roca gris, con una cumbre coronada por achaparrados pinos y puntiagudos pináculos. Sobre uno de ellos había sido colocada una cruz de hierro.

Unos pocos minutos más y llegamos al puente sobre el barranco. Al acercarnos, la mujer, que no había cesado de parlotear, comenzó a farfullar oraciones; las cuentas de su rosario pasaban ahora más de prisa. Un senderillo nos llevó a la orilla del cauce seco y allí, a cincuenta metros, estaba el sitio. Era una ladera suave de arcilla azulada, con juncos y eneas dispersos, depósito de las avenidas cuando. en época de aguaceros, las aguas se precipitaban por el barranco. Toda la zona estaba llena de huecos y montículos y, a la cabeza de cada uno de ellos,

se había colocado una piedra. Comencé a contarlos, pero abandoné la empresa cuando ví que se trataba de cientos.

—Los enterraban aquí —dijo la buena mujer—, en pozos muy poco profundos que después cubrían con tierra. ¡Qué cosa más horrible! ¿No eran todos hijos de Dios y cristianos que se santiguaban como nosotros? —Y comenzó a rezar en voz baja—: Santísima Virgen Inmaculada, queda con nosotros en la hora de nuestra muerte... Queda con nosotros en la hora de nuestra muerte...

Mientras permanecía inmóvil sobre la horadada arcilla, oí un ruido y vi que el chófer nos había seguido con el coche. Este estaba detenido allí abajo y el chófer había descendido de él y subía hacia nosotros por el sendero. Sin embargo, cuando nos vió inmóviles y con las cabezas descubiertas, se detuvo y también se quitó la gorra.

Yo esperaba, tratando de fijar la escena en mi mente. Delante estaba el rojizo y pizarroso costado del barranco, una pequeña muestra de las interminables y desnudas laderas de esta región; a la derecha, se hallaba la verde vega, con la Sierra de Elvira surgiendo de ella como una isla volcánica. Allí arriba, la montaña. Tal había sido la última visión del poeta, mientras el alba iba iluminando el cielo y el canto de los gallos llegaba desde el llano en distantes ecos. Cogí una almizcleña azul, única flor que brotaba entre aquellos juncos, y nos alejamos.

¡Ay amor
que se fué y no vino!
.....
¡Ay amor
que se fué por el aire!

Durante algún tiempo, ya el coche en marcha, permanecimos en silencio. Luego, comencé a explicar al chófer que habíamos venido aquí para visitar la tumba de un gran poeta al que yo había conocido.

—Sí —dijo el chófer—, se ha hablado mucho de ese hombre. La verdad es que han ocurrido muchas cosas terribles durante la guerra en los dos campos. Yo luché por Franco y siempre le he sido leal, pero es inútil pretender que no perdimos entonces el juicio. La única diferencia es que los rojos fueron más salvajes y los nacionalistas más dignos. Cabe que matáramos a más gente que ellos, pero nosotros no violamos a mujeres ni torturamos. Unos tiros y ya está. Eso era todo.

Seguidamente me dijo que, cuando entró en un pueblo andaluz con las tropas, vió a varios hombres que habían sido atados a unos postes y quemados vivos.

—Sí —continuó—, entre todos hemos traído la desgracia a España. Antes, éramos un país feliz; ahora somos un país miserable, desgarrado por el odio de un extremo a otro. Apenas se encuentra una familia de la que algunos de sus miembros no hayan sido llevados a la muerte como animales. Lo único que la guerra ha hecho es brutalizarnos.

Tuve la impresión de que este hombre expresaba los pensamientos de todas las gentes honradas del país, cualesquiera que fueran sus convicciones políticas. Pero, cuando indiqué que se podía por lo menos llevar esos cadáveres al cementerio y darles cristiana sepultura, el chófer me replicó:

—No, déjelos donde están. Hay cadáveres enterrados así en todos los barrancos de España.

¿Era seguro que habíamos visitado el lugar donde descansaban los restos de García Lorca? Mi convicción no era absoluta. Para salir de dudas, fuí a ver a un amigo del poeta que tenía fama de falangista. Este hombre me hizo un relato vago y confuso: los verdaderos culpables eran los clericales. Creía que el poeta había sido enterrado en La Conijera, un polígono de tiro a kilómetro y medio del centro de la ciudad. Si yo deseaba más información, podía visitar a una persona cuyo nombre me dió en la sede de la Falange. Pero yo no podía hacer esto sin que se indagaran mis actividades, lo que podía comprometer a las personas que habían hablado conmigo. La Falange es todavía muy poderosa en Granada.

Sin embargo, tenía todavía a mi alcance una última fuente de información. Me habían dado el nombre de una persona muy conocida en la ciudad, quien, según se me aseguró, estaba al tanto de todo lo sucedido. Aquella misma tarde, me vi con ella. Y me dijo que yo estaba en lo cierto. García Lorca había sido fusilado en el barranco de Víznar, después de verse obligado a cavar su propia sepultura. No podía haber la menor duda al respecto, pues mi informante había hablado con quien estuvo presente y reconoció a la víctima. Se me proporcionaron otros detalles. La actitud seria y triste me convenció de que se me decía la verdad y, como se trataba de quien no era clerical, no existía la tacha de la pasión política. Abandoné Granada a la mañana siguiente con la impresión de que, si bien la certidumbre absoluta era imposible, mi búsqueda de la sepultura del poeta no había sido inútil.

(Traducción de M. de Amilibia) *GERALD BREMAN*

La Barraca

El padre de Amaral debió de ser uno de esos tarambanas emprendedores que se meten en asuntos descabellados, se encariñan en sacarlos adelante, con diligencia cómica, torpe y a la vez desembarazada, no desfallecen, y fracasan animosamente. Son como malabaristas que juegan con platos, los hacen cachiza, y sonríen al público esperando las aplausos. El público son ellos mismos. Y este público los aplaude siempre.

—Cuando mi padre se decidió a sentar cabeza se hizo titiritero de feria o algo parecido. A mi madre la recuerdo rubia y redonda —me han dicho que ha enflaquecido estos tiempos— y cuando sonreía o rabiaba descubría unas encías altas y blancuzcas. Cada vez que hacía este gesto, yo sentía vergüenza de sus encías. Nunca les tuve cariño a mis padres. Cuanto hacían o decían me molestaba. Por eso me escabullía a cada momento o me encerraba a leer en el retrete.

Durante el verano vivíamos en la barraca, un tiro de pin-pan-pum que era de mis padres. El ruido de las verbenas y de las ferias —todo ruido de mucha gente y sus repugnantes alegrías— me daba asco. A los demás chicos, en la escuela, les ocultaba el oficio de mis padres, y si pasaba alguno, me escondía para que no me viesen, o fingía no tener nada que ver con aquel barullo. A los quince años yo era flaco, y tan alto como hoy. No me parecía nada a mis hermanos, rechonchos y bajos como mi madre. Tampoco tenía parecido con mi padre, y me divertía soñar que no era de su sangre. Antes de cumplir los diez y seis, el verano de 1932, me escapé y no volví nunca más con mi familia.

Pedro Amaral hizo estas confidencias a un compañero sobreviviente, en el sótano del Ayuntamiento de Torre Abad. Habló mucho hasta que empezaron a llamar por sus nombres a los que iban a ser fusilados. Y desde ese momento, ya no dije nada. Se le puso cara de palo, con los ojos fijos, una máscara de estupor hecha de yeso.

—Me gustaba imaginar que era hijo de algún señor... Tonterías y vanidades de pequeño burgués —rió ásperamente como si rascaran una lata—. Mi padre había sido corredor de seguros o cosa así (Pedro sabía exactamente lo que había sido su padre, pero esta expresión era un modo de decir su indiferente desprecio). Cuando se casó con mi

madre buscaba anuncios para un diario medio quebrado que no leía nadie. No sé si te acuerdas: *El Ideal*...

El título del diario hizo derivar su discurso hacia la política. Razonaba sus ideas con silogismos cerrados, sin matices, una lógica nítida y feroz. Le brillaron los ojos de iluminado cuando dijo: "Voy a morir por el pueblo. Tenía que escoger entre el pueblo y ellos. Yo soy el pueblo. Al pueblo no podrán exterminarlo nunca porque con él morirían también los parásitos que lo comen." Estas reflexiones parecieron reconfortarlo, y sonrió. Pero poco después caía en otro hecho de depresión silenciosa. Era como si se le hubiese desvanecido el convencimiento y la seguridad. Volvió al tema de sus padres, de su padre. Repitió que el viejo Amaral era un imbécil respetuoso. Le sacudían un puntapié, le humillaban, y él respetaba. Respetaba a los ricos, a los curas, a la familia real, a todo fantasmón sonoro. "¡Se figuraba, el muy tonto, que era de la banda!" Los respetos del viejo Amaral enfurecían a su hijo. Contó cómo se habían conocido su padre y su madre. Todo por gracia de una de las tonterías del viejo Amaral. Se le había ocurrido —"figúrate qué estupidez"— buscar publicidad para el diario, aquel sapo medio muerto, pero no en las empresas grandes que se anunciaban regularmente sino —así eran sus originalidades— en negocios pequeños, y tuvo la inspiración (aquí Pedro soltó su risa de lata cascada) de visitar a los dueños de las barracas, en las verbenas que hay durante el verano en Madrid.

Una noche, se acercó a un tiro de pin-pan-pum, de esos que tienen cabezas móviles de cartón, contra las que el público lanza bolas de trapo: cuando se acierta, dan un premio.

—Se lo oí contar muchas veces, en las tardes de invierno, bebiendo con sus amigos —tenía miles de amigos— mientras mi madre trajinaba, sorda y hostil. Era un payaso. Yo le escuchaba con rabia y sin poder quitarle los ojos de encima. Con tanta atención le escuchaba que le he visto, le veo aún, más joven, vestido de otra manera, a la moda de hace treinta años, como en las fotografías viejas de novios. Veía toda la escena que él contaba. Me parece haber estado allí antes de mi nacimiento...

Había mucha gente rodeando la barraca de pin-pan-pum, y una muchacha vestida de luto atendía a los clientes, cobraba el importe de las bolas, pagaba los premios. Sonaban los estampidos de la máquina de medir la fuerza. Pasaba, en frente del puesto, como una alucinación,

la cabalgata de un tío-vivo iluminado. La rueda gigante se elevaba, lenta y encendida. Polvo, pregones de vendedores, olor a churros. La muchedumbre iba y venía por los paseos de la verbena. La muchacha del tiro hacía su trabajo con exactitud mecánica.

El viejo Amaral –era entonces un joven ligero que empezaba a calvear– se detuvo delante de la barraca sólo para recrearse en la puntería de un sujeto atlético que disparaba las bolas con el brazo derecho en tanto tenía el otro brazo aprisionado por una mujer muy pintada. La mujer contemplaba con arrobo lascivo al tirador, y estaba orgullosa de ser dueña de aquel macho certero. Cuando una bola daba en el blanco, la mujer chillaba de entusiasmo. El individuo alineaba sobre el mostrador los regalos que le entregaba la muchacha de luto, encargada de la barraca, y tiraba las bolas con altiva destreza, complacido, con insolente complacencia, en derribar cabezas.

Cuando el futuro padre de Pedro –tenía la admiración fácil, indiscriminada y exenta de envidia– se cansó de jalear al tirador, que parecía indiferente a su aprobación, miró el reloj y vió que era tarde. Había que aprovechar el tiempo. Se arrimó a la joven encargada de la barraca, y le dijo algo en voz baja. Ella le replicó con una pregunta que el viejo Amaral no entendió a causa del ruido. No obstante, Amaral asintió. Entonces la muchacha, después de levantar la trampa que abría el mostrador, le invitó a pasar.

El interior de la barraca, que servía de vivienda, estaba separado del tiro, de la parte expuesta al público, por una cortina de arpillera. Amaral apartó la cortina. Estaba en una especie de vestíbulo desamueblado que iluminaba una bombilla eléctrica desnuda, sin pantalla. Enfrente, tenía una puerta, cerrada con otra cortina. Entró.

En el centro del local, bastante amplio, con catres en las esquinas, había un cadáver tendido en un ataud, con un par de cirios a la cabecera y otro par de cirios a los pies, en sendos candelabros altos y ostentosamente labrados. Dos mujeres vestidas de negro, una a cada lado del féretro, puestas de rodillas, encorvadas y con los ojos fijos en la cara del muerto, rezaban. Del exterior, sin amortiguarse en las paredes de lona, venían los estampidos de la máquina de medir la fuerza, los ruidos de las bolas al pegar contra las cabezas de turco, la jarana del público, risas y chillidos femeninos. Amaral –futuro padre– se quedó plantado en la puerta. Una de las mujeres, al verlo, se puso en pie. Tendría como cincuenta años, pero sus movimientos para incorporarse –parecía que le costara un grande y lento esfuerzo– la hacían mucho más vieja. Preguntó con los ojos llorosos:

—¿Vienen a llevárselo?

Amaral comprendió que le tomaba por un empleado de la funeraria. Denegó con la cabeza. Luego, en voz baja, por respeto al muerto, contestó:

—No, señora. Yo venía a hablar con su marido... —vaciló un poco, consciente de lo importuno de sus palabras— para un negocio...

—¡Bueno está el pobrecito para negocios! —sollozó la mujer contenidamente, con una punta de orgullo y de resentida alegría.

—Usted perdone —dijo Amaral—. Yo no sabía. ¿Cuándo fué?

—Esta madrugada. ¿Era usted amigo suyo?

—No, señora. Conocido. Sólo conocido... —mintió Amaral—. Era un hombre muy cabal.

La mujer volvió a sollozar asintiendo. Amaral se puso a consolarla. Primero habló con voz sorda, pero luego fué alzándola hasta el tono oratorio. Se extasiaba en la naciente elocuencia de su discurso, y al mismo tiempo se divertía con la pomposa ridiculez de las palabras. Pero, al principio, la intención de Amaral había sido, en verdad, aliviar el dolor de la viuda. El mismo no sospechaba la derivación que tuvo después su perorata. La inició con lugares comunes entrecortados, balbucientes y sinceros, hasta entrar, casi sin darse cuenta, en la segunda fase. "Señora: ¿Qué le está diciendo ese hombre honrado?" La mujer ignoraba lo que estaba diciendo el difunto, y la expectativa —así como el retórico empaque de Amaral— secó sus lágrimas. La muchacha dejó sus rezos para mirar con asombro a Amaral que reiteró la pregunta mientras ponía los ojos, alternativamente, en las dos mujeres. "¿Qué les está diciendo ese hombre, tendido en su lecho de muerte?" Tras una nueva pausa, más breve que la primera, prosiguió: "Les dice que la vida y la muerte son partes de la misma rueda gigante: cuando una sube, la otra baja, y la rueda nunca se para. Los muertos, señora, continúan viviendo en sus obras y en el recuerdo de los vivos que tienen la misión de continuarlas. El difunto no quiere que le lloren. Quiere que usted y sus hijas desarrollen el negocio creado por él con tanta inteligencia y tanto esfuerzo". Fué al llegar aquí, realmente, cuando Amaral tuvo la inspiración que habría de ser orgullo de su vida, su grande e insensata hazaña, principio de otra mayor. Hasta aquel momento no tenía el propósito explícito —si acaso únicamente larvado, como una de tantas posibilidades de su payasería, de su complacencia en jugar con la vida— de proponer un asunto tan intempestivo. Volvió, pues, al recurso oratorio de la interrogación: "¿Y qué deben hacer uste-

des para cumplir la voluntad del muerto que nos está escuchando?" (Esta metáfora de un muerto todo oídos adquiría para las dos mujeres, y aun para el propio Amaral, cierta materialidad de gran poder persuasivo. La viuda y su hija estaban dispuestas a resistir los argumentos de Amaral, pero no se les ocurría negar la premisa de que el muerto escuchaba, y en esto radicaba la fuerza del alegato.) Amaral llegó así a la conclusión, vencedor de antemano. Dijo: "Lo que el querido difunto les está diciendo es una sola palabra: ¡publicidad! En nuestra época la publicidad es el secreto del éxito". (El difunto no había mencionado nunca en vida aquella palabra, y además ninguno de los personajes creía expresamente en la supervivencia del alma. Pero nada de esto representaba una objeción seria por cuanto estaba implícito para todos que en el otro mundo se goza de una clarividencia especial.)

La muchacha, arrodillada, sollozó. El discurso había impresionado a la viuda como si fuera un mensaje del difunto. Ante todo, porque la pomposidad oratoria de Amaral se le antojaba a ella el tono consagrado de la divinidad cuando se dirige a los humanos. Por otra parte, la invitación que se le hacía disipaba en la viuda ciertos remordimientos. Su conciencia no estaba tranquila porque, contra la opinión de las hijas, se había obstinado en mantener abierto el negocio —un negocio tan festival y ruidoso— teniendo al marido allí mismo de cuerpo presente. Lo había hecho porque estaban en vísperas de la temporada muerta de invierno, y quería aprovechar los últimos días de verbena, con mayor motivo en vista de los gastos extraordinarios del entierro.

Todo esto explica que la viuda contratase con Amaral un anuncio económico.

Amaral quedó tan contento de aquella victoria que la recordaba en las charlas con sus amigos, años después. Le gustaba la truculencia del caso, el humorismo de la aventura, por lo impropicio de las circunstancias. Por eso siguió frecuentando la barraca de pin-pan-pum. Y acabó casándose con la hija mayor, la que estaba arrodillada junto al féretro del barraquero.

Yo nací de aquella payasada de mi padre. Si se casó con mi madre no fué por interés ni tampoco porque la quisiera. Todo lo hizo de puro payaso que era. Lo hizo por hacerlo. Lo hizo porque sí. Y ahora, ahora que voy a morir, no puedo aguantar esta historia. Es como si Dios se hubiera burlado de mí. ¡Y no hay derecho!

Calló. No había luz en el sótano. La voz de Pedro brotaba, como una fuente, de la pared, en la oscuridad. La fuente había dejado de verter palabras, pero el dolor del muchacho seguía manando, invisible y presente. Cuando volvió a hablar, fué para enfrascarse en una divagación política. "El proletariado... la justificación por la Historia". Su voz era estridente, de una energía un poco artificial y declamatoria. Parecía que trataba de recapitular los puntos de apoyo de su propia convicción para hacer pie en ellos y sostenerse en aquel trance. Pero, al final, cuando quiso erguirse sólidamente sobre el andamiaje de sus ideas, el armazón se reblandeció, como en las pesadillas, y Amaral sentía, con espanto, cómo se le hundía todo. No tuvo más remedio que asumir de nuevo su desesperación:

—¡Maldita sea! Soy un cobarde. En vez de pensar en cosas altas y desinteresadas no puedo pensar sino en mi vida. ¿Sabes tú lo que fué mi vida? No quiero acordarme de lo que hice y del hambre que pasé, y de las coces de la gente. Dejemos eso: ya te lo puedes figurar. Me instruí solo, con los libros que me prestaron, y en las reuniones políticas. Estaba convencido de que llegaría a ser algo grande... Hoy no me da vergüenza confesarlo: aún no sé lo que es una mujer, y no quise nunca a nadie. Y ahora esto: cuatro tiros y liquidado. Voy a terminar gloriosamente... (arrastró el adverbio prolongándolo con su risita rascada). ¡Es para mearse de risa! Palabra de honor. El viejo la entendía, después de todo... Si no fuera por miedo a divertir a estos cabrones me aflojaría como un trapo. Tengo las piernas flojas. ¿Y tú? (Estaban recostados contra el muro del sótano.) Una vez, de chico... —la voz se ablandó con inflexiones de nostalgia y lejanía—. Era en invierno. En la sala de mi casa había un cuadro que representaba la rendición de Breda... Ya sabes: muchas lanzas levantadas, y un tipo muy serio, con melena rubia y bigotito que te está mirando. El sol daba en el cuadro, y yo me hacía la ilusión de que mi casa era lujosa, distinguida... ¡Tonterías! No sé si fué entonces, cuando mi convalecencia de la gripe. Me dejaban tranquilo, me cuidaban, me daban bien de comer. Yo era feliz. Sobre todo porque estaba solo y me trataban con respeto. Lo único malo era la medicina que debía tomar antes de cada comida. Un frasco aplastado, con letras doradas: "Hipofosfitos". Aquello no era precisamente amargo. Peor que amargo. Sabía a metal, un sabor muy repugnante a ninguna cosa, un sabor a nada, el mismo sabor que tengo ahora en la boca. Todo porque a mi padre, que era un payaso, se le ocurrió aquella payasada.

Empezaba a clarear por los tragaluces enrejados que daban a ras de la calle. Fuera, empezó el ajetreo. Abrieron la puerta. Leyeron una lista de nombres. Leyeron también el nombre de Pedro que –ya había luz bastante para ver– puso aquella cara rígida de yeso duro, con los ojos fijos delante de él. Pero después las cosas fueron mejor. Inesperadamente –la voz del oficial que daba las órdenes era serena– aquello tomó un aire casi inocuo de operación bien ordenada. Pedro salió con los demás, todos juntos, unos con otros, y parecía más de carne, más tranquilo, ocupado, como hombre que tiene un quehacer.

ÁLVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ

CRONICA

LA ANTROPOLOGÍA DE FAULKNER

A PROPÓSITO DE "GAMBITO DE CABALLO"

Comparado con los demás novelistas norteamericanos de su generación, cuyas obras siguen una misma línea, aunque podamos discernir en ellas características e inflexiones individuales, William Faulkner se destaca por su genio mayor y su peculiar actitud literaria. De los relatos de *Gambito de caballo* [1] cabe decir lo de cualquier novela, relato o conjunto de relatos de Faulkner, señalando, no obstante, que nada substancial agregan a sus libros anteriores. Son, desde luego, relatos más o menos policiales, pero lo policial es un blanco en donde incide lo faulkneriano, que lo reduce a su expresión mínima, y el género policial en sí resulta más bien empobrecido. Ciñéndonos estrictamente a *Gambito de caballo*, cualquier apreciación sobre Faulkner parecerá necesariamente mutilada. Es, repetimos, un libro más de Faulkner, y juzgarlo implica juzgar lo que hay en él de faulkneriano: ese ámbito cerrado que no es el de un estilo en el sentido escolar de la palabra sino el de un sistema dentro del cual los personajes y las cosas adquieren, al ser arrastrados a su órbita, una densidad distinta de la que poseían antes. No se trata aquí de cierta técnica aprehensible desde afuera sino de una concepción artística que, por constituir la cara frontal y visible de una concepción del universo, modifica el signo de todo aquello sobre lo cual opera.

Sabemos que las novelas de Faulkner transcurren en una determinada e imaginaria comarca de los Estados Unidos, reiterado escenario donde actúan algunos seres vistos día a día por Faulkner, que transitan por caminos que han recorrido ya y que probablemente seguirán recorriendo, y que se detienen en lugares mencionados con exactitud. Este apego a *su* ambiente, a *su* tierra, podría inducirnos a descubrir en Faulkner una voluntad paisajista, partidaria resuelta de lo vernáculo

[1] Emecé, Buenos Aires, 1951.

momentáneo, empeñada en hacerlo resaltar a través de aspectos parciales. Sin embargo, lo primero que llama la atención en la literatura faulkneriana es que el autor elude en cierta forma ese paisaje múltiple, rehuye responsabilidades, se lava las manos, y hace de todo aquello que configura amorosamente su realidad —personas y cosas destinadas a integrar sus novelas— un solo e inmenso objeto en el cual su fuerza literaria se interesa de igual manera. Porque todo, en las novelas de Faulkner, tiene la misma importancia, sobre todo recae la violenta retórica de su autor, sobre todo pesa su cruel sentido igualitario: un rebenque que cuelga de una muñeca no se distingue demasiado de un negro que cuelga de un árbol; con la misma intensidad dramática se describe una carretera bajo el sol y un condenado a muerte; iguales posibilidades de suspenso, dolor o comicidad hay en un niño y en una piedra. Este inagotable número de seres vivos y cosas inanimadas que fluyen con análoga opacidad por sus novelas son meros pretextos de una *segunda y más profunda intención*. Por eso, aunque la literatura de Faulkner parezca "nacional", en realidad no lo es. El mundo se reduce a un vasto panorama que le presta sus puntos de apoyo para llevar a cabo su plan, y este plan responde a designios tales que lo mismo podría servirse Faulkner del Mississipí o del Orinoco, de un granero en las inmediaciones de Jefferson o de un cuarto de hotel en Veracruz. Otro tanto sucede con los personajes: pueden pasar sin inconvenientes de una novela a otra, o ser evocados sus nombres y características, o ser reasumidos por algún vástago. Muchos "argumentos" —y pongo la palabra entre comillas porque en las novelas de Faulkner hay siempre una relación de causa a efecto— se parecen entre sí; por ejemplo, la llegada de un "hombre sin patria" a una "tierra de nadie", que se repite con la espontaneidad de una obsesión y que vemos hasta en un relato breve como *Gambito de caballo*, último de los contenidos en el volumen que lleva su nombre. Pero ese "argumento", en realidad, poco importa. Si pudiéramos sacudir las novelas de Faulkner y hacer caer de ellas su voluntarioso ropaje formal, quedarían reducidas a meros "faits divers". Sólo gracias a este ropaje, más aún, a esta investidura, determinada por aquella segunda intención, se transforman en novelas cuyo elemento más significativo son sus personajes, pero no los del "fait divers", los del "argumento", sino los de la "novela", según los ha creado William Faulkner.

En la "novela" permanecen en todo momento hostiles y lejanos entre sí, anestesiados por una mecanicidad que los obliga a proceder como piezas de un reloj. Son obstinaciones de contenido temático va-

riable, que buscan su propia destrucción en una cabalgata sórdida a la que parecen ajenos aunque forman parte de ella. Paradigmas irrevocables de la miseria, resultan en el "fait divers" tan absurdos como si lo fueran de la virtud; así Popeye, el asesino de *Santuario*, arquetipo de la criatura faulkneriana predestinada constitucionalmente al crimen. A Faulkner no le interesa profundizar en la psicología de sus personajes y a veces ni siquiera les concede una psicología (*Palmeras salvajes*[1] es la obra que menos se presta a estas comprobaciones, quizá por ser la menos faulkneriana). Sus personajes poseen la fijeza psicológica de los fantasmas, que sólo existen en función de quien los ve; pero todo puede convertirse en fantasma, ya sea hombre o cosa, y las alternativas por que pasan los personajes en la "novela" no difieren de las que corresponden a las cosas: se mezclan a ellas en una hermandad material común a todas, tal como se hunden y resurgen mezclados a un destilador de whisky o a un fierro viejo, porque así puede Faulkner prestarle la fisonomía que ambiciona. Las botas del capitán Gualdres aparecen en *Gambito de caballo* tantas veces como aparece, con limitadora obcecación, la inmóvil y raída efigie que se le atribuye a su dueño. En *Absalón, Absalón*[2] cuando Enrique Sutpen mata a Carlos Bon, no asistimos a un crimen sino a uno de los tantos sucesos que dan densidad a la novela y que puede equipararse a la caída de un árbol; y en otras aparecen, con igual importancia literaria, la monótona ira de Jason Compson, la pistola de Popeye, los amores de la sobrina de Compson, la situación familiar de los Compson, la condición de abogado de Gavin Stevens, su insignia universitaria, *un* terrón, *un* pie que lo aplasta. Por eso la tensión de sus novelas es uniforme desde el principio hasta el fin: un solo momento que dura varios centenares de páginas. De ahí que sea posible ese mapa de sus novelas donde figuran, pudiendo pertenecer a cualquiera de sus fábulas y confundirse impunemente de una a otra, sin que tal promiscuidad histórica perturbe lo faulkneriano, indicaciones como las siguientes: "Casa del Viejo Jones, donde Popeye mató a Tomasito y Flem Snopes disparó contra Enrique Armstid y Suratt"; "A Mottstown, donde Jason Compson perdió la pista de su sobrina y Anse Bundren y sus muchachos tuvieron que ir para llegar a Jefferson". Como en un osario, todos estos despojos de "alguien" se mezclan sin haber correspondido a nadie, porque esos "alguien" no han sido

1 4ª Edición, Sudamericana, Buenos Aires, 1951. La novela consta de dos historias alternadas: "El viejo" y "Palmeras salvajes". Nos referimos a la última.

2 Emecé, Buenos Aires, 1950.

más que fantasmas. Así también los paréntesis y las bastardillas que destacan ópticamente alocuciones, interjecciones, *pensamientos*, sometidos, sin embargo, a la misma carga novelística. Por eso en una novela de Faulkner es imposible aislar un fragmento "representativo": todos lo son igualmente.

En el régimen faulkneriano tanto importa el personaje como aquello que rodea al persoanje o que el personaje utiliza. Podemos señalar dòs culminaciones de este régimen: una, la inundación en el "El Viejo" (*Palmeras salvajes*). En la "novela", es decir en lo que en ella depende del arte de su autor, igual importańcia tienen el carcelario –prófugo inocente luchando con el río desbordado– y sus acciones que las basuras en medio de las cuales flota, los saurios que extermina, el rifle oxidado que posee, la canoa en que navega; nada sobresale del mismo nivel; a tal punto que en la historia podría faltar un desenlace, y el que tiene es en cierta forma inconsistente pues todo ha sido dicho antes del fin. La otra culminación es la primera parte de *The sound and the fury*, que Faulkner nos narra a través del moroso proceso mental de un retardado. No se trata aquí de un "monólogo interior" que procure reconstruir el orbe objetivo mediante los desencadenamientos subjetivos que lo representan. En *The sound and the fury* los contenidos de conciencia del idiota no aspiran sino a hacer posible, en el plano de la novela, una indiferenciación inmediata y absoluta de todo aquello cuyos contenidos (en la conciencia del idiota) son la imagen. ¿Cómo no ver una apoteosis de lo faulkneriano en este idiota que anula de antemano cualquier posible diferenciación y nos conduce a un caos donde todo se presenta con caracteres de parejo significado? Si la novela implica una representación fragmentaria del mundo, es obvio que todo en el mundo, visto a través de lo que siente y piensa un retardado, aparezca bajo el signo de una misma abulia.

Lo faulkneriano está más allá del deseo de narrar la naturaleza. No es descriptivo sino postulativo, y por ello no podemos calificarlo de "regionalismo". Lo sustenta –*segundo propósito*– la ambición de crear una naturaleza, de proponer una esencia de lo humano. Porque esta oquedad psicológica es también oquedad óntica. Si la falta de psicología no es privativa de Faulkner, pues desde la tragedia griega hasta el teatro expresionista distingue tantas manifestaciones literarias, pero con el propósito de transformar al personaje en puro momento ético, lo contrario ocurre con Faulkner. Faulkner procura traer a sus personajes más acá de lo psicológico y metamorfosearlos en puro momento físico. De tal modo iguala lo vivo y lo inerte. Queda, en suma, una idea del hombre

concebida desde el punto de vista corporal: los personajes pertenecen a un orden exclusivamente anatómico y la novela de tales personajes es la Historia Natural de los materiales visibles de cierta comarca norteamericana desde la Guerra de Secesión hasta nuestros días. Para enterrar a los hombres, linaje intencionalmente monocorde, Faulkner los envuelve en un lujoso sudario que oculta cualquier significación espiritual que hubiese en ellos. Nos muestra, en cambio, sus virtudes ecuestres (el capitán Galdres en *Gambito de caballo*), o atléticas, o combativas (Tomás Sutpen y sus sangrientos pugilatos con los negros en *Absalón, Absalón*; las luchas a brazo partido entre el presidiario y los caimanes en *El Viejo*). Tal es la antropología instituída por Faulkner: el hombre comparado con cierta estatuaria sublime e inexistente. No entendemos entonces por qué Faulkner procede, hasta cierto punto, como si comprendiera que su estatuaria es falsa. La conciencia que no tienen sus personajes parece sobrarle a él, que los dirige sistemáticamente a un infierno injustificado con relación a ellos mismos, pues nada han hecho para merecerlo, ya que la condena no brota de la ignorancia sino de la lucidez. De una contextura exclusivamente carnal no puede emanar un castigo ni un premio. Por eso nos parece absurdo decir que Faulkner ha "renovado la tragedia griega". Faulkner, nuevo Des Esseintes, tratando de establecer un orden único —en este caso el naturalista y positivo—, acaba por adulterarlo con una antropología de azulejos brillantes, de biceps tersos y con un pus que al final lo invade todo. No le oponemos premisas y conclusiones diferentes. No obstante, si no hubiese una antropología distinta, nos parece más saludable contemplar el vacío que taparlo con mucílagos.

LUIS JUSTO

NOTAS

Libros

NOVELA

ALBERTO MORAVIA: *Agostino* (Emecé, Buenos Aires, 1951).

El terrible descubrimiento de Agostino, esa realidad que primero vislumbra perplejo y luego el mismo devela, hechizado ya por su cruenta evidencia, es quizá el tema central de esa parte de la Psicología que se ocupa del adolescente. La literatura ha mostrado cierta predilección por tal asunto y, en mayor o menor grado y con diferente propósito en cada caso, libros de Radiguet, Richard Hughes, etc., lo han tratado. Sin embargo, no es la certera y profunda indagación de esa vivencia lo que hace excepcional la novela de Alberto Moravia. En verdad, ni el recuerdo introspectivo de las personales experiencias del autor ni la ciencia misma que el novelista haya tenido que acumular para precisar la aventura interior de un personaje, importan tanto. Una novela nos suele ganar ante todo por su carga poética, por esa energía viva que estraga nuestra impasibilidad de lectores introduciéndonos en un mundo cuyo esplendor o cuyas tinieblas nos parecen revelados por primera vez, a pesar de sernos paradojalmente conocidos.

Y así es este rincón marítimo donde el curso del sereno idilio de Agostino y su madre se ve de pronto interrumpido porque contra la intimidad de ese amor –del cual proceden para el niño la belleza del sol y del cielo– se desata una tempestad de hechos inusitados e incontenibles. La aparición de un rival es el primer signo del divorcio y la iniciación del eclipse. De ahí en adelante, Agostino va a sorprender en su madre la presencia de un nuevo espíritu, el cual operará sobre ella los más desagradables cambios. Lo que antes era dulce y amable se tornará, al conjuro de cada comprobación, agrio y convencional. Las frases afectuosas, las caricias, los mimos, perderán todo brillo y se teñirán de impudor. La ruptura será sorda y violenta al mismo tiempo. Y esa crisis inicial se ofrecerá como umbral del infierno en cuyo torbellino Agostino traspondrá el límite de la edad crédula y sencilla.

Allí se habrán de mezclar y combinar el descubrimiento de la mujer precisamente en el ser que el amor filial hace objeto de su más intenso culto, la curiosidad nunca totalmente satisfecha por saber los secretos que le comunican las torpes confidencias del majestuoso e imperturbable bañero Saro y su pandilla, el aprendizaje de la hipocresía que la vida moral exige, la batalla contra el deseo

pugnando por expresarse. La verdad no surge para él de una sola vez y con claridad. Todo lo contrario. Se manifiesta como una sucesión de pantallazos fugaces y sorpresivos que no dejan ver nítidamente aquello que el asombrado Agostino descubre fuera y dentro de su propia naturaleza. El paso hacia la verdad, que está presidido por una serie de trémulos tanteos, entre los cuales no es el menor el de las relaciones del negro Holm y el monstruoso marinero, se da con el endurecimiento de la sensibilidad y la correspondiente convicción de que nada se encuentra libre de la impureza primordial.

Aceptada esta fatalidad, Agostino enfrentará el tormento de mantener el rito familiar, ahora definitivamente vacío, y esperar que el tiempo le procure la experiencia liberadora. El conflicto del niño en ese trance adquiere un carácter dramático. Desde su interioridad, la lucha contra el derrumbe de sus mitos infantiles cobra un carácter épico porque nace de agravios profundos, de pasiones trizadas sin remedio, de soledad pura. El adolescente, llegado a esta inestable cima, mira su universo convulso y apenas lo penetra. Hasta que esa conjugación se produzca –lo que implica el acatamiento de todas las dolorosas convenciones sobre las que se basa la vida–, el alma de Agostino será víctima de su propia impotencia. Sobre las ruinas del niño enseñoreará más tarde cuando ese proceso se haya cumplido, el adulto, pero en cambio se habrá perdido para siempre un paraíso.

En *Agostino* es posible apreciar cómo Moravia no necesita renovar la técnica novelesca para trasmitir su inquietante visión de la existencia. El relato fluye como de la boca del autor, impregnado de una peculiar facultad pictórica, sensual, que describe el paisaje, los seres, los objetos, con la misma fruición y sutileza con que llega a los recovecos psicológicos de sus personajes, sin forzar para ello el estilo, cuya belleza la traducción no empaña, ni afecta la forma natural de la narración. La poesía, de este modo, es el resonante ámbito donde los hechos descritos nos interrogan y conmueven.

SEBASTIÁN SALAZAR BONDY

POESÍA

JEAN-ARTHUR RIMBAUD: *Iluminaciones*. Estudio y versión de Alfredo Terzaga. (Ediciones Assandri, Córdoba, 1951).

EXTRAÑO destino el de las *Iluminaciones*. Escritas cuando Rimbaud ya estaba firmemente decidido a abandonar la literatura, cuando todavía sobrellevaba en su ánimo las nubes tormentosas de su aventura con Verlaine, que ni siquiera

la apacible amistad con Germain Nouveau conseguía disipar, en plena soledad y durante sus vagabundeos por Inglaterra, Escocia y Alemania, las *Iluminaciones* son, sin embargo, la muestra más lúcida de esa actitud que aspiraba a "cambiar la vida" mediante "un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos". En ellas el "vidente" había fijado las formas más deslumbrantes de su experiencia interior, y en esa recuperación de su ser profundo sellaba también un destino cuyo último atributo era el silencio. Algunos de estos poemas aparecieron en la revista *Vogue,* pero la obra en conjunto no llegó a ser editada en vida de Rimbaud. Sólo fué publicada en la primera edición completa de las "Oeuvres de Jan-Arthur Rimbaud", (Mercure de France, 1898), ordenada por Ernest Delahaye con la colaboración de Berrinchon. Pero en esta edición las *Iluminaciones* aparecieron fechadas por los años 1872 y 1873, es decir, como anteriores a la *Temporada en el Infierno.* Esta distribución cronológica ha sido la causa de que se las considerara, en relación con la vida de Rimbaud, como pertenecientes a ese período de crisis espiritual que lo llevaría más tarde, a "enterrar" su imaginación y sus recuerdos, a modo de salvación de su integridad moral. En consecuencia, la imagen que se ha forjado de Rimbaud ha sido la de un poeta que luego de sentir el choque deslumbrante de la poesía se exila en el olvido, dejando como testimonio de su partida las conmovedoras confesiones de su *Temporada en el Infierno.* Imagen en la que se lo ve como un desertor hastiado y no como un poeta que se calla precisamente por haber cumplido su misión.

La restauración de las fechas verdaderas ha sido llevada a cabo recientemente por H. de Bouillane de Lacoste [1], quien fundándose en opiniones de Verlaine, establece, luego de una rigurosa confrontación con otros testimonios, los años 1873 y 1875 como las fechas en que fueron escritas y terminadas las *Iluminaciones.* Con este cambio, la obra de Rimbaud se reactualiza en una nueva dimensión que viene a destruir el sentido de frustración con que se ha preferido estimar su silencio, y se coloca en un plano donde la imagen del poeta que se aleja es desplazada por la del poeta que alcanza al ser mismo de la Belleza, luego de haber purgado su crisis espiritual en el caos del alcohol, de la maldición y del pecado.

Puede decirse, por lo tanto, que es reciente el verdadero descubrimiento de las *Iluminaciones,* en el sentido de que ellas deben ser estimadas ahora como la expresión de lo que Rimbaud buscó a través de su experiencia disociadora. Estos poemas en prosa son el fruto de una transformación de la vida y afirman en su objetividad vibrante la realidad de la poesía, más allá de los contrastes y las pasiones de la mera subjetividad. Aquello que en un principio parecía un

[1] H. de Bouillane de Lacoste: "Illuminations édition critique" y "Rimbaud et le probleme des Illuminations", Mercure de France, 1949

postulado irrealizable, el "hacerse vidente", se confirma, mediante esta nueva perspectiva cronológica, en logro perfecto, tanto más admirable por cuanto supone un triunfo sobre las limitaciones de la naturaleza humana y un modo de integración de la vida en la poesía.

Ante esta recuperación loable, es pues satisfactorio saludar la primera traducción a nuestro idioma de esta obra que ha sido para la crítica fuente de perenne inquietud. Pero en el caso de esta traducción rigurosa, lo que hay que destacar como lo más valioso del trabajo de Alfredo Terzaga, es el espíritu interpretativo y ordenador con que lo ha realizado. Situando su estudio preliminar en el estado actual de la crítica rimbaudiana, adelanta, para la mejor interpretación de estos poemas, la opinión de que "en ellos culmina la experiencia poética de Rimbaud y logran su refundición o cristalización los temas y los mitos que fueron materia de sus creaciones precedentes". Desde este punto de vista analiza las distintas etapas de su aventura hacia lo desconocido, hacia ese centro ideal que, según Terzaga, se expresa en la figura del Genio o el Ser de Belleza. A este mito responde el verdadero sentido de las *Iluminaciones*. Para hacer más evidente esta aseveración, ha ordenado los poemas en cinco grandes grupos o ciclos poéticos que configuran las secuencias de ese proceso de acercamiento a la presencia mítica e integradora del Genio. En este sentido, basándose en que "los manuscritos no tienen numeración o indicación de orden, de modo que ha quedado a sus editores la libertad de hacerlo", ha dispuesto la distribución de los poemas con un criterio interpretativo riguroso que lejos de resultar arbitrario facilita eficazmente la comprensión de los procesos internos de creación de Rimbaud, de esa lógica poética que es difícil percibirla en el orden en que se los presenta tradicionalmente. Valioso aporte para un mejor entendimiento de las *Iluminaciones*.

Luego de estudiar las alternativas poéticas que demarcan estos ciclos propuestos, con relación a la idea del Genio, dice: "Es la figura del Genio, cima de las *Iluminaciones*, una de las más felices tentativas de la poesía moderna por elaborar míticamente los elementos proporcionados por el mundo y los problemas de nuestra época. Participando de los rasgos del espíritu contemporáneo, representa al mismo tiempo un nuevo planteo y una solución original de las tendencias que habían agitado a la tradición romántica y, particularmente, al romanticismo alemán, en cuanto ellas habían intentado lograr una visión total del mundo, donde lo desconocido habría de tener también su sitio, aun a costa de la renuncia o disolución de la conciencia individual, para poder *percibir la relación directa de la existencia con la totalidad del organismo universal* [1]. Y agrega: "Esa disolución fué convertida en método por Rimbaud según los términos de la Carta

[1] Citado de Alexander Gode-Von Aesch: "El Romanticismo Alemán y las Ciencias Naturales", Espasa Calpe. Buenos Aires, 1947.

del Vidente, que daba plenos poderes en la poesía a lo de "abajo", a lo "desconocido" y al fuego". Su obra de artista demuestra, sin embargo, que los derechos de la inteligencia no fueron negados, aunque sí se sujetaron a la finalidad de ver la imagen totalizadora".

Con estas palabras que transcribimos *in extenso* queda expuesto su pensamiento respecto al problema central de las *Iluminaciones,* pensamiento del que se desprende una justa valoración de ese alto grado de conciencia que orientó al poeta, quien, a pesar del carácter insurreccional y díscolo en que se expresó, sólo aspiraba dramáticamente al orden. Por ello Terzaga, al final de su estudio, ve a Rimbaud como el poeta que "quiere imponer ese orden sobre el tumulto caótico de las sensaciones y los sentimientos, que habían alimentado a la poesía anterior", como el poeta que quiere erigir en *cuerpo poético* las relaciones y las "correspondencias" entre las cosas. Juicios éstos que en su originalidad intensa vienen a sumarse, desde las latitudes de nuestra literatura, a la corriente de investigaciones y críticas que han visto en la actitud de Rimbaud expresarse ese drama espiritual que configura nuestra mentalidad occidental y que a veces surge como una confirmación irrecusable de nuestra presencia en la historia.

EMILIO SOSA LÓPEZ

FERNÁNDEZ MORENO: *Penumbra. El Libro de Marcela.* (Losada, Buenos Aires, 1951.)

Sobre *Penumbra* y *El Libro de Marcela,* reunidos y publicados en un tomo al año de fallecido su creador, campea, más firme y madura que nunca, aquella sonrisa con que el laureado poeta de *Aldea Española* cubría la desnudez de toda anécdota.

La muerte de un hijo, en 1937, y una consecuente depresión nerviosa "dictaron", según lo confiesa en el prólogo en tercera persona su propio autor, los versos de *Penumbra,* como una "sombra parecida a la que hacen las ramas sobre los muros o las nubes sobre las aguas", o –agregaremos nosotros, al cabo de la lectura de la obra– como la sombra que hace una sonrisa melancólica sobre un rostro que recuerda.

La muerte –de cuya proximidad nos habla en "puro y transparente" soneto endecasílabo o alejandrino, en añosa cuaderna vía, en *porteñísima* décima, en eneasílabos monorrítmicos o en otras espontáneas manifestaciones estróficas y métricas –es, en el primer libro de este volumen póstumo de Fernández Moreno, lo mismo que la vida, una tranquila aceptación de lo cotidiano y variable exaltada al símbolo inmutable de todos los días: el tiempo, como sentimiento imperecedero del hombre.

Por ejemplo:

Un paso a la derecha y otro a la izquierda, acaso.
Irás retrocediendo un día paso a paso
hasta un rinconcillo moribundo y escaso.
Vivirás como puedas pero ahí termina el caso.

O bien:

En toda clase de oleajes,
felicidad, adversidad,
te he recordado a cada hora
y ya no hay tiempo de olvidar.

O, por último:

Que he resumido, desde el primer día,
hacecillo de dulces y agrias flores
y medio siglo de melancolía.

Tras esta profunda penumbra, el poeta de *El Hijo* vive en 1945 el advenimiento de una nieta y su clara consecuencia: una cándida sonrisa, remontada por el abuelo a los mismos vientos que despeinan sus casi sesenta años. Vuelve, así, a recuperársenos el hombre que halla trascendencia de su canto en los aconteceres domésticos:

Soy tu primer poeta y soy tu abuelo...
Tal vez clames un día mi presencia:
búscame por la tierra y por el cielo.

O en la observación del detalle:

y sabrás lo que es la brisa
rodando sobre la acera
o la llovizna que cae
y en seguidita se seca.
Nada, que te sube al labio
una canción y la sueltas.

O frente a la grandeza del mar:

la más exacta voz del universo.

O en la descripción plástica de un sentimiento:

Rama a rama los árboles quieren pinchar el cielo,
llegar a él por lo menos y hacerle unos rasguños.
Se estremece en las sombras mi corazón de abuelo
y llevo en los bolsillos apretados los puños.

Fernández Moreno fué, pues, y por sobre todas las cosas, un poeta que supo sonreír. Si hubiéramos de expresar con una única palabra aquello que, por lo demás, suele necesitar de varias para ser expresado, esto es, en qué radica esa unidad estilística, esa personalidad insular que, floreciente en todos los libros de Fernández Moreno, halla en el libro que comentamos su floración máxima, no titubearíamos en la elección: *serenidad.*

CARLOS F. GRIEBEN

LITERATURA GENERAL

Los viajes de Marco Polo. Introducción de Manuel Komroff, traducción de Luis Fabricant, y 10 ilustraciones de J. Briones (Peuser, Buenos Aires, 1951).

Si los siglos XV y XVI fueron los siglos de los grandes viajes marítimos, los siglos XIII y XIV lo fueron de los grande viajes terrestres. Ya durante toda la Edad Media, motivos religiosos habían estimulado con frecuencia extensos viajes terrestres: de los budistas chinos a la India en busca de reliquias y manuscritos, de los árabes en sus rituales peregrinaciones a la Meca y a otros lugares sagrados, y, más tarde, de los cristianos a la Tierra Santa. Esos viajes, que a veces llevaron a recorrer regiones poco conocidas, dieron origen a relatos y escritos de indudable interés geográfico.

Pero es en el siglo XII, época en que el dominio mongol sobre China y los pueblos musulmanes de Oriente hace concebir esperanzas de obtener un apoyo en contra de los sarracenos, cuando los cristianos de Occidente inician sus largos viajes a través de Asia. A mediados de siglo el Papa Inocencio IV envía en misión diplomática al franciscano Giovanni del Pian del Carpine a la corte de Gengis Kan, y aunque esa misión fracasa el escrito que dejó el franciscano sobre los mongoles "que nosotros llamamos tártaros" es de gran interés geográfico y constituye uno de los dos mejores libros sobre Asia anteriores al de Polo. El segundo es de Guillaume de Rubruquis, también franciscano, enviado por el rey de Francia San Luis algo después de Giovanni, y que como éste, llegó hasta Karakorum. Otro franciscano, Giovanni de Montecorvino, estuvo también en China a principios del siglo XIV y sus cartas contribuyeron al conocimiento en Europa del Extremo Oriente. Agreguemos, por su parte, que los chinos fueron grandes viajeros (uno de ellos realizó el viaje de Marco Polo contemporáneamente con él, pero en sentido inverso) y que entre los árabes encontramos uno de los más grandes viajeros de todos los tiempos: Ibn Battuta, que en el siglo XIV, entre varias peregrinaciones a la Meca, realizó extensos viajes por Asia y por África, llegando hasta China, Sumatra, Sudán y Tombouctou.

Pero es indudable que el viaje de mayor importancia y resonancia fué el

de Marco Polo, o mejor de los Polo, pues Marco viajó con su padre y un tío, que partiendo de su patria: Venezia, en 1271, regresaron a ella casi un cuarto de siglo después, en 1295. Pero fué Marco (c. 1254-1324) el que por su juventud y su inteligencia logró captarse la confianza del célebre Kublai Kan (c. 1215-1294), kan de los mongoles desde 1259 e iniciador de la dinastía china de los Yuan en 1271, que encomendó al joven veneciano varias misiones políticas en distintas regiones de sus dominios.

Marco Polo no fué un geógrafo, sino un hombre de negocios inteligente y buen observador; si, como todos los hombres de su época, fué crédulo respecto de lo que le referían, es veraz acerca de lo que ve. A fines de siglo, durante un cautiverio en Génova, dicta el relato de sus viajes a un compañero de prisión, que lo escribe en francés, naciendo así uno de los más extraordinarios libros medievales. De ese primer manuscrito nacieron muchos otros, en distintos idiomas, algunas con interpolaciones del mismo Marco Polo, de manera que se hace difícil hablar de un texto auténtico de este escrito que sus contemporáneos llamaron *Libro del Milione,* como a su autor, que apodaron Marco Milione, sin duda para aludir irónicamente a los millones de fantasías que en él veían: millones de rentas, millones de jinetes...

En el siglo XV aparecieron numerosas versiones impresas: la primera es una alemana de 1477; una versión latina incunable fué la utilizada por Colón, y una versión italiana de ese siglo es la que se incluyó en la conocida colección de *Navigationi e viaggi* de Ramusio, aparecida en Venezia en 1559. La primera versión española de los *Viajes* es de la segunda mitad del siglo XIV y la primera impresa es de Sevilla, 1503.

Posteriormente, el libro se ha editado infinidad de veces, pero las ediciones críticas, con comentarios, notas y mapas, y en las que, al mismo tiempo que se cotejan los datos de Marco con las exploraciones del siglo pasado se utilizan documentos inéditos de fuente china de la época de los viajes, apenas son de este siglo. A las ediciones anteriores hay que agregar las de carácter popular, entre las que debe incluirse la edición, traducida del inglés, que acaba de aparecer entre nosotros. El original inglés proviene de una traducción inglesa de comienzos del siglo pasado, de la versión italiana que figura en Ramusio, que se ha corregido de los numerosos errores que contenían mediante el cotejo con una de las mejores ediciones actuales de los *Viajes:* la de Yule-Cordier de este siglo, al mismo tiempo que se la ha descargado de las notas demasiado eruditas, y de todo el material que podría obstaculizar la lectura. En efecto: las escasas notas, la división en capítulos, el carácter de las ilustraciones, convierten esta edición en un libro de lectura fácil y amena; estimamos sin embargo, que un mapa, no estilizado como el que figura en las tapas interiores, hubiera resultado sumamente útil.

Los *Viajes* se inician con un prólogo en el que Marco Polo (todo el libro está escrito en tercera persona), relata las circunstancias que motivaron sus viajes, tanto de ida como de vuelta. Recordemos únicamente que la parte más interesante de esos viajes, del Golfo Pérsico al mar de China, se realizó por tierra a la ida y por agua al regreso.

Al prólogo siguen cuatro libros en los que, siguiendo más un itinerario geográfico que un orden cronológico, se describen distintas regiones recorridas o visitadas por Marco Polo. El primer libro, el más interesante desde el punto de vista geográfico, describe el viaje desde Armenia hasta China, a través de Asia Central; el segundo, además de relatar los hechos y la corte de Kublai Kan, describe distintas regiones de China y el Tibet; el tercero habla de Japón, del archipiélago malayo, de India, así como de regiones africanas: Madagascar, Zanzibar, Abisinia; y el cuarto describe las regiones recorridas en el regreso de Ormuz a Constantinopla. En esas descripciones, en las que las cosas vistas alternan con relatos oídos, se dan noticias de los lugares y ciudades, con datos acerca de sus habitantes, sus costumbres y creencias, sus luchas pasadas o contemporáneas, los productos de la región, su comercio, etc. De esos relatos, son los de índole geográfica los más importantes pues varias de las regiones que recorriera Marco Polo en el siglo XIII no han vuelto a ser pisadas por europeos hasta el siglo pasado.

Al atravesar Armenia nos habla del monte Ararat: "una montaña muy alta y muy ancha sobre la cual, según cuentan, quedó depósitada el Arca de Noé, al retirarse las aguas del diluvio, razón por la cual se la denomina Monte del Arca"; y de un aceite que mana de una fuente, en las proximidades de la frontera con Georgia, que entre otros usos "también es bueno como combustible; no se quema otro en los países vecinos...". Después de atravesar el desierto de sal de Kerman y abandonar Persia, habla del Viejo de la Montaña y de su secta de "asesinos". Este relato, si se le despoja de ciertos ribetes novelescos, es histórico, pues el Viejo de la Montaña es una figura vinculada con una secta religiosa árabe fundada hacia fines del siglo XI y que acostumbraba a embriagar con hachich a algunos de sus miembros, a los que se confiaban misiones peligrosas (del nombre de estos miembros se derivó en las lenguas neolatinas la palabra "asesino").

Después de describir una región próxima a unas montañas que dan una cantidad de sal "tan grande que podría satisfacer a todos los países de la tierra hasta el fin del mundo", llega a una gran planicie, la meseta de Pamir, en la que el aire es de tal sutileza "que los fuegos que aquí se encienden no dan el mismo calor, ni arden con el brillo acostumbrado, y el cocinar se hace mucho más difícil que en los lugares bajos"; y en la que hay unas ovejas de gran tamaño y de largos cuernos. Son de la especie que los naturalistas han dedicado

al viajero veneciano: *Ovis Poli,* que en verdad ya había sido descrita por Rubruquis. Luego llega la temible travesía de un mes del desierto de Gobi, relatando Marco Polo las leyendas acerca de los espíritus que moran en ese desierto que, con visiones y sones, tratan de lograr que los viajeros se extravíen y encuentren la muerte. (Los sonidos se han atribuído a grandes movimientos de las dunas).

Al llegar a Karakorum, ciudad en la que tuvo origen el poderío mongol con Gengis Kan, Marco Polo narra las luchas que dieron lugar a ese poderío, apareciendo una de las figuras legendarias que más han impresionado a la mente medieval cristiana y que contribuyó a las exploraciones geográficas, la del Preste Juan, mezcla de rey y de sacerdote, del cual se habla desde fines del siglo XI y que, por una extraña conversión, en el siglo XV vemos convertido de monarca de un reino de Asia Central en un rey africano de Abisinia. Como según Sarton, toda leyenda tiene siempre algo de verdad, es probable que se trate de un nestoriano, es decir, uno de los miembros de una secta nacida en Siria en el siglo V que al ser perseguidos como herejes, difundieron por toda Asia, hasta China, no sólo los principios cristianos, sino las doctrinas filosóficas y científicas griegas. Marco Polo en su viaje se encontró frecuentemente con monasterios nestorianos.

Al penetrar en China aparece una extraña omisión: Marco Polo no menciona la Gran Muralla, como tampoco menciona el té, no obstante recorrer la zona de su cultivo, ni la costumbre de las mujeres chinas de vendarse los pies, ni la peculiaridad de la escritura china, ni otros rasgos característicos de ese pueblo.

Aparecen luego las descripciones de las grandes ciudades y de los palacios del "Gran Kan"; Shandú, la Shangtú actual o la Xanadu del poema de Coleridge; y la capital: Cambalú, la actual Pekin, con sus costumbres, fiestas y palacios. Es en esa ciudad donde está la Casa de Moneda que emite papel moneda y puede decirse, comenta Polo, que el Gran Kan "posee en verdad el secreto de los alquimistas, puesto que sus artes le permiten producir dinero...", y donde residen, entre cristianos, musulmanes y chinos, unos cinco mil astrólogos con sus astrolabios y con sus tablas. Muchas páginas dedica Marco Polo también a "la muy noble y magnífica ciudad de Kin-sai", la actual Hang-chow, "que supera a todas las otras ciudades del mundo en grandor y belleza, así como por la profusión de encantos y deleites que aquí encontráis y que os inducirían a creeros en el paraíso".

Al referirse a las regiones del archipiélago y de la India, que Marco Polo recorrió por mar, abundan los relatos fantásticos: en las islas Andamán "los hombres tienen cabeza, ojos y dientes de perro"; en medio del océano hay dos islas que se llaman Isla Macho e Isla Hembra, porque en ellas habitan solamente

hombres y mujeres, respectivamente, ambas típicas leyendas de marineros; en la isla de Madagascar aparece en cierta época del año un pájaro gigantesco y tan fuerte "que puede coger un elefante entre sus garras y levantarlo en el aire". Es el *ruk*, frecuente en las leyendas del folklore árabe, pero que "micer Marco Polo creyó en un principio que podría tratarse de los grifos..., es decir, criaturas mitad pájaro, mitad león".

El regreso de los Polo a su patria, que ellos deseaban pero al que Kublai Kan no accedía, fué facilitado por una afortunada oportunidad, sin la cual ni ellos hubieran regresado ni Occidente hubiera oído hablar, por lo menos entonces, de Catay, de Cipango, y de las fabulosas riquezas de la India.

Pero, termina Marco Polo, "creo que estuvo en la voluntad de Dios el hacernos volver para que la gente de Occidente pudiera conocer todas las cosas que hay en el mundo y que no han visto".

FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA: *Ameghino. Una vida heroica* (Nova, Buenos Aires, 1951).

Este libro no tendría razón de haber sido escrito si ya existiese de Ameghino una sola biografía completa, nos dice Márquez Miranda al iniciar uno de los últimos capítulos de su obra. La verdad es que una biografía completa de Ameghino no es tarea fácil. Su "vida heroica" no fué de resonancia pública. Su heroísmo no reside en gestos o actitudes grandilocuentes, sino en la lucha atormentada en pos de la búsqueda de una verdad que se quiere y se presiente, pero que se sabe erizada de dificultades; en pos de la realización de una obra que se quiere cumplir, pero que se sabe que ni el tiempo ni los medios lo permitirán. "Tiempo, tiempo, tiempo es lo que me falta; voluntad me sobra", escribe Ameghino en 1899. Voluntad que le permitió, en una vida que no llega a los sesenta años, dejar veinte mil páginas escritas, miles de piezas estudiadas...

Además, la especialidad científica de Ameghino no es de fácil exteriorización: no es de resultados visibles ni de aplicaciones utilitarias. La geología, la antropología, la paleontología son ciencias difíciles y complicadas, y aun el problema al que Ameghino dedicó toda su vida y a cuyo servicio puso todas sus investigaciones, el problema de la antigüedad del hombre en el Plata, de evidente interés para el hombre culto, es muy intrincado e imposible de abordar sin conocimientos especializados. A lo que cabe agregar que este problema ha dado motivo a importantes discusiones científicas, a veces apasionadas, y que ni en vida de Ameghino ni después, los científicos se pusieron de acuerdo al respecto, lo que, por supuesto, prueba el gran mérito de Ameghino al plantearlo. (Aun recordamos, por nuestra vinculación personal con uno de los protagonistas, las

discusiones suscitadas por el trabajo de Joaquín Frenguelli y Félix F. Outes: *Posición estratigráfica y antigüedad relativa de los restos de industria humana hallados* en Miramar, que en 1924 se leyó y se debatió durante tres sesiones en nuestra Sociedad de Ciencias Naturales; trabajo de veinte páginas cuyo título alude claramente a la vinculación de los problemas geológicos con los antropológicos y cuya discusión, que en la publicación abarca cien páginas, tuvo por polo (invisible) a Ameghino.)

Estos hechos explican, según nuestro entender, la difundida creencia en que Ameghino no era conocido en su patria. Cuando Sarmiento, en 1882, escribe: "Un paisano de Mercedes, Florentino Ameghino, que nadie conoce, y es el único sabio argentino, según el sentido especial dado a la clasificación, que reconoce la Europa", la frase encierra una doble intención, pues si el nombre y la fama de Ameghino, que aún no contaba treinta años, había llegado hasta él, Sarmiento, no era seguramente por ser un desconocido. Sin duda se ha exagerado el desconocimiento de Ameghino en su propia tierra: profesor universitario y luego vicedirector del Museo de La Plata antes de los treinta y cinco años, y director del de Buenos Aires antes de los cincuenta, no era evidentemente desconocido para el público científico. En cuanto al público en general ¿en qué país del mundo los habitantes en general conocen a sus hombres de ciencia?

Volviendo al *Ameghino* de Márquez Miranda, digamos que es una excelente biografía, en la que en forma feliz la figura de Ameghino se destaca en el ambiente y en la época en que actuó: ese ambiente de Buenos Aires y de La Plata entre el 75 y el Centenario, en el que se mueven grandes figuras de nuestra cultura: Sarmiento, Mitre, Zeballos, con los próceres de nuestras ciencias naturales: Burmeister, Ameghino, Moreno, Holmberg. Pero Márquez Miranda no nos habla sólo del sabio Ameghino, sino también del hombre Ameghino, mostrándonos al hermano cariñoso, al sabio polemista pero ecuánime, al funcionario cumplidor y responsable. Para ello ha utilizado la correspondencia científica y privada, de las que nos ofrece una selección de cuarenta cartas, y que constituye un conjunto de elementos, que, como dice Márquez Miranda, ha quedado en los últimos cuatro gruesos volúmenes de las *Obras Completas* "intacto hasta hoy, en que nosotros lo utilizamos por vez primera. Ello nos permite dar, acaso, un Ameghino nuevo, recobrado del ditirambo y del dicterio y quizá más ajustado a su realidad humana que los que le precedieron. Sólo hemos hecho lo que parece imposible que no se hiciera antes: volver por el Ameghino verdadero".

JOSÉ BABINI

Cinematógrafo

"FESTÍN DIABÓLICO"

Algunas veces se ha discutido —entre nosotros con bastante acaloramiento— la importancia del "tema" como punto central de una obra. Personalmente no creo en el "tema". El tema sólo tiene valor cuando es símbolo de una vivencia íntima, a veces ignorada conscientemente, de quien lo crea. Acaso no haya —en la literatura policial como en cualquier otra— más de media docena de temas centrales. Pueden, naturalmente, variar hasta el infinito, ser irreconocibles según quien los trate, según quien se haya sentido atraído por un determinado tema, porque, para su alma, éste simbolizaba algo.

El tema del festín, con el muerto debajo de la mesa, ha ejercido siempre una potente fascinación. Es posible que la idea nos parezca, cuando razonamos, siniestra, melodramática, folletinesca. En realidad atrae tanto como pueden atraer el folletín o el melodrama. (No olvidemos que el folletín no ha sido superado dentro de la novela; la *novela,* por esencia, es folletín, tiene siempre algo de folletín.)

Se ha reprochado a *Festín Diabólico* tener un tema trillado; se le reprocha que, desde el principio, se sabe cuál será el final. No importa que el secreto se conozca de antemano: lo que importa es *cómo* llega a conocerse. En la novela policial es más importante el *detective* que el criminal. Nos interesan más las peripecias del *detective* que el crimen en sí. El planteo de una novela policial no es *¿cuál* es la solución?, sino: *¿cómo* se llega a la solución? Y la solución —no únicamente en la novela policial—, sólo es tal por la manera en que llegamos, gradual, ansiosa, angustiosamente, a ella.

Hitchcock sabe esto demasiado. El suspenso de *Festín Diabólico* casi no tendría razón de ser: desde el principio sabemos que los muchachos criminales serán descubiertos, y sabemos que es su antiguo profesor quien los descubrirá. Pero, minuto a minuto, en una cámara de continuidad obsesionante, vemos sus miedos, su obstinación, sus quiebras, su orgullo, su cinismo el vacío que los ha llevado al *crimen perfecto,* y a descubrirse finalmente. Ese crimen necesita espectadores y admiración. En el fondo del miedo de uno de los criminales, y en el cinismo del otro, está el desesperado deseo de ser descubiertos y admirados. Son capaces de llevar a cabo su idea, desafían

todo, y no pueden permanecer ignorados. Tal vez detrás de cada atrevimiento y de cada desafío hay un atroz amor frustrado, un deseo de dominio, un horrible vacío: hay que matar o matarse para poder sentir.

El crepúsculo en una calle de New York. Pasan unos transeúntes; un policía ayuda a travesar la calzada a unos niños. La cámara, que nos ha mostrado un momento cualquiera en el atardecer de una ciudad inmensa, sube luego sin interrupciones, atraviesa un ventanal, entra en un departamento y en el crimen. El film se desarrolla en un único escenario, que se multiplica, se divide, en la movilidad obsesionante de la cámara que no reposa. Ese sólo escenario se transforma en todos los escenarios que puede tener una película. Ese ventanal inmenso, por el que vemos el color de la ciudad, el atardecer gris y sangriento, las luces de colores que van poblando la noche, es uno de los elementos indispensables para la atmósfera cerrada, cargada de voces, de comentarios insípidos de invitados, de oprimente angustia y de vaciedad que, como "in crescendo", van invadiendo el film.

La fiesta en la que se habla de Cary Grant y de Errol Flynn, en la que se comentan unos amores sin importancia, no puede tener más final que el descubrimiento del crimen.

En *Festín Diabólico* hay más cosas implícitas de lo que parece; el suspenso no está sólo en lo que se dice y hace, sino en lo que no se comenta, en las vidas enloquecidas de esos muchachos que por aburrimiento, y por vanidad exasperada, matan a su compañero. El crimen es en ellos una vibración más, la última, y tal vez tan desilusionante como las demás.

El alegato del profesor, cuando descubre el cadáver, es la única concesión que Hitchcock ha hecho al gran público. Pero frente a esto, está el momento final: las luces rojas jugando en las manos, el rumor de New York por la ventana abierta, los disparos en la noche, los letreros luminosos, la angustiosa espera.

Los actores se mueven admirablemente en la atmósfera que parece irreal: John Dull el cínico, Farley Granger el cobarde, unidos irremisiblemente; James Stewart, el profesor ante quien han representado la comedia, en un intento absurdo de deslumbrarlo, de atraerlo, de hacerlo cómplice, de ser admirados por él.

"LA PRISIONERA DEL CASTILLO"

El cine inglés se ha especializado en los temas legendarios, fantásticos, históricos. El tecnicolor da valor a las leyendas, las transforma no en una realidad –los colores son irreales–, sino en lo que desearíamos que fueran las cosas con las que, de uno u otro modo, soñamos. Los secretos de la his-

toria ejercen poder sobre las imaginaciones adolescentes. Los ingleses conservan una frescura que les hace vivir aventuras en remotos países o internarse, con precisión y con nostalgia, en el pasado.

La literatura inglesa es la madre de la aventura y del misterio; dentro de lo fantástico el cine inglés puede reconstruir como ninguno el pasado, darnos la ilusión de que las cosas son tal y como las presentan ellos.

La historia de Koenigsmark ha tentado varias veces a los productores. Hubo una romántica versión de Norma Talmadge en la época muda. Elisa Landi apareció con ropas modernas, en la versión francesa de la novela de Pierre Benoit.

Pero "Koenigsmark", de alguna manera, necesita el color, los trajes de época, el carnaval frenético de *La prisionera del castillo.*

El fulgor de una novela de Dumas, el recuerdo de los olvidados y maravillosos films de la infancia, cuando el cine enseñaba deslumbrando, aparecen en *La prisionera del castillo.*

Stewart Granger –con un físico mucho menos afortunado– ha heredado los papeles que dieron fama a Ramón Novarro y al insustituíble Rodolfo Valentino.

Este género de la historia y de la leyenda, injustamente despreciado a veces, es, tal vez, el más cinematográfico de todos los géneros.

ESTELA CANTO

CALENDARIO

DEL PERÚ ANTIGUO. – Miguel Cabello Valboa fué uno de tantos españoles jóvenes y animosos que pasaron al Perú a mediados del siglo XVI, apenas aplacadas las turbulencias de las guerras civiles. Pero no lo traía el afán de hacer fortuna ni el de ilustrarse en empresas militares, sino el de historiar el origen del hombre americano. Con ese pensamiento se había embarcado, y a su realización habría de dedicar sus largos y ásperos años de América. La vida no le ofreció halagos materiales; para garantizar su subsistencia, hubo de ordenarse de sacerdote. Frecuentes expediciones evangelizadoras a sitios inhóspitos le contaron como capellán; allá iba Cabello Valboa, feliz de poder saciar su espíritu de aventuras y de recoger informaciones para su obra. Esa obra –la *Miscelánea antártica*– fué conocida en los círculos intelectuales de Lima a fines del siglo XVI; existe un poema anónimo de la época, que celebra a los integrantes de la "Academia antártica" y a sus obras, donde la *Miscelánea* figura en lugar de honor, entre las obras de Cabello. Pero pese a los elo-

gios, permaneció inédita, y a la muerte del autor del manuscrito fué a parar a la biblioteca del conde-duque de Olivares, donde tuvo oportunidad de examinarlo el famoso erudito Antonio de León Pinelo. Pero con el fallecimiento del conde-duque vino la dispersión de su biblioteca; la viuda del ilustre hombre de Estado no tenía afición a libros ni a papeles y vendio o regaló unos y otros. El manuscrito de la *Miscelánea* desaparece por dos siglos y medio; para 1892 lo compra en Madrid un bibliófilo mexicano y, cuando éste muere, pasa a la Universidad de Austin (Texas). Ahora, al promediar el siglo xx, la obra que permaneciera inédita durante tanto tiempo —tanto, en verdad, que ya se han perdido el lugar y la fecha de la muerte del autor—, es objeto de dos ediciones casi simultáneas. *Mar del Sur,* de Lima (Nº 17) reproduce el prólogo que a la segunda de ellas, efectuada por el Instituto de Etnología de la Facultad de Letras de San Marcos, puso Luis E. Valcárcel, quien es también autor de una cronología y un resumen biográfico de Cabello Valboa.

Una yanqui en Roma. — Eleanor Clark describe sus impresiones de la Ciudad Eterna en *The fountains of Rome (Partisan Review,* julió-agosto). Comienza con una afirmación categórica: "Para la mentalidad anglosajona, regida por la conciencia y el romanticismo, rígida en sus intimidades, todo aquí es chocante". Las fuentes, en primer término: le parece inconcebible que los viajeros de los "siglos corteses" se hayan extasiado ante ellas, pues "la verdad es que son sumamente indecentes, de diversos modos", a saber: por su número, por su ubicación, y sobre todo por la vida que fluye de ellas: "Hasta el genio empleado en su erección resulta chocante. No son *objets d'art* apartados de la vida y tratados con respeto, como sucede en cualquier otra parte; aquí hay una proximidad, una inmediatez de contacto tal como no la tiene nada en nuestra vida, salvo los sueños y el sexo. Siempre hay alguien bebiendo en ellas y salpicándolas y hay gente que se sienta y hasta se sumerge en ellas como en su propia memoria y muy a menudo hay desperdicios de todas clases en sus hermosas piletas, porque aunque los barrenderos de Roma son muchos y muy trabajadores, no pueden estar en todas partes al mismo tiempo". Algo parecido sucede con las iglesias, donde todo le parece a Miss Clark carnal y próximo, donde Dios "'no está allá arriba entre sombras góticas sino aquí, al alcance de la mano, y se puede tocarlo y olerlo y acariciarlo". Puesta a encontrar "shocking" las cosas de Roma, hasta los espacios abiertos le resultan cerrados y los fulmina sin aplicación, junto con las fuentes, las iglesias, los ancianos, los mendigos, los mingitorios, los sacerdotes, fraile y monjas y el culto que se rinde a las mujeres embarazadas. Sólo se salva de la demolición general una vieja vendedora de periódicos, personaje que le parece "la mejor comediante romana de hoy", y sobre cuyas hazañas se explaya con delectación. La vieja en efecto

entra en los restaurantes de turistas, con el montón de diarios bajo el brazo, pregonando noticias inventadas, a cada cual más sensacional; se sienta a la mesa de los turistas, bebe su vino, les regala algunos proverbios o algunos comentarios de actualidad. Es, en otras palabras, una persona con "color local" para consumo de extranjeros desprevenidos, y Miss Clark, con toda su desdeñosa seguridad intelectual, ha caído en la trampa.

RESUMEN DE UNA TESIS.—El conocido escritor francés —residente entre nosotros — René Marill-Albérès, publica en el número de agosto de la *Revue de Paris* un resumen de su tesis sobre *les écrivains de la révolte,* desarrollada en el laureado libro del mismo título y en diversos estudios críticos. "Un Bourget, un Barrès, un François de Courel, plantean problemas bien delimitados *en el interior de un mundo que aceptan*... Por el contrario, un Malraux, un Camus o un Bernanos ya no pueden plantear problemas definidos y limitados: cada vez que se les plantea una cuestión, es *en un mundo que ellos rechazan*... El cambio no tiene lugar entonces originariamente en la naturaleza de los problemas que plantea la literatura, sino en la actitud general de los escritores; éstos ya no se indignan ante el detalle sino ante el conjunto, no acusan al vicio o a una institución en particular, sino a toda la sociedad y, más allá de ella, al mundo, y al propio Dios. Por eso nos encontramos frente a una literatura de la Rebelión, una literatura que no acepta nada de lo que existe y que se ve inevitablemente llevada hacia los problemas metafísicos... La noción trágica del desacuerdo entre el hombre y el mundo es la llave maestra de los universos, por lo demás tan distintos, de nuestros más grandes contemporáneos... El orden y la posibilidad del orden desaparecen del universo tal cual lo siente y lo vive nuestra sensibilidad literaria. Las nociones que garantizaban ese orden son sometidas a una sátira virulenta: la noción de personalidad, por ejemplo... ¿Qué le queda al hombre que se imagina así incoherente en un universo absurdo, presa de "la angustia, la doble angustia de no poder escapar ni a su destino particular, ni a la dura necesidad de la muerte, ni de encontrarse solo en un universo incomprensible (Julien Green, *Si j'étais vous)*? Le queda asumir su destino particular; le queda el valor, le queda el rebelarse, como dice Camus, contra esa condición que se le impone. Esta rebelión es ante todo la búsqueda de lo imposible. Consiste en aferrarse a lo que antes se creyó imposible de realizar. Malraux, atormentado por el problema de la muerte y el destino, se apasiona por la eternidad... Esta rebelión es una negativa de acomodarse a las viejas fórmulas de vida... Quizá no todo sea negativo en este sentido. De esta negación apasionada surge finalmente un valor central, que es *"la sinceridad, la severidad consigo mismo, la voluntad de no hacer trampas con el destino, de no buscar refugios ilusorios o hipócritas ante los problemas*... Si los escritores de la re-

belión parecen en efecto llegar a un punto muerto, buscar la libertad imposible, la pureza imposible, mientras conservan los pies en el lodo y las manos sucias, quizá sea porque los nuevos valores que les pedimos cristalicen no han hallado aún un vocabulario, una forma de expresión *común*, un cristal inicial alrededor del cual se opera la cristalización. Sus ideas morales forman una solución sobresaturada; pero para realizar la cristalización hace falta un comienzo, quizá un catalizador. Ese catalizador es el lenguaje... Para que se constituya, tras los escritores de la rebelión, un sistema coherente de pensamiento y de valores, no es un absoluto necesario inventar nuevos valores... No acusemos a nuestros escritores de no darnos cocida y condimentada la grandeza de nuestra época. Ayudémosles más bien a hallar la palabra de Sésamo y tendremos la alegría del sabio o del alquimista que ve cristalizar en perdurable diamante la solución turbia".

LA EFICAZ PROPAGANDA COMUNISTA. — Pablo Neruda es sin duda un gran poeta, y el *Canto General* es sin duda un gran poema; ni lo uno ni lo otro habrían bastado para que a los pocos meses de su aparición el *Canto* fuera traducido al francés si Neruda no fuera comunista; no sólo ha sido publicada la traducción francesa del *Canto*, sino que todos los intelectuales franceses "de izquierda" —esos que hoy se disfrazan de palomas de la paz— entonan sonoras loas al libro, aun cuando de Chile y de América nada sepan y aun cuando de Neruda quede muy poco luego de la traducción (obra de Alice Ahrweiler, cuyas inepcias en la materia ya nos ocuparon alguna vez).

Y OTRA PROPAGANDA, ROJA PERO CASERA.—El llamado "revisionismo" histórico comenzó pretendiendo restablecer la verdad histórica, que según sostenía había sido deformada y adulterada por los vencedores de Rosas. A poco andar comenzó a prevalecer en su prédica la propaganda, y ahora han abandonado todo asomo de llegar a la verdad, contentándose con ser panegiristas y aduladores de Rosas y de su tiranía, en todos los aspectos posibles. La *Revista del Instituto Juan Manuel de Rosas de Investigaciones Históricas* (Nos. 15-16) está llena de ejemplos en ese sentido. Contentémonos con dos, que son harto sintomáticos y que podrán poner en guardia a los incautos —si es que alguno queda— acerca de las verdaderas intenciones de estos "historiadores". Alfredo Tarruella, en un artículo sobre pintores de la época de Rosas, habla de Carlos Morel, valor sin duda destacado, pero no explica por qué se apagó súbitamente para el arte en 1845, aunque siguiera viviendo casi medio siglo más. Es que ese pintor "rosista" fué llevado un día, en plena paz, de improviso, al campamento de Santos Lugares, para ser degollado. La ejecución no se llevó a cabo, pues se aclaró que había mediado un "error"; pero la impresión fué tan atroz que Morel enloqueció para siempre. Y eso era en 1845, con todo el país en calma, sin que hubiera si-

quiera la torpe excusa de las "reacciones populares" con que quiere envolverse los degüellos de 1840, cuando Lavalle estaba a las puertas de Buenos Aires. Ya puede juzgarse del grado de libertad y tranquilidad de que disfrutaban los artistas en esa maravillosa Buenos Aires colorada de don Juan Manuel, donde según Tarruella la pintura florecía idílicamente.

El otro ejemplo viene del hombre mentalmente más responsable con que cuentan los rosistas: José María Rosa (h.). En un comentario bibliográfico, afirma que Rosas fué en sus ratos de ocio "'poeta, y no de los peores". Asombra encontrar tomada como artículo de fe la leyenda inventada por Gálvez en torno a un verso de Quevedo ("humilde soledad, verde y sonora") copiado por Rosas. Gálvez, ignorante de la paternidad del verso, lo atribuyó a Rosas, y aun tuvo el desparpajo de citar (en su "Vida" del tirano) la opinión de Arturo Marasso, quien le habría dicho que el verso revelaba grandes calidades poéticas en su autor, que era de bello corte clásico, etc. Todos recordarán cómo Marasso puso rápidamente en vereda a Gálvez, desmintiendo sus inexactitudes y señalando que le había dicho que el verso era de Quevedo; de donde quedó Gálvez convicto de mala fe. Pero al parecer se confía en la mala memoria de la gente, y así sigue rodando la leyenda de Rosas poeta, basada en un solo verso; como si ese verso, ese verso ajeno, pudiera ser dique al torrente de sangre y de lágrimas que causó Rosas.

ALFREDO J. WEISS

Bibliografía

I. FILOSOFIA, RELIGION

Dilthey, W.: Psicología y teoría del conocimiento. Reimp. (Fondo de Cultura, México, $ 29.—).
Gambra Ciudad, R.: La interpretación materialista de la Historia (Consejo Superior de Invest. Científicas, Madrid, $ 16.—).
Jungmann, J.: El sacrificio de la misa (Urrivelarrea, Madrid, $ 37.50).
Nietzsche, F.: Aforismos (Rueda, $ 20.—).
Turró, Ramón: Tres diálogos sobre filosofía de la estética y de la ciencia (Periplo, $ 4.—).

II. CIENCIA

Slater, John C. y Frank, Nathaniel H.: Introducción a la Física teórica. Dos tomos. (Espasa Calpe, $ 40.—).
Titchmarsh, E. C.: Esquema de la matemática actual (Fondo de Cultura, México, $ 6.—).

III. LITERATURA

a) Ensayos

Alonso, Amado: Poesía y estilo de Pablo Neruda. Reimp. (Sudamericana, $ 20.—).
Canal Feijoó, Bernardo: Teoría de la ciudad argentina (Sudamericana, $ 12.—).

De La Guardia, E.: **Lohengrin, de R. Wagner** (Ateneo, $ 18.—).
Howard, J. E.: **En otros años y climas distantes** (Raigal, $ 16.—).
Rivera, Angel: **Paradojas sobre la farsa intelectual** (Emecé, $ 8.—).

b) Biografía

Lamarque, Nydia: **Echeverría, el poeta** (Rueda, $ 12.—).
Marquez Miranda, F.: **Ameghino. Una vida heroica** (Nova, $ 28.—).

c) Novelas, Cuentos

Bacchelli, Ricardo: **El molino del Po** (Jackson, $ 19.50).
Bromfield, Luis: **Kenny** (Sudamericana, $ 10.—).
Dos Passos, John: **Hombre joven a la ventura.** Reimp. (Sudamericana, $ 20.—).
Garcitoral, A.: **Cinco historias de amor** (Claridad, $ 12.—).
Hesse, H.: **El lobo estepario.** Reimp. (Rueda, $ 15.—).
Lin Yutang: **Con lanzas por almohada, a la espera del alba.** Reimp. (Sudamericana, $ 22.—).
López Osornio, M. A.: **Amansados** (Ateneo, $ 14.—).
Santayana, George: **El último puritano.** Reimp. (Sudamericana, $ 50.—).

d) Poesía

Almafuerte: **Poesías completas** (Claridad, $ 20.—).
Bourband, Ernesto: **Naranja y sinople** (Ed. del autor, $ 6.—).
Mobili, Jorge E.: **Convocaciones, 1ª Serie** (Ed. Poesía, $ 2.—).

e) Teatro

Calderón de la Barca: **Teatro escogido.** Enc. (Ateneo, $ 70.—).
Crimi, H.: **La perfección** (D'Accurzio, $ 5.—).

IV BELLAS ARTES

Zevi, Bruno: **Saber ver la arquitectura. Ensayo sobre la interpretación especial de la arquitectura** (Poseidón, $ 60.—).

V. HISTORIA, GEOGRAFIA, VIAJES

Martinelli, J. E.: **San Martín y el pueblo mendocino** (Ed. del autor, $ 3.—).
Mones Ruiz, P. A. de: **Semblanzas fueguinas** (Lib. del Colegio, $ 25.—).
Prieto, J.: **Paraguay. La provincia gigante de las Indias** (Ateneo, $ 20.—).
Uscatescu, George: **Rumania - Pueblo, historia, cultura** (Consejo Sup. de Invest. Científicas, Madrid, $ 30.—).

VI. CIENCIAS POLITICAS, ECONOMICAS, SOCIALES

Hoover, Edgard M.: **Localización de la actividad económica** (Fondo de Cultura, México, $ 20.50).
García Maynes, F.: **Introducción a la lógica jurídica** (F. de Cultura, México, $ 16.—).
Girón Tena. José: **Las sociedades de economía mixta** (Consejo Sup. de Investigaciones Científicas, Madrid, $ 16.—).
Prados Arrarte, Jesús: **Problemas básicos de la doctrina económica** (Sudamericana, $ 12.—).

INDICE

Nietzsche despojado, por *Patricio Canto* 1
Descripción del marxismo, por *Roger Caillois* 10
Inprecación al mar, por *Silvina Ocampo* 27
Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), por *Octavio Paz* 27
La décima musa, por *Fryda Schultz de Mantovani* 41
Respuesta a la muy ilustre Sor Filotea de la Cruz, por *Sor Juana Inés de la Cruz* 61
Nunca Nacerá, por *Basilio Uribe* 90
El rostro de España. En Granada, buscando la tumba de García Lorca, por *Gerald Breman* 99
La barraca, por *Alvaro Fernández Suárez* 119

CRÓNICA Y NOTAS

La antropología de Faulkner, por *Luis Justo* 125
Alberto Moravia: "Agostino", por *Sebastián Salazar Bondy* .. 130
Jean-Arthur Rimbaud: "Iluminaciones" (estudio y versión de Alfredo Terzaga), por *Emilio Sosa López* 132
Fernández Moreno: "Penumbra"; "El libro de Marcela", por *Carlos F. Grieben* 134
"Los viajes de Marco Polo"; Fernández Márquez Miranda: "Ameghino. Una vida heroica", por *José Babini* 136
Cinematógrafo
"Festín diabólico"; "La prisionera del castillo", por *Estela Canto* 143
Calendario, por *Alfredo J. Weiss* 145
Bibliografía 149

Este número doscientos seis de SUR terminóse de imprimir el día once de diciembre de mil novecientos cincuenta y uno, en Macagno, Landa y Cía., Aráoz 162, Buenos Aires, Argentina. Además de la tirada corriente que forma la presente edición, se han impreso cien ejemplares en papel especial, numerados del 1 al 100 para los amigos de "SUR"

EJEMPLAR Nº

para

Todos los materiales han sido exclusivamente escritos o traducidos para SUR. Queda prohibido reproducir íntegra o fragmentariamente cualquiera de ellos sin autorización especial y sin mencionar su procedencia. No se devuelven las colaboraciones enviadas espontáneamente ni se sostiene correspondencia sobre ellas.

Los originales deben ser enviados a la Dirección: San Martín 689
Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 246.807
Título de marca Nº 229.356